



UN MONSTRUO DEL HOCKEY JUNTO A MÍ

G E R T T Y R U D R A W

UN MONSTRUO DEL HOCKEY JUNTO A MÍ



GERTTY RUDRAW

© Copyright 2024 - Todos los derechos reservados.

No es legal la reproducción, duplicación o transmisión de ninguna parte de este documento, ni por medios electrónicos ni en formato impreso. La grabación de esta publicación está estrictamente prohibida y no se permite el almacenamiento de este documento a menos que se cuente con el permiso por escrito del editor, excepto para el uso de breves citas en una reseña del libro.

Este libro es una obra de ficción. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas, o con lugares, eventos o localizaciones es pura coincidencia.

✿ Creado con Vellum

ÍNDICE

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Epílogo

PRÓLOGO



LANE

El alboroto en el vestuario masculino no fue lo que llamó mi atención, sino el sonido repetido de golpes que se hacían cada vez más fuertes. De pronto cesaron y fueron sustituidos por un gruñido inhumano que reverberó por todo el pasillo.

Sólo una persona a la que yo conociera podía hacer ese gruñido. Me recorrió un escalofrío por la espalda, provocado por un poco de miedo entremezclado con la curiosidad que me invadió. Y también un poco de expectación.

Sin embargo, no quería pensar en eso.

Mi descubrimiento de las criaturas sobrenaturales se remontaba a unas semanas atrás, cuando descubrí la verdad sobre Heath y el hecho de que era un hombre lobo. Lo sospeché durante un tiempo y el día que descubrí la verdad él me lo confirmó todo.

De repente cesaron los golpes y los gruñidos. Miré mi teléfono y me mordí el labio inferior con nerviosismo. Mi alumna no llegaría hasta dentro de quince minutos. Tenía tiempo suficiente para comprobar cómo estaba Heath y ver qué ocurría.

Entré en el vestuario masculino sin llamar. Allí encontré a Heath sentado en uno de los bancos, a medio vestir con su ropa de calle y su uniforme. Por algún motivo, algo debió haberle interrumpido.

—Parece que tienes algo más en mente que el próximo partido —comenté.

Heath levantó la vista y sus profundos ojos marrones se clavaron en los míos. No me vio, pero no debería haberme sorprendido. Probablemente me olió y oyó llegar antes de que abriera la puerta.

Se rio sin ganas.

—Se podría decir que sí.

—¿Quieres hablar de ello? —pregunté, sentándome a su lado. Cerca, pero no demasiado.

Querer sentarme más cerca de él era otro tema que no abordaría ahora.

Heath vaciló.

—Son mis padres. Vienen a la ciudad para la boda de mi primo.

—Creía que tenías una buena relación con ellos.

Resopló.

—Sí, pero desde que cumplí veinticinco años se han vuelto aún más insistentes en convencerme de que necesito encontrar compañera lo antes posible. ¿Recuerdas cuando te expliqué que mis padres eran lobos modernos? Bueno, hay algunas excepciones a eso.

Eso me hizo fruncir el ceño.

—¿Cómo qué?

—Por ejemplo, si no tengo pareja en un plazo determinado, tendré que abandonar la manada para siempre —explicó Heath con rotundidad—. Una vez que deje la manada, mis padres probablemente tendrán que dejarla ellos mismos o distanciarse de mí por debido a la deshonra que traerá mi expulsión.

Parpadeé.

—Heath, no quiero ser grosera pero eso suena más que antiguo.

—Lane, las manadas de lobos no se han modernizado precisamente rápido. Consideran que algunas leyes son los cimientos de la propia licantropía, y ésta es una de ellas —explicó con un profundo suspiro—. Además, para alcanzar un verdadero estatus a los ojos de la manada, debo tener compañera. Sin ella, sería imposible. La manada vería mi presencia como inútil.

Comencé a pensar a toda velocidad. Para mí no tenía sentido ser rechazado por tu familia por el simple hecho de no formar una familia en un determinado momento de la vida, pero Heath parecía bastante insistente en que así eran las cosas.

¿Qué sabía yo de licantropía? No sabía que existieran hasta hace poco, así que ¿quién era yo para juzgar aquella retrógrada ley suya?

—¿Y si finjo ser tu novia mientras tus padres están en la ciudad?

Las palabras salieron de mi boca antes de que pudiera contenerme. Incluso después de asimilar lo que había dicho, me di cuenta de que tenía sentido hacerle esa oferta. Así se los quitaría de encima mientras estuvieran en la ciudad, y Heath podría concentrarse en el próximo partido.

Esto no evitaría que se convirtiera en un problema en el futuro, pero podía ayudar a Heath por el momento, así que ¿por qué no?

Él no dijo nada al principio. Se limitó a mirarme sin pestañear. Luego empezó a parpadear con rapidez. Fue un poco extraño.

—¿Qué? —preguntó despacio como si no estuviera seguro de haber oído bien. Pero yo sabía que había entendido lo que acababa de decirle.

Suspiré.

—Heath, céntrate. ¿Por qué no me hago pasar por tu novia mientras tus padres están aquí? Te librarás del problema por el momento y podrás dedicar todo tu tiempo y atención al juego.

—Tu hermano me matará —replicó al cabo de un instante.

Había previsto lo que podría decir, pero nunca pensé que sería eso. Pero tenía razón. Mi hermano sería un problema. Desde el momento en que Heath se unió al equipo de hockey, no le gustó. Por la forma en que Frankie hablaba de él, era un monstruo.

No era un juego de palabras. Heath podría ser parte de la clase de los monstruos, pero no actuaba como tal.

—Lo mantendremos en secreto —respondí—. Los únicos a los que tendremos que decírselo son tus padres y tu familia. Todos los demás no tienen por qué saberlo.

Se pasó una mano por el pelo.

—Lane, te vas a meter en un lío

—Podré con ello —aseguré.

—¿Lo harás desde ahora?

Fruncí el ceño.

—Heath, ¿vamos a hacerlo o no?

Le tendí la mano. Dudó, pero me la cogió.

Parecía que teníamos un trato.

CAPÍTULO 1



T*res semanas antes*

Se puede decir que tenía prisa. Llegué a casa después de mi jornada laboral como preparadora física y decidí echarme una siesta antes de ir a la pista de patinaje. Mi sesión de entrenamiento con Miyu no empezaba hasta las cinco, así que tuve tiempo de dormir un poco.

Pero la alarma de mi teléfono no sonó. Cuando me desperté, me di cuenta de que eran las cuatro y media. Salté de la cama presa del pánico. Nunca me gustó llegar tarde. Tan solo pensar en llegar tarde me producía una incómoda sensación en el estómago.

La última vez que llegué tarde fue en el instituto. Era el último curso y, mientras conducía hacia allí, me encontré con un atasco debido a un accidente.

Después de ponerme un par de sudaderas y una camiseta negra, me recogí el pelo negro en un moño desordenado. Con mi pelo tan fosco, deshacerlo sería una pesadilla.

Cogí mi bolso y las llaves del coche y salí corriendo de casa, asegurándome de cerrar la puerta con llave. La zona en la que vivía era segura, pero nunca se sabe lo que puede pasar.

Temía encontrarme con mucho tráfico, ya que era hora punta, pero por suerte se dio bien. Aparqué y, para cuando llegué, el reloj marcaba las cinco menos cinco.

Entonces me di cuenta de que mi teléfono estaba sonando. Comprobé que tenía un mensaje de texto de Miyu. Decía que la clase se retrasaba y que no llegaría hasta las cinco y media. Por un momento, me quedé mirándome por el retrovisor.

—¿Pero qué mierda...?

Resistí el impulso de golpearme la cabeza contra el volante. No, estaba bien. Como Miyu llegaría tarde, podía concentrarme en repasar nuestro plan y ultimar los detalles de lo que ella iba a hacer durante su próximo programa. No había duda de que lo haría bien. Sólo necesitaba una rutina que sorprendiera a los jueces.

Era mi alumna desde hacía poco más de un año. Cuando empecé a aceptar alumnos como profesora de patinaje artístico, no estaba segura de cómo me iría. De todas las personas a las que di clases particulares en los dos últimos años, Miyu era mi favorita. No me gustaba admitir que tenía favoritos, pero mentiría si no me refiriera a ella así.

Miyu era una estudiante increíble. Cualquiera la querría como alumna.

Resignada a esperar, me dirigí a la pista de patinaje. Mientras caminaba, me crucé con algunos miembros de los Blizzard Blitzes, el equipo local de hockey de la ciudad. Un vistazo a sus brillantes uniformes rojos y amarillos y ya sabes lo que estás viendo.

Fui hacia los vestuarios con la intención de guardar mi bolsa. Justo cuando doblaba la esquina, alguien chocó conmigo. Fue como hacerlo contra un muro de ladrillos y estuve a punto

de caerme de espaldas, pero yo era patinadora profesional y recuperé el equilibrio con facilidad.

—¡Por qué no miras por dónde vas! —espetó el otro.

La voz me resultaba familiar. Levanté la vista y vi el rostro de Heath Myers torcido en una mueca de enfado. Era una mirada que había visto durante los partidos de los Blizzard Blitz, pero siempre dirigida al otro equipo. No hacia nadie del suyo... ni hacia mí.

Me quedé un poco en shock, pero enseguida me recuperé. No dejaría que aquello me molestara.

Como ambos frecuentábamos la misma pista de patinaje, lo veía con bastante frecuencia y habíamos hablado alguna que otra vez. No era mi amigo, pero consideraba a Heath más que un conocido. Un conocido muy atractivo.

Cuando él se dio cuenta de lo que había dicho, sus ojos se abrieron de forma cómica. Entonces se dio cuenta de que la persona con la que había chocado era yo, Lane. El pánico aumentó en su rostro.

—Joder, Lane, lo siento mucho. No eres tú quien tiene que mirar por dónde va. Yo soy el que ha salido del vestuario como un estúpido deportista fuera de control.

Resoplé.

—Heath, no pasa nada. Lo sientes, puedo verlo escrito en tu cara. Casi literalmente.

—Sí, bueno, la culpa ha sido mía —dijo, riendo entre dientes.

Parecía muy tenso. Fruncí el ceño, preguntándome qué le habría pasado para estar tan inquieto.

—¿Va todo bien? —pregunté, nerviosa—. Sólo lo pregunto porque si tiene que ver con el entrenamiento, me gustaría saberlo para evitar a Frankie un día o dos.

Heath negó con la cabeza.

—No, los entrenamientos han ido muy bien. Hemos creado una nueva jugada que creo que va a aumentar nuestras posibilidades de llegar a los campeonatos este año. La razón es... más personal.

Alcé las cejas.

—Oh, bueno, si alguna vez necesitas hablar de ello, estoy aquí varias veces a la semana... como ya sabes.

Sonrió sin ganas.

—Sólo son mis padres. Últimamente no paran de darme la lata con lo de buscar compañera. Novia, quiero decir novia. Sí, novia.

La extraña terminología me hizo enarcar un poco más la ceja, pero lo dejé estar. Tal vez era la forma en que su familia se refería a esas cosas.

—Pero sólo tienes veinticinco años. ¿Por qué están tan ansiosos por empujarte a sentar la cabeza?

Sus hombros se hundieron.

—Mi familia tiende a aparearse..., casarse pronto.

Otra vez aquella expresión. Fruncí el ceño al darme cuenta de que no se trataba de un error suyo. Decirlo una vez era una cosa, pero decirlo dos significaba que de forma consciente se refería a las citas como apareamiento.

También sonaba como si hubiera algo más que estaba omitiendo y no quería decirme.

—Bueno, espero que salga bien —dije, incapaz de pensar en otra cosa que decir.

Pareció que iba a añadir algo más, pero se puso rígido y miró hacia los vestuarios.

—Odio largarme, pero tu hermano está a punto de salir. Si nos ve hablando, me lo va a echar

en cara, y no es algo con lo que quiera lidiar ahora mismo.

Volví a parpadear.

—¿De qué hablas? No oigo nada.

—Créeme, va a salir del vestuario en unos minutos.

Antes de que pudiera despedirme, Heath se había marchado. Me volví para mirar la puerta y esperé a ver si Frankie salía. En efecto, unos tres minutos más tarde, los conté, salió del vestuario.

Me quedé mirándolo. ¿Cómo demonios sabía Heath que Frankie iba a salir? Es decir, sabía que Frankie seguía ahí dentro, pero era imposible que lo supiera. ¿Cómo lo había logrado? No se había oído nada, ¡y tampoco es que mi hermano hubiera salido enseguida! Es más, tardó un par de minutos.

Vale, quizá le estaba dando demasiadas vueltas a aquello, lo sabía, pero algo no cuadraba. Cuando Frankie empezó a agitar una mano delante de mi cara, di un respingo. Joder, debí haberme quedado pasmada o algo así.

—¿Estás bien, hermanita? —preguntó, preocupado.

A veces me olvidaba de que él era el menor. Cierto que sólo nos llevábamos año y medio, pero a veces sentía que Frankie actuaba como el hermano mayor, sobre todo cuando tenía que ver con mi vida amorosa.

Podía ser muy sobreprotector. La mayoría de las veces lo mandaba a la mierda porque era mi vida y yo salía con quien me daba la gana. Nadie tenía derecho a decirme con quién salir, y menos mi hermano pequeño.

—Sí, estoy bien —respondí—. Tengo muchas cosas en la cabeza.

—¿Cómo cuáles?

Levanté una ceja.

—¿Por qué eres tan entrometido?

—Soy de la familia. Es lo normal.

—Se trata de mi alumna, Miyu. Resulta que se retrasa, después de que yo he corrido todo el camino hasta aquí, pensando que llegaría tarde.

En cuanto estas palabras salieron de mi boca me di cuenta de que había cometido un error. Mi hermano siempre se ha burlado de mí por ser muy exigente con la puntualidad. Él era más de los que llegaban tarde, lo cual me resultaba muy molesto, debo añadir. ¿Por qué no podía ser puntual? ¡No es tan difícil!

—¿Así que la gran Lane Park por fin ha llegado tarde a algo desde su último año de instituto? —preguntó, divertido—. Es lo mejor que he oído en todo el día.

Fruncí el ceño.

—Cállate, Frankie, y tira para la casa. Mamá y papá se enfadarán si no vuelves a tiempo para tu toque de queda.

—Oye, puede que viva con mamá y papá, pero al menos no tengo que pagar el alquiler—replicó.

Si alguien pasaba por allí, podría pensar que estábamos enfadados, pero nada más lejos de la realidad. Eran bromas habituales entre hermanos, sobre todo entre nosotros.

—Vete a la mierda.

Me sonrió por encima del hombro antes de salir por la puerta hacia de la pista de patinaje. Guardé mi bolsa en el vestuario de mujeres y empecé a trabajar en el programa de Miyu. Al menos, ésa era mi intención, aunque no dejaba de pensar en mi conversación con Heath.

En primer lugar, estaba preocupada por él. Parecía estresado porque sus padres le presionaran para que sentara la cabeza. Yo no tenía experiencia en eso, pero mis padres sí. Eran estadounidenses de primera generación; sus padres procedían de China y Corea del Sur, respectivamente. Era parte de la cultura que mis abuelos trajeron con ellos.

Mis padres, en cambio, intentaban alejarse de la tradición y hacían hincapié en que hiciéramos las cosas a nuestro ritmo. La escuela era la única excepción a esta regla, pero en todo lo demás querían que nos tomáramos nuestro tiempo. Por ejemplo, mi hermano aún vivía con ellos.

Yo siempre necesité mi propio espacio, así que en cuanto pude mudarme, lo hice. Frankie no parecía sentir la misma desesperación que yo por vivir sola.

A pesar de mis intentos por apartar a Heath de mi mente, no pude. Cuando Miyu llegó a la pista, apenas había trabajado en su programa. La mayor parte ya estaba terminado, pero quería asegurarme de que era perfecto.

Miyu merecía ir algún día a las Olimpiadas o, al menos, acercarse bastante.

—¡Lo siento mucho! —soltó Miyu mientras se acercaba a mí—. Mi profesor nos hizo un examen sorpresa. Intenté terminarlo lo más rápido que pude, pero algunas respuestas no me salieron a la primera.

Sonreí para tranquilizarla

—No pasa nada. Lo que importa es que ya estás aquí y podemos ponernos a trabajar.

La principal razón por la que Miyu y yo nos llevábamos bien era porque nos parecíamos mucho. Una vez me pidió que fuera su entrenadora oficial si llegaba a los nacionales, pero no podía dedicarle tanto tiempo. Por el momento, lo único que podía hacer era entrenarla extraoficialmente si Miyu llegaba tan lejos, de lo que estaba segura.

Verla patinar sobre el hielo era un espectáculo maravilloso. También mentiría si dijera que una parte de mí no sentía un poco de envidia por no poder seguir compitiendo de forma profesional en patinaje artístico. Me obligué a apartar aquellos pensamientos de la cabeza.

Miyu necesitaba una entrenadora con la cabeza en el juego y no una nublada por sus antiguos días de gloria. Cuando aterrizó un salto en particular, sonreí y le hice un gesto con el pulgar hacia arriba.

Nuestra sesión duró aproximadamente una hora y media. Cuando terminamos, habíamos consolidado un programa que cautivaría a los jueces. Había patinado todo el tiempo sin cometer demasiados errores. En el hielo puede pasar de todo: errores, accidentes, cualquier cosa. Yo siempre intentaba prepararme para lo peor, y se lo intentaba inculcar a Miyu.

No para asustarla ni nada parecido, pero sí para que estuviera avisada.

—Buen trabajo, Miyu. Mejoras día a día.

Sonrió.

—Siempre dices que se puede mejorar por muy bueno que seas.

—Exacto —señalé—. Es agradable que por fin alguien escuche mis perlas de sabiduría.

—¿Las perlas de sabiduría no son de viejos?

Enarqué una ceja.

—Soy mayor que tú.

—¡Sólo siete años! —replicó—. Ni siquiera tienes treinta todavía.

—Ah, sí, treinta. El principio del fin.

Miyu se rio y se despidió de mí.

—Te veré este fin de semana, ¿verdad?

Asentí con la cabeza.

—Sí, el sábado a las once de la mañana. ¿Tienes alguna clase el fin de semana?

—Dios, no —murmuró con una mueca—. Me gusta dedicar los fines de semana sólo a los deberes y a entrenar.

Me duché antes de salir para no tener que hacerlo en casa y cogí mi bolso. Una vez en el coche, volví a pensar en Heath, lo que me resultó frustrante.

Ver a gente en apuros me hacía empatizar con ellos casi de inmediato. Pero era más que eso. Se trataba de Heath. Nos conocíamos lo suficiente como para que yo quisiera lo mejor para él y me preocupara de si lo conseguía en la vida.

Además, cuando hablamos, parecía muy perdido y frustrado. Casi como que, si no se echaba novia y encontraba a alguien con quien sentar la cabeza pronto, lo iban a rechazar o algo así. Ese concepto me resultaba muy extraño. Aunque, por supuesto, sabía que hoy en día seguía ocurriendo.

La próxima vez que nos viéramos le preguntaría por ese tema tan delicado, a ver cómo le iba. No creía que fuera a salir bien, dado que no hablábamos de ese tipo de cosas.

Él ya tenía mucha presión encima como capitán del equipo. Yo nunca he practicado deportes de equipo, pero comprendía la inmensa presión que recae sobre los deportistas. Cuando uno tenía que dirigir a la gente, esto se volvía diez veces peor.

Arranqué el coche y me fui a casa. Después de comer algo rápido, decidí meterme en la cama porque al día siguiente tenía que ir a trabajar temprano.

Me dormí después de dar vueltas en la cama durante horas. Soñé que Heath me abrazaba y me llamaba cariño, e incluso se inclinaba para besarme. Justo cuando sus labios estaban a punto de tocar los míos, me desperté sobresaltada y preguntándome: ¿por qué demonios he soñado eso?!

CAPÍTULO 2



HEATH

Recuerdo mi primer día como nuevo capitán de los Blizzard Blitzes hace tres años. Decir que estaba nervioso era quedarse corto. En aquel momento, el antiguo equipo en el que yo estaba se disolvió y nos trasladaron a todos. Los Blizzard Blitzes necesitaban un capitán y ahí entré yo.

La primera vez que nos vimos, me tropecé con ella de forma cómica. Casi la derribo, como hoy, porque yo soy sobre todo músculo. Ella rebotó, un poco aturdida, y me miró. Sus ojos castaños estaban llenos de fastidio, confusión y una pizca de exasperación.

Me quedé prendado de ella. Pero cualquier esperanza de invitarla a salir se arruinó cuando conocí a Frankie. No le gusté desde el principio. Frankie prefería al otro capitán, que se fue por una lesión. Añade algunas otras cosas al fuego y estaba seguro de que no nos llevaríamos bien nunca.

Cuando supe que Lane era su hermana me decepcioné bastante, pero decidí dejar de pensar en ella y mantuve las distancias. Desde entonces nos hemos tratado como amigos, pero no surgió nada más.

Chocarme con Lane hoy me recordó la primera vez que nos vimos, dejando a un lado que casi le arranco la cabeza de un mordisco. Para empeorar aún más las cosas, seguí metiendo la pata y diciendo cosas que no debería haber dicho. Lane enarcó una ceja cuando dije la palabra compañera, pero por suerte, usé a mi favor la excusa de que Frankie iba a salir del vestuario.

Conduje hasta casa con una bola de ansiedad en el estómago. ¿Por qué mis padres no daban su brazo a torcer? Claro que quería tener pareja, pero algún día. Ahora no. Mi prioridad era centrarme en mi carrera como jugador de hockey y llegar lo más lejos posible.

Crecí en un estado cercano a la frontera canadiense. En invierno hacía mucho frío y no había mucho que hacer salvo jugar en la nieve, y eso hice. Mis padres siempre me animaron a ello, así que ver cómo me empujaban a dejar de lado mi carrera resultaba casi insultante.

Por primera vez en muchos años, los Blizzard Blitzes teníamos muchas posibilidades de proclamarnos campeones este año. La presión se notaba. Quería asegurarme de que hacíamos las mejores jugadas y de que dábamos lo mejor de nosotros mismos.

Una cosa sí debía reconocer a Frankie. Yo no le caía muy bien, pero nunca me reprochaba cómo capitaneaba el equipo.

Hubiera preferido estar encerrado en una habitación con Frankie durante todo un día antes que tener que lidiar con este problema de mis padres. Mi mente tenía que estar concentrada en el partido y en nada más. Si me dejaba abrumar por cualquier otra cosa, me distraería. Al distraerme, estaba defraudando a mi equipo.

Los capitanes tienen que ocuparse de sus compañeros. Yo no iba a joder a mi equipo por mis otros problemas.

Una vez en casa, me tiré sobre la cama. Chirrió bajo mi peso al arrojarme sobre ella de forma tan poco ceremoniosa, pero había durado mucho tiempo, y yo sabía que aún duraría un poco más.

Un rato después me levanté para comer algo. Solía disfrutar comiendo, pero en aquel momento todo me sabía a ceniza. Lo de mis padres era una putada.

Sabía por qué era importante si yo salía con alguien, lo que me frustraba aún más. Se suponía que nuestra manada era moderna. ¿Cómo íbamos a ser modernos si aún nos regíamos por reglas tan arcaicas, aprobadas hacía siglos?

Justo cuando estaba a punto de irme a la cama, sonó mi teléfono. El estómago me dio un vuelco al mirar la pantalla y ver que era mi padre. Frustrado, me pasé la mano por mi pelo rizado antes de contestar. Posponerlo no mejoraría las cosas.

—Hola, papá.

—¡Heath! ¿Cómo va todo? —preguntó en tono despreocupado.

Yo sabía lo que pretendía. Trataba de engatusarme antes de soltar la bomba.

—Bien —respondí, vacilante—. He vuelto del entrenamiento hace un rato y me estaba preparando para irme a la cama. El entrenador quiere tener una reunión virtual conmigo para que repasemos algunas jugadas del próximo partido.

—Si alguien va a llevar a los Blizzard Blitzes al campeonato este año, vas a ser tú.

Fruncí el ceño.

—No sólo yo, papá. El equipo también.

La mayor parte de los jugadores llevaban pocos años en el equipo. Luis, el miembro más reciente, sólo llevaba allí unos seis meses, pero era un jugador impresionante y se había adaptado bien. Era nuestro portero y hacía un gran trabajo impidiendo que nuestros rivales marcaran un gol.

—Sí, pero el capitán juega un papel muy importante —replicó.

—Cierto —murmuré. No quería discutir sobre eso—. ¿Y tú qué tal, papá?

Empezó a parlotear sobre lo bien que les iba a él y a mamá en el trabajo. A mi hermana mayor y a mi hermano mayor también les iba bien, al igual que a sus familias. A mi edad, ambos ya estaban casados. Cuando mi hermano tenía veinticinco años, tenía un cachorro en camino.

—Estoy deseando verlos durante las vacaciones.

No esperaba que toda mi familia viniera a ver mis partidos. Aunque, si llegábamos a la final del campeonato, insistiría un poco para que vinieran. Eso sí conseguíamos llegar tan lejos.

Era importante ir partido a partido. Ser demasiado engreído no ayudaría a nadie en el equipo.

—Estamos deseando verte y, con suerte, a alguien especial.

Ahí estaba. La bomba que esperaba que soltara mi padre. No me sorprendía que lo hubiera hecho, pero sí que hubiera tardado tanto. Normalmente le gustaba ir directo al grano, sobre todo después del mensaje de texto que me había enviado.

—Papá, ya te he dicho que ahora estoy centrado en el equipo —murmuré.

Suspiró del modo que hacen tus padres cuando están decepcionados contigo y quieren que lo sepas.

—Heath, tienes veinticinco años.

—Sí, me alegro de que tus facultades mentales aún estén tan bien como para recordar mi edad con tanta facilidad —bromeé, sin poder evitarlo.

Él soltó un gruñido.

—Heath, esto no es una broma. Sé que te gusta hacer que lo parezca, pero no lo es. Esto es muy serio y te niego a reconocerlo.

—Papá, eres tú el que se lo toma demasiado en serio. Como has dicho, tengo veinticinco años; déjame decirlo de otra manera. Sólo tengo veinticinco años —gruñí. No estaba dispuesto a rendirme—. Tengo tiempo de sobra para buscar pareja. Ahora mismo, quiero centrarme en el hockey.

—Eso es lo que dices cada vez que tu madre y yo sacamos el tema —espetó—. Estaba bien cuando tenías veinte, veintiuno y veintidós, pero dentro de tres meses tendrás veintiséis, lo que significa que sólo te quedan cuatro años más.

Me pasé una mano por la cara, exasperado. Era como discutir con una pared. Era justo por lo que no quería hablar de esto con mi padre, ¡porque no llevaba a ninguna parte!

¿Por qué me hacía esto? Aunque, si mi madre estuviera al otro lado del teléfono, no sería diferente. Ella sería tan insistente como él.

—Heath, deja que tu madre y yo te busquemos una compañera. Conocemos a un montón de licántropas que serían geniales para ti. No hay razón por la que no puedas centrarte en el hockey. Mucha gente equilibra el trabajo y una relación. No veo por qué tienes que ser diferente.

Suspiré, pellizcándome el puente de la nariz.

—Papá, ahora quiero centrarme en el campeonato. Como te he dicho, esta vez tenemos posibilidades reales de lograrlo, así que, por favor, ¿puedes respetarlo?

Papá no respondió y, si soy sincero, su silencio me puso muy nervioso. No me gustaba nada. ¿Por qué no podía entender que yo estaba contento con cómo estaban las cosas?

La idea de que me humillaran por no haberme apareado antes de los treinta era demasiado para mí. Sabía a lo que suponía, pero no me preocupaba. ¿Por qué? Bueno, aún me quedaban algo más de cuatro años para encontrar pareja. Tenía tiempo de sobra.

—Si prefieres a los humanos, podríamos emparejarte con una de las hermanas de tu cuñada. Tiene dos que están familiarizadas con la licantropía y han mencionado varias veces que te encuentran bastante atractivo.

Parpadeé.

—No, papá. Me las arreglaré solo.

Esto lo enfureció, porque al momento siguiente estaba gritando por teléfono, lo que me hizo apartarlo de la oreja.

—¿Serás capaz de arreglártelas cuando te echen de la manada y posiblemente de la familia?

Me empezó a doler la cabeza, junto con el corazón, pero no dejaría que mi padre supiera que me había hecho tanto daño.

¿Por qué no podía mandar a la mierda la tradición, aunque eso significara que me echaran de la manada? Además, lo que yo hiciera con mi vida no debería afectar al resto de mi familia.

Tal vez mi hermano tenía razón. Yo era un hombre lobo de mierda.

Una vez me lo dijo durante una discusión hace unos meses. Mamá y papá le habían pedido que me hiciera entrar en razón, es decir, que intentara convencerme de que viera las cosas a su manera. Pensaron que, si no me lo decían ellos, yo estaría más dispuesto a aceptarlo.

Pero les salió el tiro por la culata, porque yo no estaba dispuesto a hacerlo.

—Mierda, papá, el entrenador está llamando. Debe ser sobre la reunión que tenemos mañana, me tengo que ir.

Antes de que pudiera decir nada más, colgué y volví a tumbarme en la cama. Lo que acababa

de hacer me traería muchos problemas, pero estaba desesperado por salir de aquella conversación y dormir.

A la mañana siguiente no me sentía mejor. La conversación me había dejado mal sabor de boca. Miraba continuamente el móvil para ver si tenía algún mensaje de mis padres, pero no había nada. No es que no quisieran hablar conmigo, porque si yo les llamaba, me responderían. Pero su silencio me ponía nervioso.

Si lo habían hecho a propósito, lo habían conseguido. Estaba de los nervios. Cuando el entrenador convocó nuestra reunión virtual, se dio cuenta de lo alterado que estaba e incluso me preguntó por ello.

—¿Estás bien, Myers?

Parpadeé.

—Por supuesto, entrenador. Estoy muy bien. ¿Por qué preguntas si estoy bien cuando estoy muy bien?

—¿En serio, Heath? —replicó con sequedad—. Un maldito niño de dos años vería que eso no es cierto.

Solté un gruñido.

—Es sólo un asunto familiar, pero te prometo que no dejaré que me afecte.

Una parte de mí temió que el entrenador dijera algo sobre lo que me afectaba en ese momento, pero por suerte no lo hizo. Se limitó a suspirar y siguió hablando. El hecho de que no le diera mucha importancia me ayudó a olvidarlo.

Después de hablar con él me sentí un poco mejor. Habíamos creado un plan que nos ayudaría a lograr nuestro objetivo de ganar el próximo partido. Por supuesto, eso dependía de lo bien que lo ejecutáramos todos, pero confiaba en que lo conseguiríamos.

No tenía mucho que hacer hasta el entrenamiento de la tarde, así que decidí hacer algunos recados. Cuando volvía a casa, me llamó mi madre. Me entró el pánico y me quedé mirando el teléfono, preguntándome si cogerlo o no.

No es que estuviera conduciendo. Estaba en el aparcamiento con el coche apagado, así que no había ninguna posibilidad de que tuviera un accidente o algo así. Mi indecisión duró tanto que no cogí la llamada a tiempo. Sin embargo, para mi fastidio, me llamó de nuevo.

—Hola, mamá —saludé, intentando mantener un tono lo más neutro posible—. Estoy haciendo recados ahora mismo, pero te llamo en cuanto llegue a casa.

—Heath, como te atrevas a fingir una llamada entrante como hiciste con tu padre iré allí y te daré un rapapolvo en persona —advirtió.

No había muchas cosas que temiera en la vida, pero mi madre era una de ellas. Pero nómbrame a un adulto que no le tenga un poco de miedo a su madre.

—Vale, voy a ser sincero con vosotros —solté de repente—. He empezado a salir con alguien, pero no quería deciros nada porque llevamos muy poco tiempo. Contarlo me hace sentir que voy a gafarlo o algo así.

Se hizo un largo silencio al otro lado del teléfono y no estaba seguro de si mi madre se lo había creído o no. Le estaba mintiendo descaradamente. La última vez que salí con alguien fue hace más de año y medio. Además, aquella relación, si es que podía llamarla así, sólo duró un par de semanas.

No éramos compatibles. Desde entonces, no he salido con nadie. Sí he estado con mujeres, pero era diferente; no había ningún vínculo romántico.

Mientras me estaba inventando esta falsa relación, lo primero en lo que pensé fue en Lane.

De inmediato aparté aquel pensamiento al fondo de mi mente porque no tenía sentido pensar eso. Me había metido en la cabeza que lo nuestro no tenía futuro.

También estaba bastante seguro de que ella no estaba enamorada de mí como yo de ella. Era bastante amistosa con todo el mundo en la pista, a menos que te la hicieras enfadar. Había visto cómo presionaba a sus alumnos. Decir que Lane era dura era quedarse corto, pero supuse que por eso la gente la seguía contratando para que les enseñara.

—Mamá, ¿estás ahí? —pregunté, dudando si me habría colgado. Después de comprobarlo me di cuenta de que seguía al teléfono.

Pero... demasiado silenciosa.

CAPÍTULO 3



Al día siguiente de mi sesión con Miyu no tenía intención de volver a la pista, pero otra alumna mía, Tara, tuvo que cambiar la cita porque tenía que asistir a un evento familiar. Yo siempre estaba dispuesta a trabajar con mis alumnos, así que decidí que la entrenaría aquella tarde. No tenía nada más que hacer.

Tara era una alumna nueva. Aún era bastante tosca, pero tenía mucho potencial. De todas a quienes había entrenado, era a la que más presionaba. Ella tenía mucha ansiedad y ninguna seguridad en sí misma. Cuando se trata de patinar, un atleta necesitaba dejar atrás todas aquellas dudas antes de poner un pie en el hielo.

Cuando terminé la clase con Tara, le dije que se fuera a los vestuarios y a casa. Jugueteeé con mi teléfono, queriendo ver si había recibido algún mensaje mientras la enseñaba. No había nada, así que recogí mis cosas, me cambié de ropa y salí hacia mi coche.

Entonces empezaron los problemas. Verás, se podía considerar que mi coche se estaba haciendo viejo, pero yo estaba decidida que me durara al menos un año más. Los coches son bastante caros, así que no quería tener que salir corriendo a comprar uno nuevo.

Cuando me senté en el asiento del conductor, arranqué y no pasó nada. Así que volví a intentarlo. Nada.

—Joder.

Últimamente no funcionaba bien. O bien era esa nueva pieza cuya sustitución había estado tratando de aplazar por lo cara que era o ... le había llegado la hora.

No podía morir en peor momento. Pero no podía hacer nada al respecto.

Llamé a mi hermano, que había salido del entrenamiento hacía una hora. Debería estar en casa, pero, para mi fastidio, no me contestó. Podía coger el transporte público, pero mis padres vivían en las afueras de la ciudad. Tendría que andar o llamar a un Uber, que sería caro.

Llamé de nuevo a Frankie, pero tampoco me lo cogió. Un tercer intento me dejó frustrada y cabreada. Enfadada, no me di cuenta de que alguien estaba de pie, mirándome. Sólo cuando se aclaró la garganta, me di la vuelta y vi que Heath estaba allí.

Me giré un poco más y lo vi allí de pie, con una pequeña sonrisa incómoda en la cara. Yo no tardé en esbozar la misma sonrisa y fingir que no pasaba nada.

—Hola, Heath. ¿Qué haces aquí todavía?

—Me he quedado un rato más para repasar las jugadas —respondió—. Quizá sean los nervios, pero quiero asegurarme de que todo está perfecto.

Resoplé.

—Sí, lo entiendo. Hago lo mismo con mis alumnos cuando planificamos sus programas.

—¿Problemas con el coche?

El cambio de tema fue un poco brusco. Lo miré, desconcertada por la pregunta.

—No. ¿Por qué dices eso?

Él levantó una ceja.

—Lane, cuando he llegado estabas girando frenéticamente la llave en el contacto, maldiciendo como un camionero. ¿U odias tu coche o tienes problemas con él.

—Bien, tengo problemas con el coche. No arranca y tengo que ir a una cena familiar.

—¿Te llevo? —preguntó.

Parpadeé.

—Heath, está lejos y en dirección completamente opuesta a donde vives.

Sonrió.

—Lo sé, pero la oferta sigue en pie, Lane.

—Mi hermano ya estará allí —señalé.

—¿Y? Supongo que has intentado contactar con él, ¿verdad?

Asentí con la cabeza.

—Sí. A mis padres no les gusta conducir tan tarde, así que no son una opción.

—Bueno, si tu hermano se hubiera molestado en contestar entonces no tendría que preocuparse de que yo apareciera donde vive —apuntó Heath—. Es culpa suya.

La idea de dar un paseo rápido y poder ahorrar dinero me resultaba irresistible. Salí de mi coche, cerré la puerta y me dirigí al de Heath.

—Vámonos.

Rio y me lo abrió. Subí al asiento del copiloto y me di cuenta de que era la primera vez que estaba en el coche de Heath. Era un coche bonito y limpio comparado con el de mi hermano, que era un puto desastre. Su equipo de hockey estaba tirado por todas partes y un olor extraño salía del asiento trasero.

No tenía ni idea de qué era, pero no podía ser nada bueno.

—Siento lo de tu coche —dijo Heath durante el trayecto.

Me encogí de hombros.

—Ha tardado mucho. Mañana llamaré a una grúa y lo llevaré al taller.

—¿No llamarán a la grúa los dueños de la pista?

—La señora Wu no lo hará. Ya se me ha averiado antes y siempre me lo ha dejado allí toda la noche —me reí—. Además, es amiga de mis padres, así que siempre puedo usar eso a mi favor.

Sonrió satisfecho.

—Suen a nepotismo.

—Nepotismo de segundo grado.

Estar tan cerca de Heath era nuevo para mí, pero quería ver qué pasaba. Pero no quería pensar en ello mientras iba en el coche, así que, por una vez, me dejé llevar.

Por desgracia, la casa de mis padres ya estaba a la vista. La modesta casa de dos plantas había vivido años mejores, pero mis padres hacían lo que podían por mantenerla.

Heath aparcó delante e incluso me acompañó hasta la puerta. Me sorprendió y me halagó que se tomara la molestia.

—Heath, gracias de nuevo por traerme. Te lo agradezco.

Se encogió de hombros.

—No hay problema, Lane. Estaba literalmente en el mismo sitio que tú.

—Sí, pero has tenido que venir a las afueras —le recordé.

Soltó una risita.

—¿Crees que soy alérgico a las afueras? —bromeó. De pronto, su rostro se ensombreció.

Fruncí el ceño, preguntándome la razón por su cambio de actitud. Dio un gran paso atrás, alejándose de mí y de la puerta.

—Heath, ¿qué pasa?

Sonrió, pero esta vez fue una sonrisa forzada.

—Frankie viene hacia aquí. Reconozco sus pasos bajando las escaleras.

Antes de que pudiera decir nada, se subió a su coche y arrancó justo cuando se abrió la puerta.

Frankie apareció con cara de enfado.

—¿Heath te ha traído a casa?

Parpadeé, desconcertada porque Heath, una vez más, supiera que mi hermano se acercaba. ¿Cómo era posible que supiera que bajaba las escaleras basándose sólo en el sonido de sus pasos? Era una locura. Puede que tuviera buen oído, pero comenzaba a parecer casi sobrenatural.

Me sobresalté al darme cuenta de que Frankie seguía enfadado.

—Déjate de rollos, Frankie —siseé—. Si te hubieras molestado en contestar tu maldito teléfono al menos una de las muchas veces que te he llamado, no habría tenido que dejar que me trajera Heath. Da gracias de que él ha sido lo bastante amable como para ofrecerse a traerme hasta aquí.

Pasé por delante de mi hermano, no quería escuchar sus tonterías. Sinceramente, no tenía ni idea de por qué Frankie odiaba tanto a Heath. Una vez le pregunté y refunfuñó algo sobre que nunca escuchaba sus consejos. Algunas veces, el comportamiento de Heath durante los partidos no era constante.

Había momentos en los que tenía una fuerza casi sobrenatural y otros parecía tener dificultades. Las pocas veces que Frankie intentó aconsejar a Heath, lo ignoró o lo apartó. Era un gran capitán, Frankie no tenía ninguna queja al respecto. Aquella era la única razón por la que había aguantado a Heath durante tanto tiempo.

Su trabajo como capitán era increíble. De no ser por él, nunca habrían llegado tan lejos. Y menos con su último capitán.

Seguía sin ver por qué esto era una razón para odiar tanto a Heath. Me parecía un desperdicio de energía.

—No es alguien con quien debas estar a solas en un coche —siseó Frankie—. Desde el día que se unió al equipo, noté algo raro en él.

Puse los ojos en blanco y me dirigí al comedor.

—Esa es tu opinión, no la mía.

Frankie tenía ya la réplica en la punta de la lengua, pero entonces Eileen, nuestra madre, salió de la cocina y nos fulminó con la mirada.

—¿De qué demonios discutís justo antes de cenar? —preguntó con los ojos entrecerrados.

Nuestro padre, Francis, salió y no parecía tan enfadado como mamá, porque tiene un carácter más suave, pero sí molesto.

—Échale la culpa a tu hijo. —Señalé a Frankie, que se había quedado detrás de mí.

Frunció el ceño.

—¿En serio? Tú...

—Los dos vais a tener que hacer las paces para que podamos tener una cena tranquila —nos regañó mi madre—. O eso o podéis iros de aquí hambrientos tras escuchar un sermón. Puede que

seáis adultos, pero eso no significa que no pueda regañaros.

Esto bastó para que le hiciéramos caso. Frankie y yo decidimos hacer una tregua antes de empezar a poner la mesa.

Para nuestros padres era importante que todos nos reuniéramos a cenar. A veces era entre semana, otras en fin de semana; dependía de nuestros horarios, porque que todos trabajábamos a jornada completa.

Cuando empezamos a comer, todo estaba bien. Habíamos enterrado el hacha de guerra por el momento. Después del postre, esperé a que mi padre guardara algunas sobras y empecé a recoger mis cosas. Frankie desapareció en cuanto terminamos de comernos la tarta. Su novio, Zach, había llamado, y Frankie estaba ansioso por hablar con él.

Los dos llevaban saliendo más de un año. Era la relación más larga de Frankie hasta el momento y, sinceramente, me gustaba Zach. Había ayudado a mi hermano y era perfecto para él.

Cuando Frankie reapareció, parecía agotado y molesto.

—¿Qué te pasa?

Resopló.

—Zach no puede venir conmigo a la fiesta que ha organizado Robbie.

—¿Por qué Robbie da una fiesta? Nadie ha ganado nada todavía.

Frankie puso los ojos en blanco.

—Es una fiesta previa al partido, hermanita. Pero esa no es la cuestión. La cuestión es que Zach no puede venir.

Por un momento me pregunté por qué Frankie seguía mirándome y entonces me di cuenta. Quería que fuera con él.

—No. ¿Por qué querría perder el tiempo en una fiesta con gente que apenas conozco?

—Te llevaré a casa para que no tengas que gastar dinero en un Uber o algo así —se ofreció, poniendo como anzuelo lo que más me gusta: ahorrar pasta.

Suspiré.

—Vale, pero no quiero perder toda la noche allí. Mañana no trabajo, pero tengo cosas que hacer.

Frankie sonrió.

—Estupendo. Déjame subir a cambiarme y nos vemos en el coche.

—Primero, necesito cambiarme, Frankie. No puedo ir así a una fiesta.

Se encogió de hombros.

—Tú misma.

Puse los ojos en blanco y entré en mi antigua habitación. Siempre que pasaba la noche con mis padres dormía en ella. No había cambiado mucho desde que me mudé hacía unos años. La ropa que quedaba aquí era de mis años universitarios, pero yo seguía teniendo la misma talla.

Tardé unos tres minutos en encontrar un atuendo aceptable: vaqueros ajustados combinados con un jersey azul suelto estilo crop top. Me pondría la camiseta de tirantes que llevaba debajo de la chaqueta para cubrirme si el jersey se levantaba, lo que seguramente ocurriría, al tratarse de un crop top.

Mientras me cambiaba, una parte de mí se preguntaba si Heath estaría allí. Probablemente, dado que era el capitán del equipo. Supongo que mi hermano no odiaba tanto a Heath como para no ir a una fiesta, lo cual no me sorprendió. A mi hermano le gustaba divertirse.

Cuando terminé, bajé las escaleras, entré en el garaje y me subí al asiento del copiloto. El coche estaba abierto. En este punto, me había resignado a mi destino: pasaría la noche en la

fiesta. No es que no me gustara estar rodeada de gente, pero no me gustaban las fiestas.

El tiempo pasaba y mi hermano aún no había aparecido. Era él quien quería ir, pero se estaba tomando su tiempo para arreglarse. Cuando por fin entró en el garaje, sentí como si hubiera estado esperando durante horas.

—Has tardado mucho —murmuré.

Resopló.

—Oye, quiero tener buen aspecto. Zach dijo que podría escaparse temprano del trabajo y e ir allí. Si lo hace, será un regalo para la vista.

—Más vale que me lleves a casa aunque aparezca —le advertí.

—¡Oye, te prometí que te llevaría a casa y lo haré! ¿Cuándo he roto una promesa contigo?

Abrí la boca para contestar, pero él me cortó.

—Vale, no contestes. Sé que a veces no cumplo mi palabra, pero siempre estoy ahí cuando te hace falta, hermanita.

—Sí, es verdad.

Lo era. Sin embargo, cuando se trataba de pequeñas cosas, mi hermano faltaba su palabra bastantes veces. Con los años había mejorado. Yo debía recordarme a mí misma que él sólo tenía veintitrés y yo era dos mayor que él.

Puede que no parezca mucho, pero lo era. Mi cerebro había terminado oficialmente de desarrollarse, pero el suyo no.

El trayecto hasta la fiesta fue tranquilo. Me había relajado cuando llegamos, diciéndome que no me moriría por soltarme y disfrutar. Además, conocía a la gente que asistía, así que no eran extraños. Simplemente no éramos amigos íntimos. Frankie era el único realmente cercano de los que estarían allí.

Cuando entramos ya había bastante descontrol. Seguí a mi hermano al interior y le vi marcharse a mezclarse con sus compañeros de equipo. Con el ceño fruncido, le envié un mensaje para recordarle que tenía que llevarme a casa y lo único que recibí como respuesta fue un pulgar hacia arriba. Oye, era mejor que nada. Al menos se había dado por enterado.

Sin mi hermano a mi lado, tenía que pensar qué demonios hacer. Mi primera parada fue en la cocina para tomar un tentempié y una bebida. Ciertamente acababa de comer en casa de mis padres, pero no me vendría mal picar algo.

Allí no había nadie a quien conociera bien. Me encontré buscando a Heath pero, para mi pesar, no lo encontré. No es que me disgustara que no estuviera. Sólo me decepcionó que no hubiera nadie con quien hablar. Frankie era una opción, pero seguía molesta por su comportamiento al darse cuenta de que Heath me había llevado a casa.

Le di un sorbo a mi cerveza, sin ganas de emborracharme. Frankie no era muy bebedor, así que no tenía que preocuparme de que bebiere demasiado o nada. Odiaba el alcohol, pero le encantaban las fiestas. Algo extraño, pero todos tenemos nuestras rarezas. Yo prefería quedarme en casa o pasar la noche patinando en el hielo. Ambas cosas me gustaban.

La verdad es que disfrutaba al pasarme horas patinando, pero la mera idea hacía que me doliera la rodilla en señal de protesta. La lesión hacía tiempo que se había curado, pero aún seguía doliéndome si la forzaba demasiado, sobre todo en el hielo.

Sacudí la cabeza, tratando de dejar de pensar en eso. No, no quería seguir por ese camino y empezar a compadecerme de mí misma. Aquella etapa de mi vida ya había pasado. Mientras pudiera transmitir mi experiencia y mis conocimientos a la siguiente generación, me daba por satisfecha.

Durante la hora siguiente, más o menos, hice lo que pude para disfrutar de la música y pasar el rato con los invitados, pero cuando pasó otra hora, ya no podía más. Le envié un mensaje a mi hermano, pero no respondió. Le envié otro, lo llamé y empecé a preguntar por ahí si le habían visto.

—Oh, Frankie se fue hace unos veinte minutos. Dijo que Zach salió temprano del trabajo y quería que viniera —me dijo Robbie, uno de los compañeros de Frankie.

Parpadeé.

—Así que me estás diciendo que mi hermano me ha dejado tirada para tener sexo con su novio.

—¿Es una afirmación o una pregunta?

—Las dos cosas —murmuré.

Robbie hizo una pequeña mueca de disgusto.

—Bueno, entonces sí. Te ha dejado para irse con Zach. Quiero decir, es normal querer pasar la noche con tu novio... —se detuvo al ver mi ceño fruncido.

Me alejé, resignada a tener que llamar a un Uber. Pero entonces me quedé inmóvil.

¡Heath!

¿Cuándo demonios había llegado? Quería agacharme y esconderme en algún sitio, pero entonces me di cuenta de que necesitaba que me llevaran a casa. Heath me ayudó la última vez, así que no había razón para pensar no lo haría ahora.

Sólo tenía que armarme de valor para acercármele y preguntarle.

CAPÍTULO 4



HEATH

No quería ir a la fiesta, pero como capitán, sentí que debía hacer acto de presencia, así que aparecí a los cuarenta minutos.

Mi intención era no quedarme mucho tiempo, una hora o así, lo suficiente para hablar con todos al menos una vez. Pero entonces vi a Lane. Fue una sorpresa porque nunca la había visto en una de estas fiestas. Debió de venir con su hermano, al que no vi por ninguna parte.

Tenía cara de enfadada. Incluso así, estaba estupenda con aquel conjunto que realzaba sus curvas en los lugares adecuados. Cuando mis ojos volvieron a su cara, me di cuenta de que Lane se había fijado en mí.

Palidecí preguntándome si me habría visto observarla. Pero la expresión de su cara cuando nos miramos había cambiado a una de alivio. Eso fue una bendición para mí, porque no me hubiese gustado que me pillara mirándola de arriba abajo.

Aunque esta noche estaba especialmente atractiva.

—Heath, justo la persona que quería ver —dijo viniendo directa hacia mí.

Sonreí, nervioso.

—Perdona mi brusquedad, pero ¿qué haces aquí? Nunca te había visto en una de estas fiestas. Echó la cabeza hacia atrás y empezó a reírse, lo que me hizo retroceder un paso.

—Mi maravilloso hermanito me rogó que viniera con él porque su novio estaba ocupado. Resulta que me ha dejado tirada para pasar la noche con Zach —siseó—. Como recordarás, mi coche sigue en la pista de patinaje. Contaba con que mi hermano me llevara a casa. Así que si pudieras llevarme y ahorrarme el dinero de un Uber... te lo agradecería.

Parpadeé.

—Por supuesto. De hecho, estaba a punto de irme. ¿Nos vamos ya?

—Estaba deseando irme desde el momento en que crucé la puerta.

Si hubiera visto a Lane primero, me habría ofrecido a llevarla a casa sin pensármelo. Frankie era un imbécil. Imagina pedirle a tu hermana que vaya contigo para dejarla tirada. ¡Y no era mucho más joven que nosotros! El tipo tenía veintitrés años. Joven, pero lo suficientemente mayor como para actuar con más cabeza. O eso creía yo.

Lane soltó un fuerte suspiro de alivio una vez que estuvimos fuera.

—No te gustan mucho las fiestas, ¿no? —pregunté.

Ella negó con la cabeza.

—No, la verdad es que no. Cuando estaba en la universidad, pasaba la mayor parte del tiempo estudiando. Si tenía tiempo libre, iba a la pista de patinaje al otro lado de la ciudad y patinaba hasta que me dolía la rodilla.

Siempre me pregunté por qué no se dedicó profesionalmente al patinaje artístico y ahora sabía que tenía que ver con algún tipo de lesión. No insistí. Parecía un tema delicado para ella.

La mera idea de lesionarme y no poder seguir jugando al hockey resultaba devastadora. Por supuesto, me curaba mucho más rápido que el humano promedio, así que, aunque me lesionara, me recuperaría sin apenas problemas.

—Lo mismo —me reí—. Prefiero pasar una noche entera en el hielo. Joder, prefiero hacer un examen sorpresa que ir a una fiesta. La única razón por la que me he pasado es porque soy el capitán. Me parecía de mal gusto no aparecer.

Lane suspiró.

—Lo comprendo. Es mucha presión ser capitán. ¿Cómo demonios lo haces?

—Esa es una buena pregunta.

Me miró con desconfianza, intentando averiguar si hablaba en serio o no. Al final se limitó a resoplar, probablemente al notar la sonrisa que bailaba en mis labios.

—Y... ¿cómo va todo con tus padres? —preguntó.

Me quedé helado. Por un lado, me halagaba que recordara nuestra conversación del otro día y que se preocupara lo suficiente como para sacar el tema, pero no me entusiasmaba pensar en ello.

Ya que ella preguntaba, yo respondería.

—Mis padres siguieron insistiendo y acabé diciéndoles que salía con alguien.

Lane parpadeó.

—Pero no estás con nadie.

—Ahora sé que fue una estupidez decir eso, pero estaba desesperado por quitármelos de encima —reconocí—. Antes de darme cuenta, ¡las palabras habían salido de mi boca! Supongo que podría retractarme, pero por fin han dejado de presionarme, así que por ahora les seguiré el rollo.

—Siempre puedes decirles la verdad cuando acabe la temporada.

Asentí.

—Ese es el plan. No vendrán a verme hasta por lo menos el partido del campeonato, suponiendo que lleguemos tan lejos.

Cualquiera pensaría que esto me presionaría más, pero era como algo que no quería ver y en lo que no pensaba. Mientras no fuera una presión o una situación actual, podía dejarlo apartado.

—Por cierto, vas en sentido contraria. Vivo en la otra dirección—señaló Lane.

Di un respingo, giré con cuidado el coche y fui hacia donde ella me indicaba. Aunque conocía la zona en la que vivía, no sabía exactamente dónde estaba. Nuestra ciudad era grande. No tanto como Los Ángeles o Nueva York, pero tenía un tamaño decente.

Lane me fue indicando, por lo que no tuve que preocuparme por equivocarme de camino.

—Lo siento —murmuré, sintiéndome mal por haberla tenido fuera más tiempo del que querría.

Ella resopló.

—¡Heath, no tienes que disculparte! Hoy me has salvado dos veces. Si no fuera por ti, habría tenido que gastar un dinero en Uber que preferiría no gastar.

—En ese caso, encantado de ayudarte.

Doblé la esquina y me di cuenta de que ya estaba cerca de casa. Justo cuando me detuve frente a su complejo de apartamentos, Lane me hizo una pregunta que no supe cómo responder.

—Ok, esto va a sonar extraño, pero le he estado dando vueltas todo el tiempo. ¿Cómo sabías que Frankie estaba saliendo del vestuario o bajando las escaleras? He oído hablar de buen oído

pero lo tuyo parece casi sobrenatural.

Si hubiera tenido algo en la boca, me habría atragantado. Empecé a toser y tuve que golpearme el pecho. Lane me miró preocupada mientras yo intentaba desesperadamente averiguar cómo responder a aquella pregunta.

—Tengo muy buen oído —solté—. Toda mi familia siempre lo tiene. Parece extraño, pero para nosotros es normal.

Esa tuvo que ser la respuesta más patética que jamás he dado. Gemí, deseando que me tragara la tierra, pero no ocurrió. Que Lane me creyera o no era otro cantar. Esperaba que sí.

Se suponía que los lobos debíamos mantener nuestra licantrópía en secreto ante los humanos. Ahora bien, si confiábamos plenamente en uno, podíamos plantearnos contárselo. Pero teníamos que estar seguros porque podía volverse en nuestra contra. No estaba seguro de si Lane era una de esas personas y probablemente nunca lo sabría.

—Supongo que tiene sentido —murmuré.

No parecía muy convencida, pero con que sólo se lo creyera a medias me daba por satisfecho.

—Que pases buena noche, Lane —dije, tratando de cambiar de tema.

Su expresión se suavizó y el leve ceño fruncido fue sustituido por una sonrisa.

—Que tengas una buena noche tú también, Heath. Seguro que te volveré a ver pronto en la pista.

Esperé a que estuviera dentro para emprender el camino de vuelta a casa. El día había sido un desastre. Aunque había pasado algún tiempo a solas con Lane, también me avergoncé a mí mismo y corrí el riesgo de exponer mi licantrópía.

Una vez en casa, me tiré en mi cama y noté cómo crujía un poco más ahora. Quizá no iba a durar mucho más. Creía que sí, pero al parecer, me equivocaba.

A pesar de todo, fue agradable ayudar a Lane. Frankie seguro que se enteraría de que la llevé otra vez a casa y empezaría a quejarse.

Al día siguiente, mientras preparaba la bolsa para el entrenamiento, recibí una llamada de Frankie. Tenía mi número porque yo era el capitán. Para mí era importante poder contactar con todos los miembros del equipo en cualquier momento y viceversa.

—Hola Frankie —saludé por si tenía algo que ver con el entrenamiento. Tal vez estaba enfermo y no podía asistir por alguna razón.

Él resopló.

—Has llevado a mi hermana a casa por segunda vez en un día. ¿Qué demonios crees que haces, Heath? Creí haberte dicho que te mantuvieras alejado de ella.

Me pellizqué el puente de la nariz.

—La única razón por la que accedí a ir a la fiesta fue por el bien del equipo. Además, fuiste tú quien no la recogió cuando se le estropeó el coche en la pista de patinaje y en la fiesta. ¿Quién la dejó tirada? Bueno, no fui yo, ¿verdad?

—....

Su silencio significaba que había dado en el clavo.

—En vez de llamarme para echarme la bronca, ¿por qué no me das las gracias por llevarla? Aunque no es que necesite que me las des.

Frankie refunfuñó algo en voz baja. Yo tenía buen oído, así que entendí lo que dijo, pero aun así quería que lo dijera más alto.

—¿Qué has dicho?

—He dicho que gracias por llevar a mi hermana las dos veces, pero sólo... mantente alejado

de ella.

Luego colgó, lo que me hizo sacudir la cabeza. Ojalá pudiéramos dejar atrás los problemas del pasado. Era un auténtico milagro que no nos afectaran en el hielo. Eso demostraba lo bien que funcionábamos como equipo.

Volví a meterme el móvil en el bolsillo y traté de quitarme la conversación de la cabeza. Frankie seguiría mirándome mal cada vez que nuestras miradas se cruzaran. Era su problema. Si quería perder el tiempo haciéndolo, adelante.

Cuando me disponía a marcharme a la pista de patinaje, estaba seguro de que mis problemas se habían terminado. Pero entonces oí mi teléfono sonar de nuevo y gemí. Lo juro, si se trataba de Frankie otra vez, le diría que se lo metiera por donde no brilla el sol y que me dejara en paz.

Menos mal que comprobé quién me llamaba porque resultó ser mi madre. Fruncí el ceño, esperando que todo estuviera bien. Habían empezado a enviarme mensajes de texto cada dos días para ver cómo estaba. Nunca mencionaron nada sobre mi novia, lo cual fue un alivio.

—Hola mamá, estoy a punto de irme a entrenar. ¿Va todo bien?

Se echó a reír.

—¡Sí, todo va bien! Sólo quería que supieras que vamos a estar por allí en un par de semanas. Coincidirá con tu partido del campeonato.

Debo aclarar que no estaba seguro de que fuéramos a jugarlo. ¡Aún no habíamos llegado a los campeonatos!

Sin embargo, estaba más absorto en que mi madre acababa de decir que estarían en la ciudad dentro de unas semanas. No tenía ni idea de por qué venían y me devanaba los sesos para averiguar por qué.

—¿Puedo preguntar a qué se debe vuestra repentina visita?

—¿Recuerdas a tu prima Mabel?

Parpadeé.

—Sí, claro. Éramos súper amigos de niños.

—Bueno, ¡por fin ella y su novia van a casarse! Se va a casar con una humana, así que primero harán la boda humana y luego la de apareamiento —explicó mamá.

Me resultaba difícil concentrarme en lo que decía. No porque intentara ignorarla ni nada parecido, sino porque no podía dejar de pensar en que mis padres vendrían antes de lo previsto. Contaba con que vendrían a vernos jugar por el campeonato, si conseguíamos llegar, pero sólo estarían aquí unos días como mucho.

Tal vez... no estarían aquí tanto tiempo. Aunque mi instinto me decía que eso no era cierto. Las ceremonias de apareamiento podían tardar semanas en planificarse, y mamá era muy amiga de la madre de Mabel. Obvio, ¡porque era su hermana! Imaginé que vendría muy pronto.

—¿Cuánto tiempo pensáis quedaros? —pregunté con toda la naturalidad de la que fui capaz.

—¡Un mes, así que nos veremos pronto!

Un mes. Iban a estar aquí durante todo un maldito mes y no unos pocos días. Si fuera así, podría usar la excusa de que mi novia estaba fuera. ¿Pero un mes o más? No había manera de que pudiera mantener la mentira.

Joder. ¿Cómo era posible que mi mentira me estallara en la cara apenas un día después de haberla contado? Quizá era el destino diciéndome que tendría que contratar una novia falsa o contarles la verdad a mis padres.

Había una tercera opción. Podía decir que había muerto, pero parecía difícil de llevar a cabo.

—Eso es genial, mamá. Estoy deseando veros a ti y a papá.

Volvió a reírse.

—Y por fin podremos conocer a esa misteriosa novia tuya. Por cierto, ¿es loba o humana?

—Humana.

Yo era un idiota. Un enorme y completo idiota. Pero para ser justos, no conocía a ninguna mujer licántropo. Las dos que conocía preferían a las mujeres, así que no me sentía cómodo ni siquiera pensando en involucrarles en mi mentira.

—Sí, se alegrará de verte.

Antes de que pudiera preguntarme su nombre o cualquier otra información, le dije que tenía que irme. No era una gran mentira. Necesitaba darme prisa y llegar al entrenamiento.

—Muy bien, hablamos más tarde ¿eh? ¡Que vaya bien el entrenamiento!

Era un verdadero fastidio que mis padres estuvieran jubilados. Habían tenido trabajos normales en la sociedad humana y se jubilaron pronto por lo mucho que trabajaban. Al menos la mitad de los de nuestra manada interactuaban con la sociedad humana. ¿Por qué ocultarnos?

Pero nada de eso importaba ahora. Tenía que pensar qué demonios iba a hacer ahora que mis padres iban a llegar antes. En un par de semanas estarían en la ciudad, esperando que les presentara a una novia que no existía.

Como dije, fui un idiota.

Para desahogarme le envié un mensaje a mi mejor amiga, María. Era licántropa como yo, pero vivía en la otra punta del país. Nos criamos juntos pero fuimos a diferentes universidades. Eso no significaba que no mantuviéramos el contacto. En todo caso, la distancia nos acercó porque apreciábamos poder estar en contacto ahora que estábamos a miles de kilómetros.

Aún no le había contado mi plan porque sabía que me llamaría idiota. Y, en efecto, me dijo que era un idiota. Ella estaba en el trabajo en aquel momento, por lo que no podría gritarme hasta la noche. Sería entonces cuando me echaría la bronca.

Se me escapó un gemido. Joder. Ahora estaba muy estresado por el entrenamiento. Menos mal que faltaban meses para mi celo. Las veces que tenía un celo durante los partidos era cuando peor estaba. No podía controlarlo, aunque había algunas medicinas disponibles para retrasarlo un poco.

Los medicamentos podían ser imprevisibles, así que prefería evitarlos, si podía.

En ese momento, sin embargo, mi celo era la última de mis preocupaciones. Solo podía pensar en lo jodido que estaría cuando mis padres llegaran a la ciudad.

CAPÍTULO 5



LANE

Al día siguiente hice que remolcaran mi coche hasta el taller más cercano. Resultó que parte del motor había sucumbido, así que no era un siniestro total. La reparación sería cara, pero necesitaba el coche y no quería comprarme uno nuevo. Así que tendría que desembolsar el dinero.

Hablaba como si no tuviera ahorros por si pasaba algo así. Había una cantidad decente de dinero en mi cuenta de ahorros, pero me gustaba tenerlo allí por si acaso. Era para momentos como éste. Sin embargo, me seguía doliendo tener que usarlo.

Bueno. Era esto o malgastar dinero en transporte alternativo. Después de terminar una de mis sesiones de entrenamiento en la pista, tenía la intención de coger al autobús e ir al local de alquiler de coches cercano al taller.

Justo cuando estaba a punto de cruzar la calle para llegar a la parada de autobús al otro lado, sonó un fuerte bocinazo descontrolado. Cuando giré la cabeza para mirar, había un camión que se dirigía hacia mí. Yo no era consciente de lo que me estaba ocurriendo. Me quedé paralizada, incapaz de hacer otra cosa que mirar al vehículo que venía directo hacia mí.

¿Era así como iba a morir? Como la mayoría de la gente, había pensado en la muerte. Sin embargo, estaba segura de que moriría de vieja y no de un accidente de coche. ¡Y yo ni siquiera estaba conduciendo! Yo sólo era un peatón.

Antes de que pudiera hacer nada, me di cuenta de que estaba en el aire. Todo ocurrió tan deprisa que apenas tuve tiempo de entender qué estaba ocurriendo. Al principio pensé que me había atropellado el camión, y mi cuerpo había salido volando por los aires, pero no me dolía nada. Entonces me di cuenta de que alguien me sujetaba.

Unos fuertes brazos me rodeaban la cintura y yo colgaba del hombro de esa persona. No tenía ni idea de quién era. Gemí, temerosa de que me dejara caer, aunque no parecía probable. Me sujetaba con bastante fuerza.

El mundo pasaba a toda prisa. Lo único que veía eran destellos del cielo y otros colores. Fue difícil entender nada hasta que dejamos de movernos. Miré hacia abajo y vi una hermosa hierba verde y exuberante.

La cabeza me daba vueltas mientras mi salvador me ponía de pie con cuidado. Me balanceé y me agarré de los hombros para estabilizarme.

Se me pasaban muchas cosas por la cabeza. La más importante era quién me había salvado, y la otra era si había volado o no. Había sentido como si estuviera volando. O simplemente saltando alto. ¿Pero quién podía saltar tan alto y durante tanto tiempo?

Cuando mi visión se volvió clara, me giré para ver a mi salvador. Para mi sorpresa, era

Heath. En otras circunstancias, esto no sería tan extraño, pero cuando lo miré me di cuenta de que no parecía humano.

Sus ojos brillaban amarillos, sus dientes se habían alargado y su rostro parecía haber medio cambiado a lo que sólo puedo describir como una cara canina.

—¿Qué cojones...? —susurré, dando un paso atrás.

Miré a mi alrededor, buscando dónde esconderme. Heath me había llevado a un parque. Si caminaba lo suficiente volvería a la parada del autobús. Pero entonces me di cuenta de que era Heath. Puede que no pareciera del todo humano en ese momento, pero seguía siendo él. Eso tenía que contar para algo, ¿no?

Aun así, estaba aterrorizada porque no era humano. Para nada. Un ciego podría decir que Heath no era humano.

—Joder —gruñó cuando se dio cuenta de por qué lo miraba de esa manera. Se dio la vuelta y me dio la espalda durante al menos un minuto.

Cuando se volvió, los rasgos no humanos habían desaparecido. Me di cuenta de que aún le quedaban algunos destellos dorados en los ojos, pero apenas se notaban. Retrocedí otro paso y lo miré con fijeza.

—Me has salvado.

Se encogió de hombros.

—Sí.

—Parecías un canino.

—Licántropo —corrigió.

Parpadeé.

—Un licántropo es un hombre lobo y un lobo es parte de la familia canina. Así que eres un cánido. Si quieres, puedo llamarte perro. No me presiones porque ahora mismo estoy de los putos nervios, Heath.

—Es por lo de lobo, ¿verdad?

—¡Joder, por supuesto que es lo de lobo!

Entonces recordé los últimos días. De pronto, todo tenía sentido. Así fue como Heath supo que mi hermano salía de los vestuarios y bajaba las escaleras. También recordé sucesos pasados de los últimos tres años, como percibir olores que nadie podía oler de inmediato, oír cosas que ninguna persona normal oiría desde donde estaba, y otras similares.

Heath se aclaró la garganta.

—¿Estás bien, Lane?

—Estoy pensando en todas las veces que minimizaste tu extremo sentido del olfato, del oído y el resto de sentidos en general —murmuré—. Siempre pensé que era extraño, pero nunca pensé que fueras un lobo de verdad.

—Trata de concentrarte en el hecho de que te salvé y no en que soy un lobo.

Mi mirada se suavizó.

—Me has salvado. Te doy las gracias por ello —dije con firmeza.

Si Heath no hubiera intervenido, ahora estaría muerta, de eso estaba segura. Sin embargo, Heath era un lobo. Los hombres lobo existían y todo lo que creía que era verdad en mi vida era una enorme y jodida mentira.

Se rascó la nuca.

—¿Quieres que vayamos a algún sitio a hablar? Parece que vas a asustarte de nuevo en unos segundos y lo menos que puedo hacer es responder a tus preguntas, ahora que el gato está fuera

de la bolsa.

—Quieres decir que el perro está fuera de la bolsa.

—Vale, debes estar mejor de lo que pensaba si estás haciendo una broma.

Resoplé.

—Es un mecanismo de supervivencia. Sí, sentémonos aquí en el parque un rato. Espero no entretenerme si tenías que hacer otra cosa.

Sacudió la cabeza y me condujo a un banco vacío donde nos sentamos.

—No, estaba saliendo del entrenamiento cuando vi venir ese camión. Reaccioné antes de darme cuenta de lo que hacía —admitió—. Existía la posibilidad de que me haya expuesto a alguien más, pero no me importa. ¿Qué iba a hacer? ¿Quedarme ahí parado y dejar que te atropellara un camión?

Me pasé una mano por el pelo y me di cuenta de que estaba temblando. Tenía mucho que asimilar. Primero, casi muero y además Heath era un hombre lobo. Era mucha información que digerir.

—Tómate tu tiempo, Lane. Te llevaré a donde necesites, así que no te preocupes por llegar tarde a algún sitio o quedarte sin transporte.

Forcé una sonrisa.

—Gracias por todo lo que has hecho por mí estos últimos días. Especialmente lo de salvarme la vida hace unos minutos. Joder, no me puedo creer que casi muero.

Heath empezó a levantar el brazo, pero dudó. Le hice un gesto con la cabeza para que me consolara físicamente. Una vez tuvo esa confirmación, me rodeó los hombros con un brazo y me frotó suavemente el brazo.

—Como he dicho, tómate tu tiempo.

Tardé al menos veinte minutos en serenarme, pero había esquivado la muerte por los pelos, así que supuse que se me podía conceder ese lujo. Sólo pude hablar cuando dejé de temblar.

Era difícil recordar el momento en que me salvó, porque todo ocurrió de forma borrosa. En un momento estaba en el suelo y al siguiente volaba por los aires, lanzada sobre el hombro de Heath como un saco de patatas.

Sabía que no podía hablar con nadie del accidente. Si sacaba el tema, tendría que contar que había estado a punto de morir. Vale, podía mencionar que lo había presenciado, pero seguía siendo demasiado duro. En cuanto lo hiciera, me derrumbaría y me echaría a llorar. Pensar en ello fue suficiente para que se me saltaran las lágrimas.

La única persona con la que podía hablar de esto con tranquilidad era Heath. Si quería hablar con él, necesitaría su número. Con suerte, me acordaría de pedírselo para que me resultara más fácil contactar con él.

—Eres un hombre lobo.

Rio entre dientes.

—Así es.

—¿Cuándo te convertiste en uno?

—No me convertí en uno. Nací licántropo.

Parpadeé.

—Bueno, no es que sepa cómo funciona esto.

—Hay lobos que se convierten, pero es más probable que te encuentres con un licántropo que haya nacido así. Sean mestizos o no —me explicó Heath, haciendo que me explotara la cabeza.

Tenía muchas otras preguntas, pero necesitaba digerir lo que acababa de decirme. Lo más

importante era que Hollywood nos había mentido a todos. La mayoría de los hombres lobo no se volvieron así, sino que nacieron así. Me pregunté cuántos licántropos andaban entre nosotros. El pensamiento no me asustó. Sentí más curiosidad que otra cosa.

—¿Eres parte de una manada de lobos o algo así? —pregunté, curiosa.

Hasta donde yo sabía, los lobos vivían en manadas. Me resultaba extraño pensar en una manada de lobos que no viviera en una guarida, pero tal vez los estaba englobando en los estereotipos que existían.

Heath asintió.

—Sí, pero nuestra manada es lo que se llama una manada moderna. No tenemos que vivir en la guarida; podemos vivir fuera de ella.

Bueno, eso respondió algunas de mis preguntas. Me picaba la curiosidad y tenía muchas otras que quería hacer. Lo bueno de esta sesión de preguntas y respuestas fue que pude olvidarme de que había estado a punto de morir hacía un rato.

—Supongo que hay manadas más tradicionales.

—Sí.

Tenía algunas preguntas más, pero tuve que parar porque necesitaba alquilar un coche. Cuando se lo mencioné, se ofreció de nuevo a llevarme. Esta vez estaba más que dispuesta a aceptar su ayuda porque me ponía nerviosa intentar cruzar la calle o acercarme al lugar del accidente.

Oí el sonido de las sirenas a lo lejos, así que estaba claro que el camión había causado daños. Esperaba que nadie hubiera resultado gravemente herido durante el accidente.

Me llevó a buscar mi coche de alquiler. Antes de salir, me puso la mano en el brazo.

—Lane, tengo algo importante que preguntarte antes de que te vayas.

Fruncí el ceño.

—¿Qué pasa?

—Es sobre lo que has descubierto hoy. No puedes contarle a nadie lo de mi licantropía.

—Heath, tu secreto está a salvo conmigo —afirmé con solemnidad—. Además, de todos modos, no creo que nadie me creyera.

Se rio entre dientes.

—Vale, tienes razón, pero aun así tenía que pedírtelo. Si saliera a la luz, no sólo me pondría a mí en peligro, sino a toda mi familia y mi especie.

—Está bien, sin presiones —bromeé, haciendo una mueca cuando se puso serio—. Estoy bromeando, Heath. Como te he dicho, tu secreto está a salvo conmigo. No voy a contarle nada a nadie. Pero cuando te vea, tendré muchas más preguntas.

Después de prometerme que las contestaría lo mejor que pudiera, salí del coche y fui a buscar el mío de alquiler.

Pero durante el resto del día, lo único en lo que podía pensar era en el hecho de que me había salvado Heath, que era... un hombre lobo.

CAPÍTULO 6



Heath

Se puede decir que metí la pata hasta el fondo. Cuando se trata de contar a los humanos que eres un lobo, tienes que estar seguro de que guardarán el secreto. Si al humano, por alguna casualidad, se le escapara, por así decirlo, pasarían dos cosas: o bien los demás pensarían que están locos o les creerían.

Ahí estaba el peligro. Que un grupo de humanos hiciera preguntas y explorara significaba que se correría la voz. Entonces cundiría el pánico y el gobierno podría involucrarse. Entonces los licántropos estaríamos en el punto de mira, acorralados, o aún peor, experimentarían con nosotros.

Puede parecer que exagero, pero a la humanidad nunca se le han dado bien las personas diferentes. Añade una especie completamente distinta a la mezcla y será mucho peor...

Confiaba en Lane. Pero no la conocía lo suficiente como para confiarle este secreto.

Dejarla morir no era una opción. Cuando vi que el camión se dirigía hacia ella, me puse en acción sin pensarlo. No podía dejarla morir. Esperé hasta que estuviera fuera de peligro y se recuperara.

Se lo tomó mejor de lo que pensaba. Esperaba más gritos e incluso que saliera corriendo, pero no hubo nada de eso.

Cuando volví a verla en la pista, no vi ni una pizca de miedo en sus ojos, sino calidez y comprensión. Siempre tuvo esa mirada, pero ahora me pareció ver algo más. Puede que fuera cosa mía, por todo lo que pensaba en ella últimamente.

Me acerqué a ella sin importarme si Frankie me veía. Se podía ir a la mierda, hablando con Frankie-za.

El juego de palabras era intencionado.

—Hola —saludé con una mueca de nerviosismo.

Ella sonrió.

—Hola.

—¿Estás... bien?

—Estoy mejor que el otro día —admitió Lane—. Creo que el shock por haber estado a punto de perder la vida está empezando a desaparecer, pero todavía estoy un poco conmocionada. Sería mucho más fácil si pudiera hablarlo con alguien.

Parpadeé.

—Podrías. Quiero decir, deja de lado lo de «un hombre lobo me salvó». Miente y di que

retrocediste justo a tiempo.

—Supongo que podría —murmuró—. Pero tengo miedo de terminar revelando la verdad sin querer.

—Bueno, siempre puedes mandarme un mensaje. Ya tienes mi número, así que mándame un mensaje o llámame cuando quieras hablar. Lo digo en serio.

Se mordió el labio inferior.

—¿Hablas en serio? Porque aceptaré tu oferta.

—Que me muera si no hablo en serio... Vale, mala elección de palabras.

Ella se echó a reír. Se rio tan fuerte que se dobló sobre sí misma y su cuerpo tembló de la risa que se apoderó de ella.

—¡Eh! —gritó alguien en dirección a los vestuarios.

Miré y vi a Frankie observándonos. Tenía la cara roja y los ojos entrecerrados.

—¿Qué pasa, Frankie? Deberías estar entrando en el hielo, calentando, antes de que practiquemos alguna de las jugadas —espeté, poniéndome la gorra de capitán.

Los dos podíamos tener nuestros problemas, pero él tenía que respetar mi posición en el equipo. Era esencial que trabajáramos unidos. La frase trabajo en equipo existe por una razón.

—¡Sí, me pondré a ello tan pronto como dejes de molestar a mi hermana! —gruñó.

Los gruñidos no significaban nada. Él no era un lobo, así que no podía entender que mi lobo se lo tomara como un desafío. Tuve que respirar hondo y no tomármelo como algo personal.

Por suerte para mí, Lane actuó de inmediato y calmó la situación.

—¡Frankie, deja de meter las narices en mis asuntos! —gritó, sin importarle si la gente la miraba—. Heath ha dicho algo gracioso y yo me he reído. ¿Recuerdas lo que es reírse, señor «don palo en el culo»?

Se quedó boquiabierto.

—Yo...

—¡Mete tu culo en el hielo y empieza a calentar! ¡No faltes el respeto a tu capitán en la pista!

Frankie me lanzó una mirada asesina, pero corrió hacia el hielo. Si el resto de los chicos del equipo se enteraron, no dijeron nada. Para ser sinceros, fue culpa de Frankie. Sé que tenía problemas conmigo, pero cuando entrenábamos, ¡había que dejarlos de lado!

—Gracias por eso —dije a Lane.

Se encogió de hombros.

—Sin problema. Siento toda la mierda que has tenido que aguantarle durante estos años. Tiene que superarlo. Además, las otras veces que hemos estado juntos han sido culpa suya, por no contestar al teléfono y dejarme plantada, como sabes.

Casi quise decir que le estaba agradecido de que la hubiera dejado tirada. Me dio la oportunidad de pasar por fin algo de tiempo con ella. Antes no podía encontrar una buena excusa, pero si se trataba de su coche, sí.

—Entonces, ¿cómo va lo de tu coche?

Suspiró.

—Ahora mismo estoy con uno de alquiler. El mío va a ser declarado oficialmente muerto cuando salga del taller, así que lo más probable es que tenga que comprarme uno nuevo.

—Lane, es hora de que lo dejes ir —dije, intentando no reírme—. Deja que el coche vaya hacia la luz al final del túnel.

—¡Anda, cállate! —murmuró, dándome un golpecito en el hombro—. ¿No tienes un entrenamiento al que ir?

Sonreí.

—En ese caso, nos vemos luego. Que tengas un buen entrenamiento.

—Tú también.

Me lanzó una sonrisa que me hizo sentir mariposas en el estómago. Refunfuñé para mis adentros, tratando de apartar esos sentimientos. En cuanto vi a Frankie se desvanecieron porque recordé lo molesto que estaba siendo.

El entrenamiento no fue mal, aunque estuvo bastante tenso en ciertos momentos. Cuando Frankie se me acercó en el vestuario, después del entrenamiento, quise gritar.

—Frankie, ¿qué pasa ahora? Si tiene que ver con algo que no sea hockey no quiero oírlo.

Frunció el ceño.

—Sólo quería disculparme por asumir que estabas molestando a mi hermana. Me hizo parecer un poco imbécil.

—No, no estoy de acuerdo. Te hizo quedar como un auténtico imbécil.

Su mandíbula se tensó.

—¿Por qué me lo pones tan difícil?

—Porque me lo has puesto difícil desde el primer día, pero siempre he intentado tomármelo del mejor modo posible —repliqué. Tomé aliento y continué—. Mira, olvidemos esto. Los dos no tenemos que hablar a menos que sea sobre el hielo o sobre el hockey, así que sigue tu camino.

Parecía que quería decirme algo más, pero decidió no hacerlo.

—Bien, pero lo siento.

—Tu disculpa es aceptada.

No estaba seguro de aceptar sus disculpas. Fue más un intento de alejarlo de mí y seguir con mi día.

Una vez seguro de que Frankie se había ido, respiré aliviado. Vi que Lane seguía en el hielo con su alumna y sonreí. Ella giró la cabeza y nuestras miradas se cruzaron. Que se diera cuenta de que la estaba mirando y sonriendo para mis adentros fue más de lo que podía soportar, pero amplí mi sonrisa y saludé con la mano.

Lane se rio y me devolvió el saludo. Mierda, ¿por qué seguía avergonzándome con esta mujer? Todo lo que quería era parecer inofensivo, pero no era así como me veía.

La pregunta del millón era ¿por qué demonios me importaba lo que ella pensara de mí? Apenas éramos amigos. Nuestra relación había pasado de conocidos a amigos en una semana, lo que me sorprendió mucho.

Aún quedaba el problema de mis padres. No dejaba de pensar en que iban a venir pronto, siempre que se celebrara la boda. Joder, todavía no tenía ni idea de lo que iba a hacer. Esperaban conocer a mi novia, pero no había novia que conocer. Darse cuenta de que les había mentado, me iba a traer muchos problemas con mi familia.

No quería que me dejaran de lado. Pero llegados a este punto, no veía otra opción. ¿Cómo demonios iba a encontrar una novia en el último minuto? Era imposible.

* * *

Lane

Mi hermano era un imbécil y se lo dejé claro la siguiente vez que estuvimos a solas. Le dije que

tenía que dejar de comportarse como un imbécil sobreprotector cuando se trataba de Heath. ¡No había razón para ello! Y aunque la hubiera, era asunto mío. Yo quería a mi hermano, pero él no tenía por qué meterse en mi vida.

Durante la semana siguiente, más o menos empecé a hacerme a la idea de que Heath era un hombre lobo. Al principio me asusté, pero me di cuenta de que no era un mal tipo. En general, Heath seguía siendo sólo Heath. Solo que era un hombre lobo y no un humano.

Si tenía alguna pregunta, le enviaba un mensaje. Siempre parecía más que dispuesto a responderlas. Lo mismo me ocurría cuando tenía un mal momento con eso de haber estado a punto de morir y necesitaba a alguien con quien hablar. En cualquier caso, ambas cosas me daban una excusa para hablar con él.

Estaba claro que me gustaba hacerlo. Desde el principio supe que teníamos mucho en común, porque a los dos nos encantaba el hielo. Pero nuestras personalidades también encajaban muy bien.

En general, Heath se convirtió en una especie de apoyo para mí. Había hecho mucho y estaba dispuesto a ayudarme cuando algo iba mal. Me gustaba pensar que yo podía ser lo mismo para él, pero no tenía ni idea de cómo hacerlo. Hasta que una noche, mientras me preparaba para una sesión de entrenamiento, oí un alboroto en el vestuario masculino.

Me habría ido, pero me di cuenta de que los gritos y refunfuños venían de Heath. Fue entonces cuando descubrí que Heath tenía problemas con su familia. Para ser más concretos, sus padres iban a venir de visita dentro de unos días y me explicó por qué era un problema.

Mientras hablábamos, tuve la sensación de que Heath se sintió aliviado de poder confiárselo a alguien. Necesitaba desahogarse y yo lo respetaba. Por eso le escuché. El mayor problema es que Heath se había inventado una novia falsa que no existía.

Sus padres esperaban conocerla y Heath pensaba contarles la verdad. No quería que perdiera a su familia, así que las siguientes palabras salieron de mi boca casi sin pensar.

—¿Y si finjo ser tu novia mientras tus padres están en la ciudad?

La cara de Heath no tenía precio. Parecía en estado de shock. Me costó convencerlo, pero al final aceptó. Incluso nos dimos la mano.

—No sé por qué quieres hacerlo —murmuró—. Quiero decir, aprecio que estés dispuesta a ayudarme y todo eso, pero tienes que ser consciente de en lo que te estás metiendo. Mis padres esperarán que nos apareemos.

Me encogí de hombros.

—No es que vayamos a aparearnos, así que ¿cuál es el problema?

—Lo sé Lane, pero ellos no. Van a venir con mucha fuerza y nos presionarán para que nos apareemos cuanto antes —murmuró.

—Heath, puedo manejarlo, pero si tanto te preocupa podemos practicar y además asegurarnos de que nuestra historia encaja a la perfección, para que no se den cuenta de que pasa algo.

Suspiró, pasándose una mano por el pelo.

—Sé que acordamos esto y todo, pero no sé si es una buena idea.

—Probablemente sea una mala idea, pero fuiste tú quien se inventó una novia falsa, así que tenemos que sacar lo mejor de una mala situación —señalé.

Heath agachó la cabeza, consciente de que yo tenía razón, pero sin querer admitirlo.

—Tengo una pregunta, ¿qué piensas hacer después del partido? Tus padres tendrán que saber la verdad en algún momento.

Heath se encogió de hombros.

—Sinceramente, no lo sé. Ahora mismo me lo tomo día a día. Primero me centraré en esta temporada de hockey. Una vez que termine, pensaré qué hacer. Quizá me invente una ruptura falsa o algo así.

—¿No insistirán entonces en algún acuerdo de apareamiento?

—Probablemente —murmuró Heath—. Todo esto es tan retrógrado... Sé que es la tradición y que así es como funcionan la mayoría de las manadas, pero siento que no hay nada malo en aparearse después de los treinta. Sin embargo, ellos piensan de otra manera.

Me acerqué y le cogí la mano, ignorando la chispa que me recorrió.

—Mira, vayamos paso a paso. Por ahora, fingiré ser tu novia para quitarte algo de presión durante el resto de la temporada. ¿Qué te parece?

Sonrió a medias.

—Lane, quiero darte las gracias por esto. Aún no creo que sepas dónde te estás metiendo, pero en serio, gracias por ofrecerte a hacerlo.

—Es lo menos que puedo hacer después de que me salvaras la vida.

—Espero que no te sientas presionado a hacerlo por... ¡Ay!

Estiré la mano para golpearle en el hombro con fuerza. Dudaba que le hubiera hecho daño, porque era puro músculo, pero conseguí que me entendiera.

—Nadie me presiona para hacer nada que yo no quiera —repliqué con firmeza—. Excepto mis padres cuando era más joven y cuando se trataba de estudiar, pero esa es una historia diferente.

Se frotó el brazo.

—¿Y tu hermano? Si se entera, el resto de la temporada será muy difícil para nosotros. Creo que podríamos acabar peleándonos en la pista o algo peor.

Fruncí el ceño.

—Quiero decir que mandaré a mi hermano a la mierda, pero sé que eso causará problemas entre tú y él, que es lo que no quiero. Así que tengamos cuidado cuando estemos en la pista. Nuestras interacciones serán mínimas.

Así mi hermano no empezaría con sus chorradas.

Cuando mi teléfono zumbó, supe que Miyu estaba aquí para nuestra sesión de entrenamiento.

—¿Tienes que irte? —preguntó Heath inesperadamente, riéndose cuando le dirigí una mirada de sorpresa—. Conozco esa mirada de «tengo algo que hacer».

Resoplé.

—Sí, Miyu por fin está aquí. Estamos ultimando su programa para final de mes. Es muy buena, así que espero que saque una nota bastante alta. Aunque no se lo diré porque no quiero presionarla ni inflar su ego.

—Serías una buena capitana —dijo él.

—Sólo puedo manejar a una persona a la vez. Cómo lo haces con todo tu equipo me supera.

Sonrió satisfecho.

—Especialmente tu hermano.

—Sí, especialmente mi hermano.

Hablaríamos más tarde para empezar a perfilar nuestra tapadera. Si no ultimábamos todos los detalles, nuestra falsa relación se acabaría antes de empezar. Lo aparté de mi mente mientras entrenaba a Miyu porque contaba conmigo para llevarla, con suerte, a las Olimpiadas.

Estaba segura de que Miyu podría llegar a los Juegos Olímpicos. Había explotado tanto su potencial a lo largo de los años que me entusiasmaba ver hasta dónde podía llegar.

Cuando terminé, cogí mis cosas y me subí al coche de alquiler. Saqué mi teléfono y le envié un mensaje a Heath: «Deberíamos reunirnos pronto para repasar el plan. En algún lugar donde nadie nos vea. ¿Se te ocurre alguno?»

No tuve que esperar mucho para que respondiera. Esto me hizo sonreír y preguntarme si estaba esperando ansiosamente mi mensaje. Probablemente no, pero me hizo feliz pensar que eso era lo que estaba haciendo.

«Conozco un café a unos diez minutos en coche de mi casa. No hay razón para que nadie nos vea tan lejos, así que podemos probar allí si quieres».

Después de enviarle un emoji de pulgar hacia arriba, sentí que el nerviosismo crecía en mi interior. Era una tontería sentirme así. Mi mente empezaba a pensar que era una cita, ¡cuando no lo era!

Era un encuentro para ultimar detalles falsos de una relación falsa. Tenía que seguir recordándomelo a mí misma porque, de lo contrario, empezaría a caer en la fantasía de que Heath y yo estábamos saliendo.

Tal vez... sólo tal vez... no estaba haciendo esto sólo por ser buena persona.

CAPÍTULO 7



HEATH

Tuve que repetirme una y otra vez que no era una cita, lo que se convirtió en mi mantra el día que nos reunimos para ultimar nuestra historia. Estaba tan emocionado que acabé llegando temprano, súper temprano... como veinte minutos antes. Lane, en cambio, llegó puntual. Sonrió y me preguntó si llevaba mucho tiempo esperando.

Lo único que pude hacer fue sacudir la cabeza y murmurar un no.

—Pedí que nos sirvieran café —solté, señalando el café que había frente a la silla vacía—. Ha pasado tiempo, pero creo que me aún me acuerdo de cómo lo tomas.

Ella parpadeó.

—¿Cómo puedes acordarte de eso? Lo mencioné de paso cuando hablábamos de nuestros cafés favoritos. Eso fue como... ¿hace seis meses?

—Yo... tengo buena memoria.

—Oh, ¿eso es cosa de hombres lobo?

Lane lo preguntaba en serio. La cuestión es que yo estaba mintiendo descaradamente. La memoria no tenía nada que ver con ser un hombre lobo. Nuestra memoria era casi igual a la de un humano promedio. Sólo recordaba el pedido de café de Lane porque era de Lane.

Había quedado enterrado en lo más profundo de mi subconsciente, y no lo recordé hasta que estaba pensando qué pedirle en la cafetería. Un mensaje rápido podría haberlo solucionado, pero de repente recordé su pedido.

Pensar que lo había tenido guardado en mi cabeza durante meses y ni siquiera me había dado cuenta era ridículo.

—Sí. Los hombres lobo tenemos una memoria excelente.

Pareció crearme porque no me presionó para que le dijera la verdad ni cuestionó lo que le había dicho.

—He estado pensando en esta historia que tenemos que inventar. Tengo una idea básica. ¿Quieres oírla? —preguntó.

Asentí.

—Sí, por supuesto.

Según la historia que había creado, nos conocimos en la pista de patinaje, lo cual ni siquiera era mentira. Nos conocimos allí y enseguida entablamos amistad. Después de seis o siete meses, me pidió salir.

Eso me sorprendió.

—¿Me invitaste a salir?

Frunció el ceño.

—Estamos en 2024, Heath, ponte al día. Las mujeres podemos invitar a salir a los hombres si queremos, así que por favor...

—Tienes razón —dije, haciendo una mueca avergonzada por mi estúpida pregunta—. Continúa.

Lane se aclaró la garganta y continuó con su historia.

Cuando me lo pidió y acepté, empezamos a salir. A los seis meses y un año después de conocernos, le conté que era un hombre lobo. Se quedó en shock y tardó al menos una semana en volver a hablar conmigo.

Siendo honestos, sonaba bastante creíble. Si yo fuera Lane y alguien me dijera que era un hombre lobo, me quedaría helada hasta poder digerir aquella información. Una vez que pasó esa semana, ella vino a verme y me dijo que no le importaba si yo era mitad cabra. Me quería, y eso era lo único que importaba.

—Espera —interrumpí sin querer, pero tenía que hacerlo—. ¿Mitad cabra?

—Heath, se supone que debe ser romántico y demostrar que te amaré pase lo que pase.

Mi cerebro se tomó esas palabras casi al pie de la letra. Mis mejillas empezaron a arder hasta que me di cuenta de que Lane no quería decir que estuviera realmente enamorada de mí. No había amor. Probablemente sólo sentimientos de amistad.

—Sí, sí, eso tiene sentido —murmuré, avergonzado por lo aguda que sonó mi voz.

Joder, mi voz no sonaba así desde antes de llegar a la pubertad. Lane no pareció darse cuenta de mi incomodidad y continuó.

La charla de apareamiento entre nosotros ocurrió hace poco. Fue espoleada por el hecho de que mis padres me presionaban, pero Lane reaccionó bastante bien. Me dijo que quería pasar el resto de su vida conmigo. Si eso significaba aparearse conmigo, que así fuera. Matrimonio, apareamiento, le daba igual. Ella quería estar conmigo para siempre.

Tuve que admitir que Lane era una excelente mentirosa. Era tan buena que casi empecé a creérmelo. En varios momentos, metí la mano bajo la mesa y me pellizqué con fuerza en el brazo para recordarme que no era real. Lo que Lane contaba era una fantasía que ambos habíamos aceptado por mi bien.

Para quitarme a mis padres de encima. Eso es todo lo que era.

—Entonces, ¿qué piensas? —preguntó, de repente—. Creo que parece una buena tapadera, pero quiero conocer tu opinión. ¿Tienes algún comentario, preocupación o retoque que debamos hacer a la historia?

—¡No! —respondí.

—¿En serio?

Asentí con la cabeza.

—En serio. Suena muy plausible. Demasiado, si me apuras.

—Ayuda el hecho de que ya nos conocemos y tenemos mucho en común —admitió Lane con una sonrisa burlona.

Dios, me mató cuando dijo eso porque alimentó mi fantasía aún más. Supuse que, al menos, podría besarla cuando mis padres estuvieran presentes. Los dos teníamos que hacerlo creíble y maldita sea, lo haría.

No me resultaría muy difícil a estas alturas. Lane me gustaba más de lo que pensaba. Así que disfrutaría de esta falsa relación mientras la tuviéramos y después de romper, tendría que aceptar que todo volvería a ser como antes.

Hablamos y disfrutamos del resto del café. Me entristeció verla marchar, pero los dos

teníamos cosas que hacer.

Cuando estaba cerca de casa recibí una llamada de mis padres. La ignoré y esperé a estar en mi apartamento para devolvérsela.

—Hola, papá. ¿Qué tal?

Él se rio.

—Oh, nada. Venimos del aeropuerto y nos dirigimos al hotel.

—... ¿Qué?

Volvió a reírse.

—¡Ya estamos en la ciudad!

—¡Pero se suponía que no llegaríais hasta el fin de semana! —grité, tratando de no sonar asustado, aunque, en serio, estaba empezando a entrar en pánico. ¿Cómo podían estar aquí ya? No, esto iba a fastidiarlo todo. Se suponía que no aparecerían hasta el fin de semana. Ahora todos los planes que tenía se habían ido a la porra.

—Era más barato volar ahora que este fin de semana, así que decidimos venir ya —explicó—. No veo por qué te asustas, Heath. Nos vamos a quedar en un hotel y no contigo, así que no vamos a entorpecer tu vida ni tu tiempo de hockey.

Me pellizqué el puente de la nariz.

—Esa no es la cuestión, papá.

—Creo que le molesta que le quitemos tiempo para estar con su novia —oí decir a mamá de fondo.

Por supuesto, papá tenía el teléfono en altavoz para que mamá escuchara la conversación. Sabía que eran una pareja que llevaba décadas junta y que eran esencialmente una unidad, pero ¿no podían tomarse un momento, de vez en cuando, para cada uno?

—No, vengo de una cita con ella, así que no interrumpís nada.

Mamá soltó una risita.

—Entonces, ¿eso significa que podemos conocer a esta misteriosa mujer?

—Su nombre es Lane.

—¡Oh, qué nombre tan bonito! —exclamó mi madre—. ¿Significa esto que podemos conocer a Lane?

Suspiré.

—De todas formas, iba a preguntaros si queríais quedar con ella este fin de semana para conocerla. Pero va a ser este fin de semana. Que estéis aquí un par de días antes no significa que podáis conocerla ya.

—Es comprensible —concedió mi padre, aunque oí a mamá suspirar de fondo—. Cariño, no puedes empujar a nadie a conocer a los padres. Sobre todo a los humanos. Ya sabes lo susceptibles que son. Para ellos, conocer a los padres es algo muy importante.

Yo hubiera querido añadir que también era un gran problema con los lobos, pero decidí no hacerlo.

—Al menos dínos cómo es —me pidió mamá. Sonaba un poco desesperada.

Esto me hizo suspirar de nuevo.

—Es ex patinadora y trabaja a tiempo parcial entrenando a prometedoras patinadoras artísticas —expliqué—. Así es como nos conocimos.

—¿Os conocisteis en la pista de patinaje? —preguntó papá.

—Sí.

Suspiró feliz.

—Me alegro de que hayas conocido a alguien que comparte un interés similar al tuyo. La mitad de tu vida la pasas en el hielo, así que querrás una compañera que pase allí al menos un treinta por ciento de su propia vida.

Papá tenía razón.

Hablé un poco más con ellos y maldije después de colgar. ¿Por qué tenían que venir antes? Sí, habían aceptado esperar hasta el fin de semana para conocer a Lane, pero aun así me preocupaba que se pasaran por casa sin avisar.

La única parte que jugaba a mi favor era que Lane no tenía ningún motivo para venir a mi casa hasta que la invitara a cenar este fin de semana. Pensé que era importante avisarla, así que la llamé.

Sí, la llamé. Tal vez debería haber enviado un mensaje de texto, pero era mejor decirlo por teléfono que por mensaje.

—Heath, ¿va todo bien? —preguntó, respondiendo enseguida.

Hice una mueca de disgusto.

—Joder, ni siquiera pensé que podrías estar ocupada. ¿Lo estás?

—No, para nada. Acabo de volver del trabajo y estoy descansando en casa. Pero, déjame preguntarte de nuevo, ¿está todo bien?

—Depende de cómo te tomes que mis padres hayan venido unos días antes —murmuré—. Antes de que te asustes, me he asegurado de que entiendan que no van a conocerte hasta este fin de semana en la cena, como habíamos planeado. No me importa cuánto se quejen. Nos ceñiremos al plan.

Ella suspiró.

—Bueno, mierda, son bastante autoritarios, ¿no?

—En este tema, sí. Con todo lo demás, son muy permisivos y me dejan a mi aire, pero no cuando se trata de mi estatus en la manada. Si lo piensas, tiene sentido. No quieren que me vea obligado a abandonarla o que me rechacen.

No podía ver la cara de Lane, pero sabía que estaba consternada por mis palabras. Como humana, no podía entenderlo y yo no podía explicárselo mejor de lo que lo estaba haciendo.

—Aparte de eso, ¿está todo bien?

—Sí —aseguré—. Sólo quería avisarte de que mis padres han llegado antes de lo previsto.

—Te lo agradezco, pero seguimos adelante con el plan. Este fin de semana iré a cenar y les daremos a tus padres un bonito espectáculo. Para cuando se vayan estarán seguros de que estamos locamente enamorados el uno del otro.

Me dio un vuelco el corazón. Creo que me dio un auténtico vuelco cuando dijo eso. Gracias a Dios que Lane no podía verme la cara.

Estaba perdiendo el control. Si no me controlaba, arruinaría todo el plan en la cena. Mis padres se darían cuenta de que todo era un montaje y podrían arremeter contra Lane también.

—Te mandaré un mensaje con los detalles y los ultimaremos el sábado por la mañana.

Se rio.

—Me parece bien. Que tengas un buen día, Heath.

—Tú también, Lane.

Necesitaba hablar con alguien, así que acabé enviando otro mensaje a mi buena amiga María para explicarle la situación. Al final fueron un montón de mensajes, pero cuando terminé sentí que me había quitado un gran peso de encima.

Justo cuando estaba a punto de seguir con mis cosas, ella me llamó. Parpadeé y me di cuenta

de que no debería haberme sorprendido. Por supuesto que llamaría después de leerlos.

—Estás loco —fue lo primero que me dijo cuando contesté.

Suspiré.

—Sí, gracias, María. Por cierto, ¿cómo estás?

—Bien. Y quiero repetirlo, estás loco. ¿Por qué has metido a esa mujer a esta mentira?

—¿No leíste la parte en la que dije que ella se ofreció? —protesté—. Fue idea de Lane fingir ser mi novia.

Y habría sido un idiota si no hubiera aceptado.

Ella resopló.

—Debes estar muy enamorado de ella si estás dispuesto a llegar tan lejos.

—Cierto, sí, hay un pequeño flechazo ahí.

—¿Pequeño? —replicó riendo—. Heath, mi querido amigo, estás negando la realidad, pero vale, te seguiré la corriente, o en tu caso, el disco.

El juego de palabras sobre el hockey me hizo reír. María siempre sabía qué decir para hacerme reír. Era su don.

—Espero no haberte molestado. Sólo quería desahogarme.

—¿Te has quedado más tranquilo?

—Sí, casi del todo —admití—. Creo que lo tengo todo controlado. Lane vendrá este fin de semana, cenaremos con mis padres y los convenceremos de que estamos saliendo.

María se aclaró la garganta.

—Sabes, debería ser tu cita para la boda de tu prima.

—Mierda, sí, tienes razón. No había pensado en eso.

—¿Lo ves? —replicó María—. Eso significa que no has pensado en todo. Además, tengo que preguntarme qué gana Lane con todo esto. No digo que sea mala persona ni nada de eso, pero ¿por qué aceptaría jugarse el cuello?

Fruncí el ceño.

—María, no sé qué intentas insinuar, pero no me gusta. Lane es una buena persona y sólo quiere ayudar. Quizá siente que me lo debe porque le salvé la vida. ¿Recuerdas que te envié un mensaje contándotelo?

—Sí, cómo olvidar tu mensaje de pánico sobre cómo te expusiste.

Reí entre dientes.

—Eso suena un poco mal fuera de contexto.

Aunque normalmente era reservada, María soltó una risita ante la broma infantil. Me recordaba a cuando éramos jóvenes y las cosas eran mucho más fáciles.

Se me quitó un peso de encima tras hablar con ella. Decidí que me mantendría ocupado durante los días siguientes para no pensar en el fin de semana. Aunque, siendo lógicos, sí tenía que pensar en él. ¡Debía planificar el día!

Decidí que el sábado por la noche, sobre las seis, sería la mejor opción. Para asegurarme de que era una hora apropiada, le envié un mensaje a Lane, que me dijo que estaba bien. Se aseguró de dejar libres el sábado y el domingo porque no estaba segura de cómo iba yo a organizar nuestra cita para cenar con mis padres.

Mis habilidades culinarias eran bastante buenas, así que decidí que preparar la cena sería una buena idea. Impresionaría a mis padres y esperaba que también a Lane. No es que tuviera que impresionarla. ¿Por qué querría impresionarla si era una relación falsa?

Lo juro, cada vez que mi mente confundía esta falsa relación con algo real quería

abofetearme. Tendría que hacerlo, porque necesitaba volver a la realidad en este asunto.

La cena que preparé fue simplemente pasta y salsa con un poco de vino. Sencilla pero deliciosa. ¿Qué más se puede pedir?

Lane apareció a las cinco y media, tal y como le había pedido. Me pareció buena idea repasar nuestra tapadera por última vez. Así no habría imprevistos.

Cuando llegó, me quedé helado. Llevaba uno de esos vestiditos negros que todas las mujeres parecían tener. Era un vestido de tirantes finos con poco escote, pero era muy ceñido y dibujaba todas las curvas de su cuerpo.

—Heath, ¿estás bien? —preguntó, agitando la mano delante de mí para sacarme de mi asombro.

Parpadeé.

—Sí, sí, estoy bien. Sólo sorprendido de verte tan arreglada.

—Aunque parezca mentira, tengo ropa que no entra en la categoría de deportiva —replicó, riendo. Luego hizo una pausa—. ¿Es demasiado?

—¡No! —solté—. Estás increíble.

Lane parpadeó y se giró con rapidez.

—Gracias.

Hubiera jurado que vi un leve rubor en sus mejillas, pero se dio la vuelta tan rápido que no pude verla bien. Carraspeé, desesperado por apartar ese pensamiento de mi mente.

—¿Por qué no repasamos todo de nuevo?

Asintió y así lo hicimos durante los siguientes treinta minutos, mientras yo cocinaba. Lane insistió en ayudarme a poner la mesa. No iba a discutir con ella, así que decidí dejarla hacerlo si quería. Cuando dieron las seis, sonó el interfono.

Palidecí y miré a Lane.

—Mis padres están aquí.

Sonrió.

—Venga, invítalos a subir. Lo tenemos bajo control, Heath. Respira hondo, cálmate y representemos esta falsa relación para que se la crean.

Una parte de mí quería recordarle la boda a la que probablemente tendría que asistir conmigo, pero lo aparté de mi mente. Cada cosa a su tiempo.

Primero, nos ocuparíamos de la cena y luego ya me preocuparía de los demás eventos a los que tendría que llevarla en el futuro.

CAPÍTULO 8



LANE

Tomé aire y lo solté. Heath los abrió abajo y, cuando llamaron a la puerta me miró, nervioso.
—Heath, ¿a qué esperas? Déjalos entrar —dije riendo.

Hizo una mueca y abrió, apartándose para dejar entrar al señor y la señora Myers. Una mirada al padre de Heath me bastó para ver que era su vivo retrato: mismos ojos, color de pelo y rasgos marcados. Pero si hubiera visto a su madre y a Heath juntos en la calle, nunca habría pensado que eran parientes. Aunque si me guiaba por la forma en que ella lo miraba, estaba claro que era su hijo.

Nadie más que un padre mira a alguien así. Al menos esa era mi experiencia, basándome en cómo me miraban los míos.

—Señor y Señora Myers, me alegro de conocerlos por fin. Soy Lane —dije, y me acerqué para presentarme antes de que Heath pudiera hacerlo.

La señora Myers me observó de arriba abajo. No me inmuté y la dejé hacerlo.

—Encantada de conocerte, Lane. Puedes llamarme Abigail y este es mi marido, Xander.

Estreché con gusto la mano de ambos. Vale, hasta aquí todo iba bien.

—Cuéntame cómo os conocisteis mi hijo y tú.

Mis ojos se encontraron con Heath y me reí.

—Está bien.

Mientras cenábamos, les conté cómo nos conocimos. Me aseguré de que fuera una historia romántica. Nos conocimos en la pista de patinaje y nos quedamos prendados de nuestras habilidades como patinadores. Por un momento pensé que estaba exagerando, pero entonces vi cómo me miraba Abigail. Estaba pendiente de cada una de mis palabras.

—¡Eso suena tan dulce! —exclamó—. Me alegro mucho de que Heath haya encontrado a alguien a quien le guste tanto el hielo como a él. Si soy sincera, nunca entendí por qué se aficionó al hockey, con todos los deportes que hay.

Heath suspiró.

—Mamá, el hockey es un deporte muy popular. Sí, puede que sea más popular en Canadá que en Estados Unidos, pero eso no significa que no tenga sus aficionados.

—Estamos cerca de la frontera, así que me gusta pensar que parte de ese amor por el hockey ha cruzado la frontera y se ha extendido a nuestra ciudad —señalé riendo.

Xander parpadeó.

—Es una buena forma de decirlo. Deberías haber sido abogada con tu forma de hablar.

No pude evitar reírme de nuevo. Las palabras de Xander habían dado en el clavo.

—No te lo vas a creer, pero mis padres son abogados —dije.

Abrió los ojos de par en par.

—¿De verdad? Bueno, te enseñaron bien. ¿Qué te hizo dedicarte al deporte?

—Solía practicar patinaje artístico, así que tenía sentido mantenerme lo más cerca posible de la pista —expliqué—. Es donde me siento más cómoda. No podría imaginarme trabajando en otro sitio.

Heath mencionó que había advertido a sus padres que no preguntaran por el hecho de que yo antes patinaba sobre hielo. Esperaba que no me preguntaran por qué lo había dejado, porque hablar de mi lesión de hacía casi una década era algo que prefería no hacer, y menos ahora que intentaba disfrutar de una comida con mi novio.

Por suerte, no me preguntaron y se limitaron a aceptar mi respuesta.

—Heath, la comida está increíble. ¿Él suele hacer la cena para los dos?

Miré a Abigail y asentí.

—Oh, sí, me mimaba mucho. Yo también intento cocinar para él, pero él siempre insiste en hacerlo. Lo has educado muy bien.

Mis ojos se desviaron hacia Heath, que tenía la cara roja. Tuve que reprimir una carcajada al verlo. Era propenso a ruborizarse con facilidad, o al menos eso era lo que yo había notado últimamente.

— ¡Lane, deja de hacerme sonrojar! Me voy a poner rojo como la salsa de tomate —murmuró, arrancando una carcajada a toda la mesa.

Le guiñé un ojo.

—Ya veremos.

Cuanto más tiempo pasaba, más me daba cuenta de que estaba haciendo un gran trabajo fingiendo nuestra relación. Traté de que no se me subiera a la cabeza, porque si daba un paso en falso, descubrirían nuestra mentira.

—Déjame preguntarte qué opinas de los hombres lobo —dijo Abigail durante el postre.

Estaba a punto de darle un bocado a mi delicioso pastel de chocolate cuando me soltó aquella bomba. Heath miró a su madre con el ceño fruncido, pero yo le lancé una mirada tranquilizadora para hacerle saber que podía con ello.

—Cuando Heath me lo dijo pensé que me estaba gastando una broma. Una broma rara, pero una broma al fin y al cabo. Cuando me mostró que, en efecto, era un hombre lobo, me asusté, lo admito —expliqué—. Pasó algo más de una semana hasta que volví a contactar con él. Si te parece mal que me tomara ese tiempo para reflexionar, adelante. Yo lo necesitaba para considerar todas mis opciones.

Heath asintió.

—Entendí por qué necesitaba ese tiempo. Yo habría hecho lo mismo en su lugar.

—Bien dicho —terció Xander, mirando a Abigail—. ¿Verdad, cariño?

Ella se quedó callada un momento. Empecé a preguntarme si estaría enfadada conmigo o algo así, pero entonces se acercó para cogerme con suavidad la mano.

—Te agradezco que seas tan abierta de mente —dijo—. No resulta fácil cuando tu visión del mundo se hace añicos, así que el hecho de que estuvieras dispuesta a tomarte un tiempo para pensarlo y luego llegar a la conclusión de darle una oportunidad a mi hijo me hace muy feliz.

En ese momento me di cuenta de que se lo habían tragado todo. Me alegré de que se creyeran la historia que se nos ocurrió, porque Heath y yo pasamos mucho tiempo ideándola.

Me tranquilizó poder recordar que todo era falso. Era mi plan, ¡porque fui yo quien se ofreció a ser su novia falsa en primer lugar! Puede que esto no pareciera un gran problema, pero lo era.

Heath y yo no teníamos una relación. Se me daba bien centrarme en el objetivo y no desviarme, así que por eso mi mente no volaba ni se creía esta fantasía. Por un momento sentí que casi me dejaba arrastrar por mis fantasías, pero de inmediato volví a la realidad.

Nada de esto era real. Todo era falso para convencer a los padres de Heath de que estábamos juntos. La razón principal por la que sugerí esto fue porque me sentía mal porque sus padres lo presionaran tanto.

—Estoy feliz de que os hayáis encontrado —comentó Xander mientras terminábamos de cenar.

—Yo también —respondí, y me acerqué para coger la mano de Heath.

Habíamos terminado la cena y el postre y disfrutábamos de una copa de vino antes de que sus padres volvieran al hotel.

Heath no perdió la ocasión y levantó mi mano para rozar mis nudillos con sus labios.

—No tengo ninguna queja.

Abigail fulminó a Xander con la mirada.

—¿Por qué ya no eres así de romántico? No te pasaría nada por serlo.

Él suspiró.

—Abigail, ¿no ves que ahora no es el momento para hablar de esto? Somos invitados en casa de nuestro hijo y venimos a conocer a su novia. Dejemos esto para cuando estemos de vuelta en el hotel.

—Bien, pero no dudes que volveré a sacar el tema —advirtió su mujer.

Heath puso los ojos en blanco.

—Ya que insistís en pelearos, creo que es hora de que os vayáis. Dejad que os prepare algunas sobras.

—¡Yo te ayudo! —grité, saltando de mi asiento.

Lo seguí hasta la cocina sonriéndole.

—No dejes que te vean sonreír. Lo tomarán como una señal de que no son irritantes.

—¿No te das cuenta de que pueden oírte? —pregunté con un bufido—. Quiero decir, los lobos tenéis buen oído ¿no?

Se encogió de hombros.

—Tranquila. Mis padres han oído cosas mucho peores, créeme.

Una vez preparada la comida, volvimos y se la dimos. Noté que nos miraban, expectantes. Me di cuenta de que no nos habíamos mostrado mucho afecto físico. Podíamos contar todo lo que quisiéramos para montar esta mentira, pero el afecto físico era muy importante.

Por eso, antes de que pudiera avisar a Heath o pensar en lo que estaba haciendo, lo agarré por el cuello y tiré de él para darle un beso. Estaba de espaldas a sus padres; interrumpí el beso, para vocalizar en silencio que me siguiera el juego y volví a besarlo.

Esta vez Heath sabía lo que ocurriría, aunque seguía tenso por el shock. De pronto, me devolvió el beso con fuerza, cogió mi cara entre sus manos y abandonando toda pasividad. Cuando nos separamos, los dos nos quedamos mirándonos fijamente. Sus pupilas estaban dilatadas e imaginé que las mías también.

Me olvidé por completo de los padres de Heath hasta que uno de ellos se aclaró la garganta.

—Veo que queréis pasar un rato a solas, así que nos vamos —dijo Xander con una risita.

Abigail suspiró profundamente.

—¿Por qué ya nunca me besas así, Xander?

—No te beso así cuando hay alguien cerca porque entonces tendríamos que volver corriendo

a casa —murmuró él—. Si estamos en casa no hay que ir tan lejos.

Heath gimió.

—De acuerdo, ya está bien de esta conversación. Vosotros dos deberíais volver al hotel. Conducid con cuidado.

—Encantada de conocerte, Lane —me dijo Abigail.

Xander sonrió.

—Sí, ha sido un placer conocerte. Espero volver a verte pronto.

Cuando se fueron, entre Heath y yo se hizo un silencio incómodo. La tensión era tan fuerte que se podía cortar con un cuchillo. Había muchas cosas que quería decir, pero cuando abrí la boca no me salió ningún sonido.

No sé en qué estaba pensando cuando tuve la estúpida idea de besarle. Todavía parecía estar en shock. Besarle no fue tan chocante para mí, pero sí me sorprendió lo ansiosamente que Heath respondió. Nunca pensé que me devolvería el beso de esa manera, con tanta pasión.

Sinceramente, no recordaba la última vez que me habían besado de aquel modo. Puede que jamás nadie me haya besado así. Me obligué a controlar mi cerebro y mis hormonas. Lo más seguro era que Heath tan sólo me hubiera seguido el juego, porque estaba atrapado. Yo también me dejé llevar.

—Entonces, ¿he jodido las cosas? —solté sin saber qué decir.

Parpadeó y negó despacio con la cabeza.

—No, en absoluto. Es que... ¿por qué me besaste? No, espera, es una pregunta estúpida. Claro que me besaste. Tenías que convencer a mis padres.

—Sí, exacto —murmuré, no muy segura de qué más decirle—. Siento haberlo hecho sin avisar, Heath, pero me pareció que tus padres empezaban a cuestionarse nuestra relación. Aunque puede que solo fuera mi mente jugándome una mala pasada.

Heath negó de nuevo con la cabeza.

—Lane, tranquila. Entiendo por qué hiciste lo que hiciste. Funcionó, así que no hay razón para preocuparse demasiado.

Me aclaré la garganta.

—Entonces, debería irme, ¿verdad?

—Bueno, puedes quedarte tomar otra copa de vino o un poco más de postre conmigo, si quieres —sugirió en tono despreocupado—. Pero, si quieres irte, lo entiendo. Ha sido una noche larga.

Por muy tentada que estuviera de quedarme a tomar otra copa de vino o un postre, decidí que era mejor evitarlo y marcharme a casa. La noche había sido larga y no quería estropearla más.

—Tengo que volver a casa, pero si quieres darme algunas sobras, las aceptaré —dije con una sonrisa pícaro.

Se rio por lo bajo.

—De acuerdo. Dame un minuto y te las traigo.

Mientras Heath me las preparaba, me puse la chaqueta y recogí mis cosas. Me dio una bolsa, haciendo que nuestras manos se rozaran. Tragué saliva, instando a mi corazón a dejar de latir tan fuerte en mi pecho.

—Antes de que te vayas, tengo una pregunta —murmuró.

Parpadeé.

—¿Qué pasa?

—¿Estás segura de querer seguir con este falso plan de estar saliendo?

—Sí, a menos que quieras parar, porque si es así me parece bien —respondí.

Sacudió la cabeza.

—No, sólo estaba comprobando que sigues de acuerdo, eso es todo.

—Bueno, yo estoy dentro si tú lo estás.

Heath se limitó a dedicarme una media sonrisa.

—Que tengas una buena noche, Lane.

Sonreí.

—Tú también, Heath. Nos vemos pronto.

Mi corazón sólo empezó a calmarse cuando llegué al coche. Me quedé sentada en el asiento del conductor, tratando de averiguar qué demonios estaba haciendo. No debía haberle besado. Era como si hubiera cruzado una línea roja, que era lo último que quería hacer.

Miré por la ventanilla hacia el edificio de Heath. La cena había sido perfecta y sus padres se habían tragado nuestra falsa relación. Estaba encantada de haberlos engañado y de haberle quitado presión a Heath, pero ahora me preocupaba haber arruinado la amistad que estábamos empezando a forjar.

Me estaba empezando a enamorar de Heath. Alimentar aquel sentimiento era una mala idea y no dejaba de repetirme que lo mejor sería borrarlo por completo, si pudiera. De ese modo, podría seguir ayudándolo y no estropear nuestra relación.

Cuando por fin recuperé el control conduje de vuelta a casa. Durante el trayecto, sólo podía pensar en el beso, que se reproducía una y otra vez en mi mente, sin parar. Incluso mientras me preparaba para irme a dormir seguía pensando en ello.

Heath besaba muy bien. Cuando se recuperó de su sorpresa y se dio cuenta de lo que estaba pasando, me besó como si no hubiera un mañana. Recuerdo el escalofrío de placer que me recorrió la espalda cuando lo hizo. El deseo se agolpó en mi vientre... hasta que Xander dijo algo.

Oír hablar al padre de Heath apagó cualquier deseo que tuviera en ese momento. Pero fue mejor así. Me hizo recuperar la cordura y darme cuenta de que me adentraba en terreno peligroso.

No sé cómo, pero por fin pude conciliar el sueño aquella noche. Cuando me desperté a la mañana siguiente, la luz del sol que se filtraba a través de la cortina. Los pájaros empezaron a cantar, lo que aumentó mi enfado.

—Putos pájaros —murmuré mientras me levantaba de la cama.

Era domingo, así que no tenía por qué hacerlo. Mis planes eran dormir todo el día, hasta que recibí un mensaje de Heath, alrededor de las nueve.

«Hola, soy Heath. Me preguntaba... ¿Te apetece una cita para patinar hoy? Hay una pequeña pista de patinaje en el pueblo de al lado, y podemos ir sin preocuparnos de que nos vea tu hermano».

Parpadeé y empecé a escribir mi respuesta.

«Me parece una gran idea. Esta 'cita' será una buena oportunidad para estrechar lazos un poco más y seguir vendiendo esta falsa relación a tu familia».

Mientras escribía esto, era exactamente lo que estaba pensando. ¿Por qué si no querría Heath tener una cita conmigo? A menos que sólo fuera una salida amistosa. Fuera cual fuera el motivo, yo quería ir porque estaba deseando salir de casa y hacer algo.

«Justo es lo que estaba pensando. ¿Quieres que nos encontremos en la pista de patinaje, cada uno en nuestro coche?».

Le contesté con un pulgar hacia arriba diciéndole que sería más fácil para mí conducir hasta

allí. Así no tendría que preocuparse de llevarme y traerme. Además, tendría más autonomía para decidir cuándo quería irme.

Mientras me preparaba, me detuve a pensar qué demonios estaba haciendo. ¿Ir a la pista de patinaje con Heath era buena idea? Sinceramente, me daba igual. Me encantaba patinar y hacerlo era una forma estupenda de despejar la mente. Incluso si él estaba, sería capaz de soltarme y olvidar mis preocupaciones sobre el hielo.

Con suerte, no me perseguirían una vez que saliera de allí.

CAPÍTULO 9



HEATH

Fui un maldito idiota. Un enorme, auténtico idiota. Pero, para ser justos Lane empezó, al besarme sin previo aviso. En el momento en que me besó sentí como si mi cerebro se cortocircuitara. Cuando me recuperé, le devolví el beso con ganas, porque lo deseaba desde hacía tiempo. Me costaba admitirlo, pero era cierto.

Entonces se me ocurrió la brillante idea de invitarla a patinar. No sé por qué pensé en ir a una pista de patinaje fuera de la ciudad, pero me pareció una buena idea. Surgió al azar y de la nada. Antes de ser consciente de lo que hacía, le había enviado un mensaje.

Lane pensó que se lo pedía para seguir con nuestra falsa historia, pero nada más lejos de la realidad. Sólo quería pasar un rato en el hielo con ella. Utilizar una cita falsa era una buena excusa, así que le seguí la corriente.

Elegí una pista en la que había estado varias veces, cuando necesitaba despejar la mente y estar en un sitio donde no me molestaran. Una pista fuera de la ciudad que no frecuentaba nadie conocido me pareció la mejor idea.

Cuando llegué estaba bastante nervioso, sobre todo después de lo ocurrido con Lane la noche anterior. Me dijo que estaba de camino, así que entré y me registré. Pagué la entrada de Lane para que, cuando llegara, pudiera ir directamente a la pista.

No estaba muy concurrida, tan sólo dos personas además de mí. Era domingo en una ciudad pequeña, normal que no hubiera mucha gente.

Me estaba poniendo los patines cuando Lane me envió un mensaje diciendo que había llegado. Tras decirle que ya estaba dentro, entró y me saludó.

—¿No podías esperar? —bromeó.

Sonreí, burlón.

—Ya me conoces con el hielo, pero si alguien se burla de mí por eso, no deberías ser tú. Creo que se te da igual de mal a ti que a mí el no poder resistir la llamada del hielo.

—¿La llamada del hielo? —preguntó con sequedad—. No sé si sorprenderme o reírme de lo que acabas de decir.

—Deberías estar impresionada, porque ha sido bastante profundo —bromeé, riendo.

Una vez que Lane se ató los patines, entramos en la pista. Suspiré aliviado al sentir que todas mis preocupaciones se desvanecían.

—¿Puedo preguntarte algo? —dijo ella de repente.

La miré y asentí.

—Claro, ¿qué pasa?

—Llevo tiempo pensando en esto y creo que ahora es un buen momento para preguntártelo

—murmuró—. ¿Qué ha ocurrido entre tú y mi hermano? Es decir, sé que él nunca estuvo muy contento cuando reemplazaste al antiguo capitán, aunque era odioso. Pero parecía haber algo más.

Esto me hizo suspirar.

—Creo que todo empezó porque, cada pocos meses, mi rendimiento en los partidos baja. Se me da muy bien el hockey, pero hay veces que no puedo ser constante en mis habilidades. Suele ocurrir en esas épocas del año en las que entro en celo —susurré para asegurarme de que nadie más lo oyera.

No había mucha gente a nuestro alrededor, pero quería estar seguro de que mi secreto siguiera siéndolo. Ya era bastante malo habérselo revelado accidentalmente a Lane, aunque acabara funcionando.

—¿Un celo puede causar tanto trastorno? —preguntó, curiosa.

Asentí con la cabeza.

—Causa muchos problemas. Durante la temporada de apareamiento, a veces tenía que abandonar la pista y encerrarme en los vestuarios cuando empezaba. Créeme cuando te digo que era jodidamente difícil, sobre todo cuando estábamos en medio de un partido.

—Y déjame adivinar, ¿Frankie te odia por hacer eso?

—Sí, aunque no fue así como empezaron los problemas —admití—. Intentó darme algún consejo, pero eran consejos genéricos, inútiles porque mis problemas no tenían nada que ver con jugar al hockey. Los rechacé con bastante dureza y me detesta desde entonces.

Lane puso los ojos en blanco.

—Joder, lo siento. Mi hermano tiene mal genio.

—Para ser justos, él tenía diecinueve o veinte años entonces, así que era de esperar que no se tomara muy bien que lo mandara a freír espárragos. Supongo que se armó de valor para aconsejarme.

—¿Aún tienes problemas con el celo?

Me encogí de hombros.

—Sí, a veces, pero intento programarlo bien. ¿Siempre lo consigo? La verdad es que no, pero no hay nada más que pueda hacer.

Pensar en aquello no era exactamente mi idea de diversión, pero ayudaba que estuviéramos discutiéndolo en el hielo y no en otro lugar. Sonreí a Lane, que me devolvió la sonrisa y casi me sonrojo. Tenía que dejar de hacer eso. Era una locura que me sonrojara cada vez que ella hacía algo tan simple como sonreírme.

Los dos acabamos patinando más tiempo del que pretendíamos. Comimos allí y volvimos a patinar. La pista estaba abierta hasta las diez de la noche, así que no teníamos prisa por salir.

—Uno pensaría que un día entero patinando me agotaría, pero me siento muy bien —me dijo Lane mientras salíamos por fin.

Empecé a quitarme los patines mientras ella hacía lo mismo.

—Yo me siento igual —dije.

Quería ir a los vestuarios y darme una ducha, para asearme un poco antes de volver a casa. Lane parecía tener la misma idea. Cómo se convirtió en algo más, no lo sé. Pero no era esa mi intención inicial.

Cuando Lane pasó junto a mí para entrar en el vestuario de mujeres, percibí su olor. Era sudor mezclado con su olor habitual y me excitó. Gruñí y me mordí un dedo para ahogar un gemido.

Lane se dio la vuelta y vio mi reacción. Sus ojos empezaron a bajar y me di cuenta de que ya estaba medio empalmado. Parpadeó, con los ojos ligeramente abiertos. Pero no vi miedo en ellos, sino deseo.

Esto no era bueno. No quería que me pasara allí, con mi novia falsa. Además, estábamos en un lugar público. Se podría pensar que aquello me hizo dudar, pero no fue así en absoluto. En todo caso, me excitó un poco más.

Miré a mi alrededor y vi que no hay nadie más que nosotros. Los únicos que quedaban allí eran los trabajadores, que hablaban por teléfono o estaban a sus cosas. Nadie nos prestaba atención.

—No habré provocado un celo o algo así, ¿verdad? —susurró Lane, dando un paso vacilante hacia mí.

Se me hizo un nudo en la garganta.

—Me toca uno pronto, pero esto no es celo. Sólo estoy... un poco sensible, eso es todo. Y Lane, no sé si lo sabes, pero eres muy atractiva.

—Tú tampoco estás tan mal —replicó, burlona, acortando por fin la distancia entre nosotros antes de que pudiera darme cuenta de lo que estaba haciendo.

Me empujó al vestuario de hombres y me puso contra la pared. Lane era más baja que yo, así que tuvo que ponerse de puntillas para besarme. En cuanto sus labios tocaron los míos pensé en el beso del otro día. Sin embargo, este era muy diferente, mucho más apasionado. Y no lo hacíamos para aparentar.

Al final, fue demasiado para mí. Gruñí por lo bajo y la inmovilicé contra la puerta de los vestuarios. El golpe resonó por todo el lugar, pero ni nos inmutamos. Estábamos demasiado concentrados el uno en el otro.

Gemí dentro del beso, apretándola contra mi cuerpo. Joder, esto ya era peligroso. Muy peligroso. Pero no paraba porque no quería parar. Detenerme era lo último que quería. Lo que tenía en mente era quitarle la ropa y tomarla aquí mismo.

—¿Estás seguro? —pregunté a Lane cuando nos separamos para tomar aire.

La observé, paralizado por su pecho agitado, y besé sus labios hinchados. Parpadeó, con los ojos llenos de deseo.

—Sí —fue todo lo que necesitó decir—. Y tengo un DIU, así que no te preocupes por eso.

Nos dirigimos a las gradas. No era el lugar más cómodo, pero no me importaba, y estoy seguro de que a Lane tampoco.

Mi mano se deslizó por dentro de su camisa y por debajo del sujetador. Le acaricié el pecho derecho y jugueteé con su pezón hasta que se endureció. Luego hice lo mismo con el otro. Soltó un suspiro y se arqueó contra mí.

—¿Vamos a quedarnos aquí parados o vamos a desnudarnos? —murmuró, haciéndome reír.

Me aparté y dejé que se quitara el top y el sujetador. Todo lo que pude pensar fue «gracias a Dios por los sujetadores deportivos». Era fácil acceder a ellos y quitarlos. Ver a Lane allí de pie, con la parte de arriba desnuda era casi más de lo que podía soportar. Ella tiró de mi camiseta, haciéndome reír. La obedecí y me la quité también.

La respiración agitada de Lane cuando me quité la camiseta me hizo gemir. Se dirigió directa a mi polla, haciendo que se tensara contra la tela de mis bóxers y mis pantalones de chándal.

—Joder, Lane, me estás volviendo loco.

Se rio.

—Espero que eso sea bueno.

—Depende de cómo te lo tomes.

Lane volvió a levantar la mano y me tiró hacia abajo para darme otro beso. Sentir sus pechos desnudos contra el mío me hizo gruñir. Mis manos bajaron hasta su cintura, apretándola lo suficiente como para magullarla. La simple idea de dejar mis marcas en Lane fue suficiente para volverme aún más loco.

Cuando ella rompió el beso, iba a decir algo, pero entonces se arrodilló. Parpadeé, sorprendido por su repentino gesto.

—Lane, no tienes que...

Me miró a través de sus largas y espesas pestañas y sonrió tímidamente.

—Soy consciente de que no tengo que hacerlo, Heath. Pero es lo que quiero hacer, así que deja de hablar. Los únicos sonidos que quiero oír de ti son gemidos de placer.

Lane mantuvo el contacto visual conmigo mientras me desabrochaba el chándal y lo dejaba caer. La mirada que me dirigió cuando me sacó la polla me hizo gruñir de anticipación. Entonces se llevó la punta de mi polla a la boca. Me costó no sujetarla por el pelo y metérsela hasta el fondo.

Mi mano agarraba su pelo con firmeza, dándole sutiles pistas de cómo me gustaba más. Cuando sentí que estaba a punto de correrme, la aparté. Me miró con los labios hinchados y cubiertos de mi semen.

—Si voy a correrme, quiero que sea dentro de ti —dije con firmeza.

Se estremeció y me permitió ayudarla a ponerse en pie.

Aunque quería follármela, también quería saborearla. Era consciente de dónde estábamos, así que teníamos poco tiempo. Lane debió sentir la urgencia porque se quitó la última prenda mientras yo me quitaba la mía.

—Tumbate —dije, sonriendo con satisfacción cuando se estremeció pero obedeció.

Lane extendió la ropa y se tumbó en las gradas. Ni siquiera necesitó que le dijera que abriera las piernas y expusiera su sexo hinchado a mi mirada. La humedad brillaba en la penumbra de los vestuarios, lo que hacía difícil mirar a otra parte.

Ni siquiera vacilé o la avisé antes de arrodillarme entre sus piernas y saborear su resbaladizo coño. Ella gimió, cubriéndose la boca con la mano y mordiéndosela para ahogar sus gemidos.

Ambos éramos conscientes de que justo al otro lado de la puerta de los vestuarios estaban los trabajadores de la pista. Todo lo que alguien tenía que hacer era entrar y doblar la esquina. Entonces me verían con mi cara enterrada en el sexo de Lane. No voy a mentir, era excitante pensar que alguien podría entrar y vernos.

Bueno, la fantasía lo era. La realidad no sería tan excitante.

Quería llevar a Lane al orgasmo antes de ir más lejos. Cada vez que le pasaba la lengua por el clítoris, sacudía las caderas, suplicante. Cuando levanté la vista para mirarla, vi que tenía los ojos cerrados. Todavía tenía la mano en la boca y podía ver las marcas de sus dientes en la piel.

Acabaría haciéndose heridas de lo fuerte que se mordía.

Sentí cómo sus paredes internas se cerraban alrededor de mi lengua. No tardaría en llegar al orgasmo. Esto me animó a seguir, deseaba devorarla.

Nunca había sentido esto por nadie. Había estado con mujeres antes, pero nunca me había ocurrido algo así. Había algo en Lane que me volvía loco. Cómo me las había arreglado para estar cerca de ella y no perder el control estos últimos años se escapaba a mi comprensión.

Supe que se había corrido cuando gimió detrás de su mano y su cuerpo se puso rígido. Me alejé despacio, observando cómo la inundaba el orgasmo. Disfrutaba de cada ola de placer hasta

que su cuerpo se relajó.

—Oh, joder —susurró, haciéndome reír.

La ayudé a sentarse mientras se apoyaba en mí, intentando recuperar el aliento.

—Me lo tomaré como un cumplido.

Soltó una risita suave.

—Créeme, es un cumplido. Dame un minuto y estaré lista para el segundo asalto.

Lane no tardó mucho en recomponerse. Me besó y se colocó a horcajadas sobre mi regazo.

—Joder, no voy a durar mucho —admití.

—Bueno, has estado esperando un rato para follarme —murmuró Lane, mordiéndome la oreja, juguetona.

La ayudé a colocarse sobre mi polla. Se hundió despacio en ella, haciéndonos gemir a los dos. Era un poco incómodo, así que dejé que Lane siguiera su propio ritmo. Una vez dentro de ella, enterré mi cara en su hombro, lo que probablemente no fue la mejor idea.

De pronto me entraron ganas de morderla. No haría nada porque no estaba con el celo, así que no es como si la estuviera marcando como mía, pero seguía siendo un acto muy íntimo. Para un lobo, morder era algo importante. Los humanos no lo entendían.

—Ya puedes moverte —murmuró Lane y eso fue todo lo que necesité.

La agarré por las caderas y la levanté hasta que me quedé a medias dentro de ella. Luego volví a bajarla, penetrándola de golpe. Se tapó la boca con la mano y me agarró el hombro con fuerza para mantenerse erguida.

Por la forma en que sus músculos internos apretaban mi polla, sabía que no duraría mucho. Unos cuantos empujones más y eso fue todo lo que necesité para derramarme dentro de ella.

Permanecimos sentados unos minutos. Lane dio un respingo cuando mi semen empezó a salir de ella y a bajar por sus muslos.

—Creo que vamos a necesitar una ducha —murmuró, somnolienta.

Me reí entre dientes.

—Sí, pero probablemente no deberíamos hacerlo juntos. Adelántate. Tengo una toalla extra en mi bolsa de la taquilla.

Lane se tambaleaba un poco, así que la ayudé a llegar a la ducha. Mientras ella se duchaba, yo me lavé lo mejor que pude. Decidí no ducharme.

Mientras ella seguía en la ducha, mi mente empezó a despejarse. ¿Qué acababa de hacer? Gemí intentando apartar de mi mente la imagen de ella cabalgándome, pero era difícil cuando era lo único en lo que podía pensar. También estaba la forma en que se desplomó contra mí cuando todo terminó. Fue un momento íntimo que hubiera querido que durara para siempre.

El problema era que esto complicaría las cosas, sin mencionar que estábamos en un vestuario. Cuando Lane salió, le di algo de privacidad para que se vistiera, aunque acabara de estar dentro de ella. Parecía que ella también se había relajado, porque no me miraba a los ojos.

—Probablemente deberíamos irnos —murmuré echando un vistazo a mi móvil—. La pista va a cerrar pronto y llevamos mucho tiempo aquí.

Lane se aclaró la garganta.

—Sí, es una buena idea.

Salimos sin decir nada. Antes de llegar a nuestros coches, miré a Lane.

—¿Esto lo ha fastidiado todo?

Lane parpadeó.

—No, pero mejor hablamos mañana, cuando hayamos tenido unas horas para procesarlo.

Todo ha sucedido muy rápido.

—Eso seguro —murmuré—. Pero sí, es una buena idea.

Había empezado el día sintiéndome un completo idiota. Ahora lo terminaba sintiéndome igual.

CAPÍTULO 10



Mi mente iba a mil por hora. ¿En qué demonios pensaba? Ese era el problema. No pensé estando con Heath. En lo único que podía pensar era en estar con él y sentir sus manos en mi cuerpo.

Fue como lo imaginaba y mucho más. Pero tenía miedo de haber arruinado nuestra amistad. Besarse era una cosa, pero el sexo era algo totalmente distinto. No es que estuviera en contra de tener un follamigo, pero con Heath y yo metidos en este plan de citas falsas, era diferente.

Necesitaba desesperadamente hablar con alguien sobre ello. La mayoría de mis amigos ya no vivían en la ciudad y se habían mudado a otros estados o países. La única persona que seguía en la ciudad era Harley.

Él y yo nos conocimos durante nuestro primer año de universidad. Los dos habíamos estado saliendo con el mismo chico, sin saberlo. Cuando supimos la verdad, decidimos plantarle cara. Descubrimos que salía con muchos hombres, mujeres y personas no binarias al mismo tiempo.

El tipo no hacía justicia al estereotipo de las personas bisexuales. Pero la única parte buena es que conocí a un buen amigo con el que sigo en contacto.

Era difícil encontrar tiempo para salir debido al trabajo y a la vida. Sin embargo, se trataba de una emergencia y aún era lo bastante temprano como para ir a tomar algo. Mañana tenía que trabajar, pero lo hacía desde casa, así que podía permitirme emborracharme un poco.

Tras enviarle un mensaje de texto que decía «911, necesito hablar contigo», me contestó diciendo que podía pasarme y tomar una copa de vino mientras hablábamos. Me preocupaba molestarle a él y a su novio, pero me dijo que su novio estaría en la cama. Mientras no habláramos demasiado alto, no importaría.

Cuando llegué, ya me estaba esperando abajo, en el vestíbulo de su apartamento. En cuanto vi su melena pelirroja, sonreí y le saludé.

—Hola, Harley —dije mientras me dejaba entrar.

Él me abrazó con fuerza y me besó la cabeza.

—Me pusiste nervioso con tu mensaje. ¿Todos estáis bien?

No le había contado a Harley mi brillante plan. Sin embargo, una vez arriba, se lo conté todo de golpe mientras bebíamos una copa de vino. Cuando terminé, me miró fijamente y se pellizcó el puente de la nariz, frustrado.

Por supuesto, había omitido todo lo de que era un hombre lobo, pero el resto era la verdad.

—¿En qué demonios estabas pensando?

—¿En qué momento? —pregunté, seria—. Hubo varias veces que debí haberme parado a pensar, pero aquí estoy. Metida hasta el fondo.

Se aclaró la garganta.

—Antes de hablar de otra cosa tengo que preguntarlo; ¿cómo fue el sexo?

—El sexo fue jodidamente increíble —respondí con un suspiro entrecortado—. No creo haber tenido una experiencia sexual tan buena en toda mi vida. Ni ninguna se podrá comparar tampoco.

—Vale, maldita sea—murmuró Harley, abanicándose de broma—. Aun así, te das cuenta de que esto va a fastidiar tu falso plan de citas, ¿verdad?

Parpadeé.

—¿Qué quieres decir?

—Lane, deberías terminar con esto. Los dos estáis demasiado implicados.

—Yo... vale, quizá sí —admití—. Pero, le prometí que le ayudaría. Es lo menos que puedo hacer después de que él me ayudara.

Harley frunció el ceño.

—¿Cómo demonios te ayudó para que te sientas obligada a hacer esto?

—¡Me salvó la vida! —solté antes de poder contenerme.

—¿Qué?

Rápidamente, me inventé la excusa de que me apartó del camino de un coche en marcha justo a tiempo. No era del todo mentira, pero no podía decirle que Heath era un hombre lobo.

—Y quiero ayudarle de todas formas —insistí.

—Te vas a meter en un lío, Lane.

Resoplé.

—Ya estoy metida en un lío, Harley. Lo único que puedo hacer ahora es cumplir lo que prometí. Al menos hasta que sus padres vuelvan a casa. El equipo pronto jugará un campeonato de hockey.

Estaba claro que Harley no estaba de acuerdo con mi decisión. Intentó hacerme cambiar de opinión varias veces más, pero cuando comprendió que yo no lo haría, se limitó a decirme que tuviera cuidado.

Le dije que lo tendría, pero él puso cara de duda.

—Por favor, ten cuidado —repitió con el ceño fruncido.

—Siempre tengo cuidado —repliqué.

Se rio.

—Lane, recuerdo bastantes momentos a lo largo de estos años en los que has dicho esas mismas palabras y lo que acabó pasando fue que no tuviste ningún cuidado.

—Lo mismo se puede decir de ti —señalé con una sonrisa burlona.

Cuando terminamos el vino, lo abracé y le dije que le visitaría pronto. Me dijo que cuando quisiera hablar sólo tenía que llamarle o enviarle un mensaje, que era lo que solía hacer. Oye, puede que no pudiéramos pasar tanto tiempo juntos como en la universidad, pero la tecnología moderna servía para algo.

Me sentía un poco mejor con lo ocurrido después de habérselo contado a Harley, pero aún debía hacer algo más. Heath y yo teníamos que hablar de todo lo que había pasado. Si él quería poner fin a este fingido noviazgo, yo estaría dispuesta a hacerlo. Sin embargo, todavía quería ayudarlo. Sólo para que pudiera centrarse en la temporada de hockey.

Iba a ser una conversación muy incómoda, pero teníamos que hacerlo. Suspiré, me dejé caer en la cama y ni siquiera me molesté en cambiarme de ropa.

Una vez más, amaneció demasiado temprano para mi gusto. El maldito sol y los pájaros

volvieron a despertarme. Tuve la tentación de faltar al trabajo, pero como trabajaba desde casa pensé que debía aguantar.

Durante el día no dejé de mirar el teléfono. Tenía muchas ganas de hablar con Heath, pero me daba miedo. Por supuesto, tenía que ser en persona. Los dos teníamos que decidir cuándo y dónde nos veríamos. No en la pista. No había forma de que pudiera tener esa conversación en la pista.

Por suerte para mí, o por desgracia, según se mire, Heath me envió un mensaje durante el almuerzo. Me preguntó si podía pasar a hablar conmigo antes de ir al entrenamiento. No me pareció buena idea quedar en casa por si acabábamos teniendo sexo otra vez. Pensé que sería mejor un lugar neutral.

Sugerí la cafetería donde nos reunimos el otro día. Heath respondió con un pulgar hacia arriba, y quedamos a las cuatro de la tarde.

Ahora que sabía que íbamos a quedar para hablar, me sentía nerviosa. ¿Qué íbamos a decir? Pensé en lo que había pasado y estaba convencida de que nos habíamos dejado llevar por el momento. O al menos yo pensaba que Heath se dejó llevar más que yo.

Dudaba de que sus sentimientos por mí fueran tan fuertes. Si existían, probablemente eran sobre todo físicos, nada romántico. Esto me hizo preguntarme cómo de profundos eran mis sentimientos por Heath. Sabía que estaba enamorada de él, pero no estaba segura de hasta qué punto.

Sacudí la cabeza como si eso fuera a eliminar aquellos pensamientos. Cuando terminé de trabajar, me puse unos vaqueros y un jersey holgado. Durante el trayecto hasta el café, estaba hecha un manojo de nervios. Era peor que las otras veces que me había sentido así antes de quedar con Heath. Sentía como si hubiera algo más en juego.

Como si fuera a crear o romper nuestra relación.

Una vez más, Heath ya estaba allí cuando llegué a la cafetería. Vi que había vuelto a pedir mi café y me sentí halagada de que siguiera acordándose.

—Hola Heath —saludé, armándome de valor—. ¿Cómo van las cosas?

Sonrió a medias.

—Bien excepto por la razón por la que estamos teniendo esta conversación.

—Sí, bueno, ocurrió sin más.

—En parte fue culpa mía —murmuró—. Me invadió el deseo que a veces puede surgir antes de un celo.

Parpadeé.

—Heath, ¿has olvidado que yo era un participante totalmente entusiasta y dispuesta?

La forma en que sus ojos se oscurecieron y apareció un rubor en sus mejillas hizo que casi me sonrojara. Me aclaré la garganta, intentando que el momento no volviera a apoderarse de nosotros.

—Sí, es cierto —dijo, tratando de mirar a cualquier parte menos a mí—. ¿Tú qué piensas?

—Creo que nos dejamos llevar por el momento —respondí.

En cuanto esas palabras salieron de mi boca, Heath me miró con una expresión de lo más extraña. Luego dudó antes de responder a mi afirmación. ¿Pensaba de otra manera? Ocurrió tan rápido que no sabía qué pensar.

—Estoy de acuerdo. Los dos nos dejamos llevar y no lo lamento. Fue una experiencia muy memorable.

—Créeme cuando te digo que estoy completamente de acuerdo contigo.

Un silencio incómodo se instaló entre nosotros. Tomé un sorbo de café y me devané los sesos, desesperada porque se me ocurriera algo que decir.

—Entonces, ¿está todo bien entre nosotros?

Parpadeó.

—Sí, por supuesto. Disfruto de nuestra amistad y no quiero perderla. Pero si quieres dejar lo de las citas falsas lo entiendo.

—No, no quiero hacer eso... a menos que tú quieras.

Heath negó despacio con la cabeza.

Sonreí.

—Bien. Seguiremos así mientras tus padres estén aquí y hasta la boda. Por cierto, ¿sabes cuándo será? Supongo que iré contigo.

—No recuerdo la fecha que me dijo mi madre, pero cae en fin de semana. Te mandaré un mensaje en cuanto llegue a casa y vuelva a comprobar la invitación.

Nos quedamos a tomar el resto del café. Aunque habíamos acordado no dejar que el incidente en el vestuario afectara a nada, parecía que sí lo hacía.

—Oye, ¿tienes que ir a algún sitio mañana? —preguntó de repente.

Parpadeé.

—No, sólo trabajo. No tengo sesiones de entrenamiento, si es lo que preguntas.

Sonrió.

—¿Querías venir al partido de mañana por la noche? Es el que decidirá si vamos a los campeonatos o no. Quiero decir, puede que vayas por Frankie, pero quería invitarte yo, oficialmente.

—Ya tenía pensado ir. Me sentaré en las filas delanteras con el novio de Frankie. Pero si no fuera a ir, habría aceptado tu oferta.

Heath suspiró aliviado.

—Me alegra oír eso. Mis padres no pueden venir porque han cogido un virus, así que no tienes que preocuparte por tener que fingir.

—¿No se supone que los lobos tenéis mejor sistema inmunológico?

Resopló.

—Lane, como con todas las especies, cuando empiezas a envejecer tienes más riesgo de contraer una enfermedad. Esta vez ha sido culpa de mi padre. Decidió que quería probar el sushi de un sitio que encontró. No sé qué pasó, pero no les sentó bien ni a él ni a mi madre.

Hice una mueca de disgusto.

—Bueno, dales recuerdos. Y estaré animándoos a ti y a Frankie. Aunque sea un imbécil.

Heath se encogió de hombros.

—Tu hermano es un imbécil, pero es un jugador condenadamente bueno, Lane.

Tanto Frankie como yo siempre tuvimos talento para el deporte. A nuestros padres, por el contrario, no podían interesarles menos. Los únicos que seguían eran los típicos, como el fútbol y el béisbol.

—De cualquier forma, te estaré animando. Eso es lo que quiero decir.

Tendría que evitar mostrarme demasiado excitada durante el partido. En el pasado, cuando asistía, mi atención se centraba en mi hermano. Ahora recaería sólo en Heath. Los dos habíamos pasado mucho tiempo juntos últimamente, así que él estaba en mi cabeza, relación falsa o no.

Sinceramente, sería emocionante para mí asistir a aquel partido para ver a Heath en acción. Sí, le he visto jugar al hockey antes, pero ahora sería diferente. Las pocas veces que lo vi,

siempre me sorprendió lo bien que jugaba. Yo no había presenciado nunca aquellas veces de las que me habló, en las que su rendimiento se vio afectado por su celo.

Cuando terminamos el café, nos despedimos y cada uno siguió su camino. Heath tenía que ir al entrenamiento, el último antes del gran partido. Era lo más cerca que los Blizzard Blitzes habían estado de ganar el campeonato en años.

Cuando juegas a algún deporte, lo haces por amor al juego, pero también quieres ganar. Siempre disfruté patinando sobre el hielo, pero hay algo embriagador en ganar una medalla. El oro era sin duda el objetivo, pero la plata y el bronce también eran logros bastante buenos.

Aún recuerdo la última medalla que gané. Era de oro, y parecía que mi carrera como patinadora iba viento en popa. Todo era posible. Entonces me lesioné durante un salto mal ejecutado. Es un riesgo que siempre corremos los atletas, pero nunca pensé que me pasaría a mí, hasta que me ocurrió.

Después la lesión me quedé hecha polvo. La terapia física no fue lo peor, sino mi estado mental. No podía aceptar no tener un futuro en el patinaje sobre hielo. Sin embargo, tenía que hacerlo.

Al menos, pude volver al hielo y seguir haciendo lo que me gustaba, sólo que de una forma más tranquila. Aun así, seguía sin querer hablar del incidente. No quise hacerlo nunca. Si alguien sacaba el tema, me cerraba en banda al instante.

Incluso una década después seguía actuando de aquel modo. No era sano, pero no podía hacer otra cosa por ahora.

Le envié un mensaje a Harley y le dije que todo iba bien con Heath. Los dos habíamos hablado y acordado que nos habíamos dejado llevar por el momento. Me envió un emoji que mostraba que estaba poniendo los ojos en blanco, lo que me hizo poner los míos.

Sí, probablemente me estaba mintiendo a mí misma, pero era más fácil que afrontar la verdad. Mi enamoramiento por Heath era más profundo de lo que pensaba y cada momento que pasábamos juntos mis sentimientos se hacían más fuertes. Probablemente Heath no sentía lo mismo pero sentía que debía repetírmelo una y otra vez.

Cuando llegué a casa, empecé a pensar en qué me iba a poner para el partido de hockey del día siguiente. Nunca antes me había preocupado por qué ponerme, pero esta vez era complicado. En algún lugar de mi armario había una sudadera con el logotipo de los Blizzard Blitzes en la parte delantera y el número de mi hermano en la espalda.

Lo compró para toda la familia y siempre que asistíamos a un partido intentábamos ponérmelo. Decidí no ponérmelo, porque no podía llevar el número de Heath. Eso levantaría más de una sospecha.

Durante la charla familiar, Frankie volvió a comprobar quién de nosotros iría al partido. Le dije que yo iría, pero mamá y papá no podrían asistir. Estúpida de mí, dije que iría a animarle a él, a Heath y al resto del equipo.

Sí, fui tan estúpida como para añadir el nombre de Heath al mensaje. Cuando me di cuenta de lo que había hecho, puse el teléfono en silencio y lo dejé en la mesilla de noche. Seguro que Frankie no tardaría en reventar mi teléfono a mensajes queriendo saber por qué había mencionado a Heath.

Le envié un mensaje de texto para decirle que mencioné a Heath porque se me vino a la cabeza. No había más motivo que ese. Que Frankie me creyera no importaba.

Esa noche me fui a dormir pensando en el momento que compartimos Heath y yo en el vestuario. Me desperté jadeando varias veces, lo cual fue más que embarazoso. En un momento

dado, me encontré boca abajo frotándome contra el colchón.

Mi cerebro adormecido por el placer y el sueño tardó unos segundos en darse cuenta de lo que ocurría. Cuando por fin lo hice, grité de vergüenza y escondí la cara entre las manos. No había nadie más, así que no tenía por qué sentirme tan avergonzada, pero el sentimiento seguía ahí, apoderándose poco a poco de mí.

Era una mujer de veinticinco años que actuaba como una adolescente cachonda. Lo único que necesitaba ahora mismo era controlarme.

CAPÍTULO 11



HEATH

La mañana del partido estaba muy nervioso. Al menos, con la cabeza concentrada en él, no pensaría en Lane, que era hacia donde mi mente siempre divagaba. No podía dejar de pensar en aquel encuentro en los vestuarios. Mis ganas de aparearme con ella allí mismo, fuera posible o no, fueron enormes.

Por el momento, tenía que olvidarme de ello. Estábamos a punto de jugar el partido decisivo para pasar a los campeonatos y el equipo estaba hecho un jodido manojo de nervios. Como capitán, era mi trabajo asumir parte de esa carga y tranquilizarlos.

A decir verdad, nunca habíamos estado en mejor posición para ganar este partido que ahora.

Nuestro último entrenamiento antes del partido fue duro, pero cuando terminamos estaba seguro de que habíamos hecho todo lo que podíamos. Esperaba que fuéramos capaces de mantenernos en pie ante el equipo al que nos enfrentábamos.

Como solía hacer antes de un partido, me eché una siesta para prepararme mental y físicamente. Luego cogí todas mis cosas y me fui a la pista. Parte del equipo ya estaba en los vestuarios, con aspecto desolado.

Fruncí el ceño.

—¿A qué vienen esas caras largas? Aún no hemos perdido, ¡esperad hasta entonces!

Hubo algunas risitas, pero sirvió para levantarles un poco el ánimo. Cuando Frankie apareció, me puse un poco nervioso. Tras nuestra discusión del otro día, las cosas estaban tensas entre nosotros. Aún no había salpicado al hielo pero estaba seguro de que, si lo hacía, hoy se notaría.

—Pareces seguro de ti mismo —dije a Frankie.

Siempre me ha sorprendido lo bien que funcionamos juntos en la pista. A veces temía que nuestros problemas afectaran a nuestra forma de jugar juntos, pero hasta ahora no había ocurrido.

Pero si alguna vez se enteraba de la relación entre Lane y yo, falsa o no, nuestros problemas saltarían al juego.

Frunció el ceño.

—Sí, bueno, tenemos todo el derecho a confiar en nosotros ahora mismo. Este es el mejor equipo que hemos tenido en años.

—El resto de vosotros podríais tener la actitud de Frankie. Pero no os pongáis demasiado gallitos porque eso puede tener el efecto contrario —señalé—. Necesitáis encontrar un equilibrio.

Aunque era un poco decepcionante que mis padres no estuvieran allí para apoyarme, tendría a Lane haciéndolo en silencio. Mis padres, mi familia y mis amigos me enviaron un montón de mensajes, deseándome lo mejor. Era todo lo que necesitaba. Saber me apoyaban era suficiente.

Pronto llegó el momento de vestirnos para el partido. Todos nos pusimos el uniforme y las

toneladas de relleno necesarias antes de entrar en la pista.

Cuando por fin nos llamaron para empezar, entramos patinando. Yo era uno de los delanteros, junto con Frankie y Liam. Los dos defensas eran Markie y Scott. Les seguía nuestro portero, Luis. Nos colocamos mientras el árbitro hacía lo mismo.

Había llegado la hora del cara a cara. Agarré el disco con fuerza y miré al otro equipo. Los Rogue Ninjas estaban en la misma situación que nosotros. Hacía años que no llegaban tan lejos en la liga, así que había mucho en juego para los dos, lo que nos obligaría a esforzarnos al máximo.

Como central, esperé a que el árbitro dejara caer el disco. El otro delantero centro me miraba, listo para atacar. Estaba totalmente concentrado en cómo el árbitro soltaba el disco y caía hacia la pista. Podría haber pasado un tren y yo no habría reaccionado.

El disco golpeó el hielo. Yo agarré mi stick y lo deslicé hacia delante. El otro delantero y yo luchamos por el disco, decididos a devolvérselo a nuestros respectivos equipos. Estuve a punto de fallar, pero conseguí devolverlo al mío, lo que significaba que habíamos ganado el cara a cara.

El hockey era un deporte duro. Incluso con todas las protecciones. Dolía cuando otro jugador te golpeaba o te pasaba por encima. Queríamos marcar un punto durante el primer periodo, pero no era necesario. Aún podíamos remontar luchando, como habíamos hecho en el pasado.

Frankie estuvo en su mejor momento, como siempre. No tuvo problemas para colaborar conmigo y poner en práctica las jugadas que habíamos repasados. A pesar de nuestras esperanzas de marcar un gol y de la gran habilidad de Luis, los Rogue Ninjas lograron un punto. A los veinte minutos de partido aún estábamos a cero.

—Intermedio de quince minutos. Después, ¡de vuelta al hielo! —gritó el árbitro.

Antes de patinar hacia el banquillo levanté la vista y vi a nuestros seguidores. Mis ojos se fijaron al instante en Lane. Cuando nuestras miradas se cruzaron, me sonrió. Fue visto y no visto, pero yo lo vi y me dio un vuelco el corazón.

Mientras estábamos allí sentados, decidí que el equipo necesitaba una charla de ánimo. Parecían derrotados, ¡pero sólo perdíamos por un punto!

—Chicos, vamos. Sabíamos que este partido iba a ser duro, así que si empezamos a enfurruñarnos ahora, los Rogue Ninjas nos van a ganar.

Luis asintió.

—Heath tiene razón. Si jugamos bien podemos evitar que marquen otro gol.

—Todo lo que tenemos que hacer es empatar para la siguiente ronda —recordé a todos.

Una vez transcurridos los quince minutos, volvimos a la pista listos para empezar. No sé si los Ninjas se habían puesto un poco chulos con su primer tanto, pero marcamos un gol antes de lo que yo pensaba. No marcamos nada más durante el segundo periodo, pero no importó. Los Blizzard Blitzes habían empatado.

El ambiente en el equipo era bueno. Los ánimos estaban elevados y teníamos muchas ganas de continuar. Miré a todos y sonreí.

—Para que lo sepáis, lo estamos haciendo muy bien hoy. Nadie pensaba que llegaríamos tan lejos, pero aquí estamos. Aunque no lleguemos al campeonato, pensad en lo cerca que hemos estado.

Luis sonrió.

—Eso sólo significa que tenemos que volver a intentarlo el año que viene.

—Exacto —apoyé.

Podía jugar al hockey hasta que físicamente ya no fuera capaz. Desde que aprendí a andar,

siempre me gustó jugar en la nieve. En cuanto descubrí que existía el hockey, me enamoré de él. Quizá suene patético, pero era exactamente lo que sentía en aquel momento.

Disfrutaba en el hielo como un pato en el agua. No podía imaginar mi vida sin el hockey, así que estaba decidido a jugar hasta que mi cuerpo no pudiera más.

—Calmad los nervios y recordad que tenemos lo que hay que tener.

Frankie resopló.

—¿Cómo consigues que unos discursos tan cursis suenen sinceros?

—Es un don.

—¡Y funciona! —exclamó Luis.

Cuando me convertí en capitán de este equipo por primera vez, no estaba seguro de cómo iba a llevarlo. Me costó acostumbrarme, pero ahora era consciente del impacto que tenía en ellos.

Observé al otro equipo, al otro lado de la pista. Algunos de ellos también nos miraban, para ver qué podían averiguar. No era ésa mi intención. Lo único que quería era captar su actitud general, pero desde mi sitio pude darme cuenta de que estaban decididos a ganar. Tan decididos como nosotros.

—Cinco minutos más —avisé, mientras nos preparábamos para saltar de nuevo a la pista en cuanto el árbitro nos dijera que podíamos hacerlo.

Todos asintieron. Yo contaba los minutos sin saber qué hacer. Mis ojos volvieron a las gradas. Era difícil ver a Lane desde donde yo estaba, pero sabía que ella estaría atenta, esperando a que empezara el tercer periodo.

—¡Se acabó el descanso! Es hora de que ambos equipos vuelvan al hielo.

Llegó el momento. Era esta ronda la que decidiría el resultado del partido.

Todos nos pusimos en posición mirando el disco. Al principio nos lo quitaron, pero Luis bloqueó el gol. Me miró a los ojos y me di cuenta de que sonreía debajo de todo su pesado equipo. Intenté mirarle para decirle que aún no había terminado. No hasta que uno de nosotros marcara el último gol.

Todos los músculos y articulaciones de mi cuerpo protestaban por haberlos forzado. No presté atención y lo ignoré. Ya me ocuparía de ello después del partido. Cualquier cosa que sucediera en las gradas o más allá de la pista estaba lejos de mi mente.

Nada fuera de este partido importaba ahora mismo. Así era. Me concentraba en el juego y nunca me fue mal. Al menos, hasta ahora.

Me resultaría difícil decir cuándo fue la última vez que jugué un partido tan reñido. Quizá en mi antiguo equipo, antes de que me cambiaran a los Blitzes. Mi anterior equipo se disolvió por falta de fondos, así que algunos nos fuimos a otros equipos, mientras otros no volvieron a jugar.

Yo vivía más al norte de la ciudad, pero estaba dispuesto a mudarme para tener una oportunidad. Fueron unos años muy movidos, en los que pasé de un equipo universitario a otro, que sólo duró unos meses, y finalmente a los Blizzard Blitzes. Tres años y mucho trabajo duro después, aquí estábamos, listos para reclamar nuestro puesto en el campeonato.

Ese era otro mundo. Suponía meternos en las grandes ligas y, aunque yo quería ganar, con que llegáramos allí me daría por satisfecho. Aunque, por supuesto, jugaría para ganar. Era lo que todos queríamos.

Impidieron otro intento nuestro de marcar un gol. Lo mismo hicimos cuando el otro equipo intentó marcar. El cronómetro corría hacia el final del periodo. No quedaba mucho tiempo para marcar. Yo estaba desesperado, todos lo estábamos, pero debía mantener la mente clara.

Por fin se hizo un hueco. Frankie me miró y le pasé el disco. Él tenía la mejor oportunidad de

marcar desde donde estaba

Al verle intentar marcar una vez más, sentí como si todo fuera a cámara lenta. El disco pasó por encima del portero y entró en la portería.

Todo se quedó en silencio. El árbitro salió a la pista gritando algo, pero yo no supe lo que decía hasta que escuché vitorear a mi equipo.

Joder. Joder. ¡Ganamos! Los Blizzard Blitzes habíamos ganado, lo que significaba que habíamos llegado al campeonato. Esta temporada para nosotros no había terminado y seguíamos adelante.

Todos nos abrazábamos, gritábamos y disfrutábamos del momento. Nos separamos para patinar hacia la parte de las gradas donde podíamos encontrarnos con nuestros amigos y familiares que habían venido a vernos. Nadie había venido por mí, aunque no me dolió. Estaban ocupados o no vivían en la zona. Pero Lane sí.

Me estaba esperando. Me acerqué patinando, sonriendo. Y ahí empezó el problema. No sé qué me pasó. Quizá fuera la adrenalina o algo que corría por mi cuerpo, pero me incliné y capturé sus labios en un beso.

Lane ni se inmutó ni dudó. Me devolvió el beso y me rodeó el cuello con los brazos para tirarme hacia abajo y poder besarme con más facilidad. Entonces escuché de fondo los gritos de algunos miembros de mi equipo en el fondo. Sobre todo de Frankie, el hermano de Lane y mi compañero.

Pero no estaba animando ni ovacionando. Estaba gritando, enfadado.

Nos separamos con rapidez, mirándonos con los ojos muy abiertos.

—Joder —susurramos Lane y yo al unísono.

Me giré para ver a algunos de los chicos sujetando a Frankie.

—¡Aquí no! —siseé—. ¡A los vestuarios!

Lane me miró, asustada.

—Heath...

—Vete allí y espérame —ordené—. A la mierda lo que digan —dije a Lane—. Ha pasado, así que tenemos que lidiar con ello antes de que tu hermano empiece una pelea.

Se mordió el labio inferior y asintió. Luis fue quien prácticamente arrastró a Frankie fuera de la pista. Por suerte, el resto del equipo estaba concentrado en disfrutar de nuestra victoria. Yo también quería disfrutar de ella y del beso con Lane, pero primero tenía que ocuparme de esto.

Corrí hacia los vestuarios quitándome los patines y parte de mi equipo lo más rápido que pude. Cuando entré en allí oí a Frankie maldiciendo como un loco. Bueno, era ahora o nunca.

—Frankie, ¿por qué no te calmas de una puta vez y hablamos de esto como adultos?

Me fulminó con la mirada.

—¿Qué demonios ha sido eso de ahí fuera?

—Besó a tu hermana...—empezó a decir Luis, y carraspeó cuando Frankie le lanzó una mirada asesina—. Olvídalo. Sigue con tu discusión.

—Sí, besé a Lane porque llevamos viéndonos unas semanas.

Pronto romperíamos, pero no iba a entrar en eso ahora.

En el momento en que dije esas palabras, pareció que Frankie se volvía loco. Estaba a segundos de lanzarse sobre mí cuando Lane irrumpió en la habitación

—¡Este es el vestuario de los chicos! —gritó Luis, e hizo una mueca cuando todos lo miramos—. Otra vez, ignoradme. Seguid, por favor.

Lane se interpuso entre Frankie y yo, mirando a su hermano como si quisiera matarlo.

—Frankie, soy una mujer adulta y si quiero salir con Heath, puedo hacerlo. No es asunto tuyo —espetó—. Sé que habéis tenido vuestros problemas, pero os lleváis bien en la pista, así que haced lo mismo por mí.

Frankie tragó saliva.

—¡Pero él no es bueno para ti! Es un imbécil.

—Eso tengo que decidirlo yo. ¿Sabes por qué? Porque tengo veinticinco años y controlo mis propias citas. ¡Así que te jodes y te aguantas!

Tuve que morderme la lengua para reprimir una carcajada. Frankie parecía derrotado. Tenía la mirada que se le pone a un hermano pequeño después de ser regañado por su hermano mayor.

—Iremos poco a poco —aseguré a Frankie—. Puede tengamos algo, pero puede que no. De todos modos, no es asunto tuyo, como ha dicho Lane.

Frankie frunció el ceño.

—Como le hagas daño...

Antes de que pudiera terminar, Lane se lanzó sobre él y le dio una fuerte bofetada en la cara, tanto que resonó por todo el vestuario.

—Cállate y déjate de bravatas. Si sigues así no volveré a dirigirte la palabra —advirtió—. Mira, si me hace daño entonces adelante, dime «te lo dije». ¡Pero ni siquiera llevamos juntos el tiempo suficiente para decidirlo!

Lane me miró.

—Estaré fuera esperándote. Supongo que puedo ser tu cita para la fiesta de después.

Parpadeé.

—Por supuesto. Nos vemos fuera.

Cuando Lane se marchó, la tensión se podía cortar con un cuchillo. Frankie no me dirigió la palabra, pero siguió mirándome con fijeza. Lo ignoré porque no merecía la pena perder mi tiempo con él. Cuando salí del vestuario vi a Lane esperando junto a su coche.

—Hola —saludé con una sonrisa incómoda.

Me sonrió y me abrazó.

—Me alegro de que hayas ganado. Centrémonos en eso. Podemos hablar de todo lo demás después.

Quise disculparme por el repentino beso, pero me di cuenta de que mis otros compañeros se agolpaban en el aparcamiento para ir a sus respectivos coches. Lo último que quería era que alguno de ellos lo oyera, así que me lo guardé para mí.

—¿Nos vemos allí? —pregunté.

Ella asintió.

—Te propongo algo mejor. Tú conduces y yo te sigo.

Aunque no me gustaban las fiestas, ésta era una ocasión especial. Acabábamos de ganar un partido muy importante, así que no me limitaría a llegar tarde y hacer una breve aparición. Me quedaría casi toda la noche, hasta que me venciera el cansancio.

Mi única preocupación era tener otra bronca con Frankie en la fiesta.

CAPÍTULO 12



HEATH Y LANE

Lane

La fiesta se celebraba en un bar de la zona. Luis lo había alquilado para el equipo con su propio dinero, o más bien con el de sus padres, porque estaban forrados. En cualquier caso, el bar sería nuestro durante toda la noche.

Aquella noche teníamos algo que celebrar.

Pronto llegó todo el mundo, el equipo y los invitados. Cogí una cerveza y me encontré con Heath en un rincón, donde había una mesa. Seguíamos en la fiesta pero a distancia de todo el mundo.

—Todos habéis jugado un gran partido —le dije una vez que nos hubimos acomodado en nuestros asientos—. Ojalá hubiera podido decíroslo antes, pero Frankie decidió meter las narices donde no le llaman.

Heath sonrió.

—Gracias. Ha sido un partido duro, pero lo hemos conseguido, joder. Ahora, a por los campeonatos.

—Tus padres se quedarán por aquí entonces, supongo.

Asintió con la cabeza:

—Sí, ahora que voy a ir a los campeonatos, probablemente se queden con algún familiar de las afueras. Así estarán lo suficientemente cerca para poder llegar a tiempo a la pista.

—Suponiendo que puedas jugar un partido en casa —le recordé.

Soltó un quejido.

—Sí, es verdad. Con suerte, no tendremos que ir muy lejos, pero incluso así, vendrán. Espero que tú también lo hagas si tienes tiempo, por supuesto.

—Tan sólo tendré que programar las prácticas con mis alumnos en torno a los partidos —aseguré.

De repente se le borró la sonrisa.

—Ah, probablemente debería hacer esto antes de que se me olvide.

Parpadeé.

—¿Qué?

—Yo... quiero disculparme por besarte ahí fuera. Supongo que me dejé llevar por el momento otra vez, pero oye, ayudará a vender la relación a mis padres cuando vengan a uno de los partidos.

Sentí que mi mundo se derrumbara cuando dijo aquello. Tuve que esconder todos esos

sentimientos muy, muy dentro de mí para no preocupar a Heath ni hacer que sospechara.

—No tienes que disculparte, Heath. Una vez más, no era como si yo no hubiese querido.

Se sonrojó.

—Sí, tienes razón.

Desde donde estaba sentada pude ver a Frankie con el rabillo del ojo. Cuando me volví hacia él, vi que nos miraba con fijeza. Su novio Zach dijo que lo sentía y yo me encogí de hombros.

—Cómo se las arregla Zach para soportarlo es algo que se me escapa —murmuré—. Yo probablemente ya lo habría matado.

Heath resopló.

—No lo hagas, por muy tentador que resulte.

—Entonces, ¿cuántos partidos quedan antes del último del campeonato? —pregunté, ansiosa por cambiar de tema.

—Dos, suponiendo que ganemos el próximo.

Sonreí.

—Ganarás, Heath. Todos lo haréis.

El resto de la fiesta no estuvo mal. A medianoche estaba lista para irme. Abracé a Heath y resistí el impulso de volver a besarlo.

Mi hermano y Zach ya se habían ido, así que no tuve que preocuparme de que me molestara. Sabía que sacaría el tema durante nuestra cena familiar.

Oh, mierda.

De repente, que mis padres pudieran enterarse de esto me explotó en la cabeza. Sabía que Frankie lo iba a soltar, así que debía enviarles un mensaje cuanto antes. Probablemente le dirían a Frankie que no era asunto suyo y esperarían a que yo se lo contara, pero saber que lo sabrían era suficiente para ponerme muy nerviosa.

Por la mañana decidí hacer de tripas corazón y enviar un mensaje a mis padres por separado en lugar de hacerlo en el chat de grupo. Me dijeron que Frankie aún no les había dicho nada, pero que se alegraban por mí. Si él les comentaba algo, le responderían que no se entrometiera porque, como había dicho, no era asunto suyo.

Frankie era tan frustrante... No sé por qué insistía tanto en odiar a Heath. ¿En serio era porque él se negó a seguir lo que él pensaba que era un consejo útil hace unos años? Lo que yo debía hacer era sentarme con Frankie y averiguar por qué lo odiaba tanto.

Los dos teníamos que hablar, así que le envié un mensaje. No hubo respuesta, así que le escribí a Zach. Zach me dijo que Frankie estaba allí.

«Estaré allí pronto. No se lo digas a Frankie».

Zach me dijo que me vería pronto, lo que me hizo reír. Era muy bueno. Esperaba que él y Frankie estuvieran juntos para siempre. Hacían buena pareja, por muy enfadada que yo estuviera con mi hermano.

Cuando llegué, tenía una taza de café en la mano. Zach vivía en el segundo piso, en un pequeño y agradable apartamento de una habitación que resultaba asequible. Una buena oportunidad en una ciudad que podía ser cara según la zona en la que vivieras.

Le sonreí.

—Las cosas se van a poner feas. Puedes ir a dar un paseo, si quieres —propuse con una sonrisa nerviosa.

Se encogió de hombros.

—No, estoy bien. Adelante, habla con él.

Entré y encontré a Frankie sentado en el sofá, enfurruñado. Frunció el ceño cuando me vio y me fulminó con la mirada.

—¿Qué quieres, Lane? ¿Gritarme un poco más?

Me encogí de hombros.

—Teniendo en cuenta cómo está empezando esta conversación, creo que sí lo haré.

—Mira, Lane, no quiero oírlo. Si quieres salir con Heath, hazlo. ¿No me dijiste que no era asunto mío?

Suspiré.

—¿Por qué te cae tan mal? Necesito saberlo.

—¡Es un engreído! —estalló—. Además, hay algo raro en él que no sé lo que es. A veces se comporta casi como un animal y no quiero que te haga daño.

Frankie dio tanto en el clavo que ni siquiera me hizo gracia. Tuve que reprimir una risa nerviosa.

—Si te prometo que estaré atenta, ¿nos dejarás en paz?

Resopló.

—Vale, lo haré, pero no esperes que te dé mi bendición. Nunca lo haré. Podrías tener a cualquiera mucho mejor que Heath Myers.

—No necesito tu bendición —repliqué—. Lo único que quiero es que te mantengas al margen y no nos causes problemas. Si puedes hacer eso, entonces por mí, bien.

—Está bien —refunfuñó con una mirada helada.

Se la devolví.

Después de eso, me fui. No tenía ninguna razón para quedarme, aunque le dije a Zach que me alegraba de volver a verlo.

Llamé a Heath en cuanto volví al coche. Se merecía saber que mi hermano no iba a causarle más problemas.

—Hola, ¿va todo bien? —preguntó. Parecía somnoliento.

Hice una mueca.

—¿Te he despertado? Lo siento, Heath.

Se echó a reír.

—No, llevo en la cama unos cuarenta y cinco minutos, así que necesitaba una patada en el culo para levantarme de una vez. Pero eso no responde a mi pregunta. ¿Va todo bien?

—En realidad, sí —respondí—. Vengo de estar con mi hermano y hemos hablado un poco. Lo esencial es que no nos molestará más. Dijo que no nos dará su bendición, pero que puede irse a la porra con esa mierda del siglo XIX.

Heath suspiró.

—Supongo que es mejor que nada, dado todo lo que ha pasado, pero espero que tu hermano y tú hagáis las paces.

—Oh, lo haremos —aseguré.

Una vez que a mi hermano se le pasara la rabieta, lo haríamos. Así eran las relaciones entre hermanos. Había problemas y te peleabas, a veces no de la forma más sana. Pero con un hermano no pasaba nada por ser mezquino.

* * *

Heath

Me mató decirle a Lane que creía que nos habíamos dejado llevar por el momento, pero estaba usando su lógica del otro día. Ella tenía razón. Ambos estábamos atrapados en esta falsa relación. Si fuera sensato, la terminaría ahora mismo, pero era egoísta y quería continuar con ella todo lo que pudiera.

Si lo piensas, era fácil que las líneas se desdibujaran. Lane y yo estábamos jugando con fuego, fingiendo una relación para quitarme a mis padres de encima. Me sorprendió que esto no me causara más estrés. En todo caso, creo que lo estaba disfrutando demasiado. En nuestra relación, no todos los problemas tenían que ver con Frankie.

Cuando ganamos el partido y me dirigía al bar, envié un mensaje a mis padres, amigos y familiares para contárselo. Sus reacciones me hicieron reír. Los quería a todos y me alegraba que me apoyaran.

Por la mañana, me recordaron que la boda se celebraba este fin de semana. Mierda, me había olvidado de eso. Por suerte, cuando le envié la información a Lane, me dijo que estaba más que feliz de ir.

Era una de las muchas bodas a las que yo había asistido. Tenía una familia grande, así que nos habíamos desplazado a otras ciudades para asistir a estas ceremonias de apareamiento, que podían variar dependiendo de la manada. La nuestra era más moderna, así que incorporamos algunos elementos nuevos al proceso.

Supongo que no era muy diferente de una boda humana. Te ponías de pie delante de tu familia y amigos, recitabas unos votos y luego la sellabas no con un beso, sino con mordiscos. El cuello era una parte vulnerable, así que cada parte mordía el cuello de la otra.

No era un vínculo de apareamiento permanente. Esto solía ocurrir durante el siguiente celo. Si uno de los miembros de la pareja era humano, el vínculo no era tan fuerte como entre dos lobos.

Por eso algunas manadas rechazaban las relaciones entre humanos y lobos. En mi opinión, hacer esto sólo consiguió que nuestra especie empezara a extinguirse. Al aceptar a los humanos, se ampliaron nuestras opciones a la hora de encontrar pareja.

El fin de semana llegó más rápido de lo que nunca hubiera imaginado. Nos pusimos las pilas y tuvimos entrenamientos extra, porque ganar el campeonato estaba más cerca que nunca. Fue difícil apartar mi mente del hockey, pero la mañana de la boda lo conseguí.

A mis padres no les haría mucha gracia que estuviera toda la boca pensando en el hockey. Por la mañana, la primera llamada que hice fue a Lane para ver si todavía quería ir. Si se echaba atrás, lo entendería pero, por suerte no, fue así.

—Heath, claro que quiero ir —aseguró—. Admito que vestirme de boda no es mi fuerte, pero estoy dispuesta a hacer una excepción para poder asistir a esta contigo.

Me reí.

—No importa lo que lleves, Lane. Estarás increíble te pongas lo que te pongas.

Aunque no podía verla, supe que se había sonrojado. Me encantaba cuando lo hacía. Aunque, yo no era nadie para hablar. Lane me hacía sonrojar casi tanto como yo a ella.

La ropa que iba a ponerme estaba tirada en una de las sillas de mi cocina. Yo no tenía ningún traje, tan sólo el uniforme de hockey, sudaderas y otra ropa informal. Unos vaqueros y una camiseta abotonada eran lo más parecido a un traje que había en mi armario.

Nunca se lo confesaría a Lane, pero el traje para hoy lo eligió mi madre. Me pidió mis

medidas cuando se enteró de la boda y se las envié. Luego fue a comprarme uno, aunque, por supuesto, me preguntó por el estilo y cosas así.

Sinceramente, no me importaba cómo fuera. Mientras valiera para una boda, estaba bien. Pero ahora me lo estaba replanteando. Quería estar guapo para agradar a Lane. Que pensara «¡joder!», cuando me viera. Probablemente era esperar demasiado, pero no podía evitarlo.

El traje me quedaba como un guante. Me impresionó que mi madre acertara con mi talla. Claro que tenía mis medidas, pero no se puede hacer mucho si uno no está allí para probárselo.

Noté que mi teléfono no paraba de sonar mientras me arreglaba. Cuando lo miré, vi que tenía varios mensajes burlándose de mi beso con Lane. Ahora que todos estaban sobrios y se les había pasado la resaca, estaban listos para empezar con las bromitas.

Lo único que hice fue decirles que pararan. Era el chat de grupo del equipo, así que Frankie pudo leer todos y cada uno de los mensajes. No dijo nada, pero apuesto a que los estaba leyendo e hirviendo por dentro.

Me costaba creer que fuera a dejarlo estar. Lane parecía convencida de que lo haría aunque, por lo poco que sabía de él, yo tenía mis dudas. El tiempo lo diría.

Una vez vestido, me di cuenta de que aún tenía tiempo. ¿Qué mejor manera de matarlo que repasar algunas jugadas de hockey para el próximo partido? Puede que a otros no les parezca divertido, pero a mí sí. Divertido y necesario.

Al final tuve que silenciar el chat de grupo del equipo porque no paraban de llegar mensajes. Los chicos lo hacían de buena fe, pero era demasiado para mí en aquel momento.

Cuanto más se acercaba la hora de recoger a Lane, más nervioso me ponía. Últimamente, cuando estábamos, juntos acabábamos besándonos o teniendo un encuentro íntimo. Era casi increíble.

Joder, me sabía mal por ella. Sólo podía pensar en aprovechar cada momento de esta falsa relación tanto como pudiera y eso me hacía sentir culpable. Lane insistió en hacer esto porque quería ayudarme.

Sentía una extraña necesidad de compensarme por haberle salvado la vida. Pero insistía en hacerlo, por mucho que yo le dijera que no era necesario. Creía que ya lo habíamos superado. Al menos yo lo había hecho.

Quizá por eso Lane seguía empeñada en ayudarme. O quizá se sentía culpable por convencerme y luego dejarlo antes de que mis padres se fueran.

«Hola, estoy de camino». Le envié el mensaje a Lane alrededor de las cuatro menos cuarto. Aunque debía recogerla a las cuatro, no estaba de más salir un poco antes por si había mucho tráfico.

Ella no me había dicho ni enseñado lo que llevaría puesto, pero estaba seguro de que estaría increíble. Si se parecía en algo al vestido que llevaba cuando conoció a mis padres, no podría dejar de mirarla.

Desde el momento en que la vi la encontré atractiva. Pero además era una mujer inteligente y divertida que entendía por qué el hockey era importante para mí. No me habló mucho de su pasado como patinadora artística, pero yo sabía que significaba mucho para ella.

El trayecto hasta el apartamento de Lane me llevó menos tiempo del que pensaba. Le envié un mensaje para avisarla de que estaba allí y esperé en el coche. Cuando salió del edificio, sentí que se me caía la baba. Su vestido le daba un aspecto casi etéreo.

Parpadeé varias veces, tratando de despejar mi mente, pero sólo podía pensar en lo increíble que estaba. Joder, tenía que apartar la mirada, para que no me pillara mirándola embobado, pero

era casi imposible. Por fin giré la cabeza.

Entonces Lane entró en mi coche, y todo empezó de nuevo. Ella también parecía bastante impresionada por mí, pero seguramente no era así.

En cuanto entramos en la boda supe que Lane llamaría la atención.

CAPÍTULO 13



LANE

No he asistido a muchas bodas en mi vida. La mayoría de mis amigos seguían solteros o vivían con su pareja sin casarse, así que nunca tuve muchas oportunidades. En total, creo haber ido a dos en toda mi vida, y las dos eran de familiares que se casaban. Una fue cuando era niña, así que me aburrí durante toda la celebración, y la otra cuando tenía veinte años.

Esa la recordaba mejor. Fue bonita, pero me aburrí bastante. Solía pensar que las bodas eran mortalmente aburridas, pero esta era diferente. Era la de la prima de Heath, y yo iba allí como su cita. Aunque no estábamos saliendo.

Pronto nuestras falsas citas llegarían a su fin. A Heath le quedaban algunos partidos más, así que calculé unas dos semanas más hasta que rompiéramos oficialmente. Sólo con pensarlo se me hacía un nudo en el estómago. Joder, me estaba enamorando de él.

El otro día se disculpó por besarme en el partido y odié que lo hiciera. No necesitaba una disculpa. Si se hubiera inclinado para besarme otra vez, me habría conformado con eso.

Decidí centrarme en la boda. En el fondo de mi armario había unos cuantos vestidos elegantes de mi época universitaria. No fue hace tanto tiempo, así que sabía que aún me quedaban bien la mayoría de ellos.

Después de meditarlo durante una hora, me decidí por uno azul claro. Tenía tirantes finos y un escote un poco pronunciado que dejaba ver un poco de mi pecho. El vestido se ceñía a la cintura y se abría con una falda suelta y vaporosa. Lo combiné con un par de bailarinas negras porque, por muy guapa que quisiera estar, los tacones no valían la pena.

Me recogí el pelo en un moño suelto. Mi maquillaje era mínimo, apenas inexistente. Si me miraras a la cara, pensarías que ni siquiera lo llevaba.

Me miré en el espejo antes de salir del baño y tuve que admitir que me veía bastante bien. No era propio de mí ser presumida, pero tenía muy buen aspecto, si se me permitía decirlo.

Después de ponerme un jersey holgado, lo único que podía hacer era esperar a Heath. Vendría a recogerme pronto. Cuanto más se acercaba la hora, más nerviosa me ponía. Aunque no era una relación de verdad, quería estar guapa para él.

Sobre las cuatro recibí un mensaje suyo diciendo que por fin estaba aquí. Cogí mi bolso y bajé las escaleras. Me acerqué a su coche y me subí al asiento del copiloto.

Los dos nos quedamos mirándonos un momento.

Maldita sea, Heath estaba tan guapo... Llevaba un traje ajustado y aunque se había peinado hacia atrás, algunos mechones rebeldes se negaron a ser domados.

—Estás increíble —soltó antes de que yo pudiera decir lo mismo.

Me sonrojé.

—Puedo decir lo mismo de ti.

Se rio.

—Supongo que arreglados estamos muy bien, pero eso se aplica más a mí que a ti, Lane. Incluso en chándal estás muy guapa.

—Bueno, estamos en desacuerdo.

Me reí de la cara que puso y me puse el cinturón. El resto del viaje estuve un poco nerviosa porque me preocupaba conocer al resto de la familia de Heath. Aunque ya conocía a sus padres, no conocía a nadie más. Me dijo que sus hermanos no habían podido venir, pero que habían enviado un regalo.

La única razón por la que Heath iba era porque vivía cerca.

—¿Crees que le caeré bien al resto de tu familia? —pregunté, nerviosa.

Parpadeó.

—Por supuesto. Quiero decir, a mis padres les gustas, y me atrevería a decir que ya te quieren.

—Sí, pero tus padres te apoyan, en su mayor parte. El resto de tu familia podría tener sentimientos encontrados hacia mí, sobre todo porque soy humana.

—Mi prima se va a casar con una humana, Lane —me recordó—. Te repito que no tienes de qué preocuparte. Muchos en mi familia tienen parejas humanas. No les importa. Sólo estarían en contra si quisieras, digamos, tener una pareja vampírica.

Palidecí.

—Espera, ¿qué? ¿Me estás diciendo que los vampiros son reales?

—¡No, no! —aseguró—. Bueno, al menos yo no creo que lo sean. Pero si los hombres lobo somos reales, entonces tiene sentido que otras criaturas sobrenaturales puedan serlo...

Gemí.

—Heath, hay mucho que descubrir aquí y no creo estar lo bastante borracha ahora mismo como para pensar en la posibilidad de que existan otras criaturas sobrenaturales. Vuelve a mencionarlo cuando me haya tomado unos cuantos cócteles.

Resopló.

—Vale, lo entiendo. Perdona si te he hecho pensar en cosas que nunca te habías planteado.

Sinceramente, no había pensado en ello hasta aquel momento. Pero tenía sentido pensar que pudieran existir otros seres ahí fuera. Al menos era posible.

—Esto no es una boda sin alcohol, ¿verdad? —pregunté, sería.

Quería asegurarme de que podría beber una copa si lo necesitaba.

Heath se rio.

—No, no es una boda sin alcohol, así que no te preocupes. No creo que nadie de mi familia pudiera soportar una boda así, aunque le ofrecieran un millón de dólares.

Me reí al coincidir con su familia. Las bodas sin alcohol eran perfectas para otros, pero no para mí.

—Háblame de tu prima, la que se va a casar. Sé muy poco de ella y me gustaría saber algo más.

Se rio.

—No hay mucho que contar. Hoy se casa con su pareja después varios años juntos. Mi prima es muy temperamental y no tiene pelos en la lengua. Su pareja, en cambio, es más callada, pero se compenetran muy bien.

—Bueno, suenan como la pareja perfecta —comenté, deseando que les fuera bien.

Cuando llegamos al salón de la recepción me sorprendió la cantidad de gente que había. La familia humana conocía bien a los lobos desde hacía décadas. Así fue como su prima encontró pareja con tanta facilidad. Tenía curiosidad por saber cómo funcionaría eso, pero supuse que este no era el momento de preguntarlo.

—¿Cuántos de ellos son de tu familia? —susurré a Heath, que se rio.

—Si tuviera que señalártelos a todos estaríamos aquí hasta mañana —respondió—. Cuando hablemos con uno te lo diré. ¿Te parece bien?

Suspiré.

—Supongo que tendrá que ser así.

La mayoría, si no todos, me eran desconocidos, excepto los padres de Heath. Vi a Abigail y Xander al fondo. Ellos, en cuanto nos vieron, nos hicieron señas para que nos acercáramos.

—¡Lane, es un placer verte de nuevo! —exclamó Abigail, dándome un fuerte abrazo.

Heath carraspeó.

—Mamá, recuerda que Lane es humana y tiene los huesos frágiles. No la abrasques tan fuerte o le romperás unos cuantos.

—Pero nosotros ya somos viejos, así que nuestra fuerza ya no es lo que era —apuntó Xander, riendo.

Abigail frunció el ceño.

—¿A quién estás llamando viejo, Xander?

—A mí, amor. Sólo a mí.

Noté cómo Heath y Xander cruzaban una mirada y me mordí el labio inferior para contener la risa. Cuando Abigail me soltó, estaba segura de que no tenía ningún hueso roto.

—También me alegro de verte, Xander —dije sin sorprenderme cuando me abrazó—. ¿Cómo va la ceremonia?

Abigail suspiró feliz.

—Es maravillosa. Estoy deseando veros a ti y a Heath completar una ceremonia de apareamiento.

—¡Mamá! —gruñó Heath—. No quiero hablar de eso ahora.

—Sí, Abby, no hablemos de eso ahora —intervino Xander con firmeza—. Mejor lo dejamos para cuando estemos a solas.

Abigail pareció querer decir algo más, pero se mordió la lengua y se tragó el resto de sus palabras.

—Bien, supongo que es razonable —murmuró.

Heath me cogió del brazo y señaló con la cabeza un par de asientos vacíos junto a sus padres. Le seguí dándole palmaditas en el brazo para tranquilizarlo.

Sabía que estaba un poco alterado por lo que había dicho su madre; le recordó por qué me ofrecí a que fingiéramos tener una relación mientras sus padres estuvieran aquí. La presión de ser expulsado de la manada tenía que ser tremenda. Al ser yo humana, no me parecía correcto juzgarlos, pero estaba claro que a Heath le pesaba mucho.

Él me dijo una vez que sus padres actuaban como si él quisiera que le echaran de la manada y que sólo le importaba el hockey, pero no era cierto. Adoraba formar parte de la manada y el hockey por igual, pero pensaba que aquellas normas eran anticuadas e inútiles.

Comprendía el atractivo de mantener la tradición, pero también el deseo de superarla y adaptarse a los nuevos tiempos. Era algo con lo que mis padres luchaban en su propia familia. A un nivel muy diferente, por supuesto, porque nunca tuvieron que enfrentarse al rechazo de su

familia, aunque era una posibilidad.

Heath se calmó por fin. Ayudó que todo el mundo se acomodara en sus asientos y se preparara para la ceremonia. Yo nunca había asistido a una así y estaba deseando presenciarla.

En lugar de caminar por el pasillo, la prima de Heath y su pareja simplemente se acercaron y se colocaron debajo de un arco decorado con flores, enredaderas y otros elementos que te hacía sentir que estabas en un bosque. Me impresionó el diseño y me pregunté cuánto tiempo había llevado hacerlo.

Llevaban trajes sencillos, que parecían muy cómodos. Los votos que pronunciaban eran parecidos a los que intercambiábamos los humanos, pero con algunas diferencias notables.

Heath me había contado lo de los mordiscos, pero fue una sorpresa presenciarlo. Parpadeé, tratando por todos los medios no mirar a Heath. Por alguna razón, sólo podía pensar en lo que sentiría si él me mordiera.

Recordé que la noche que pasamos juntos él me besó el cuello muchas veces mientras teníamos sexo. Cada vez que pensaba que iba a mordirme no lo hizo. El autocontrol que tuvo que ejercer sobre sí mismo para no mordirme en ese momento debió ser enorme.

Me obligué a alejar aquellos pensamientos y centrarme en la ceremonia que tenía delante. En general, mi impresión fue que todo era precioso tanto que, sólo por un momento, nos imaginé a mí y a Heath en la misma situación.

Joder, las hormonas y las emociones se me estaban yendo de las manos.

Fue casi un alivio cuando pasamos a la sala contigua, donde estaba dispuesta la comida, la bebida y las sillas. Esta era mi parte favorita de las ceremonias, cuando podías comer, beber y divertirte con el resto de invitados.

—¿Qué te ha parecido? —preguntó Heath cuando llegamos a la mesa llena de multitud de platos deliciosos—. La ceremonia, quiero decir.

—Fue muy bonita y sorprendente.

Heath parpadeó

—¿Sorprendente?

—Heath, ¿cuántas veces voy a tener la oportunidad presenciar otra ceremonia de apareamiento de lobos?

—Está bien, de acuerdo —concedió antes de servirse un montón de verduras en el plato—. Mañana tengo un partido. Necesito que tanto mi cuerpo como mi mente estén preparados.

Resoplé.

—Come todas las verduras que quieras. No creo que necesitéis ventaja dado lo bien que jugasteis el último partido. Lo tenéis chupado.

—Ojalá tuviera tanta confianza como tú, Lane, pero sé a qué nos enfrentamos. El equipo contra el que jugamos mañana ha ganado el campeonato dos veces en los últimos años —murmuró—. Nosotros somos los aspirantes.

—Oye, no consideres ser aspirante como algo malo —repliqué—. Seguid así y lo lograréis.

Volvió a suspirar.

—Quiero pensar que vamos a ganar. Quiero decir, les digo a los chicos que es importante mantener una actitud positiva, pero sin creérselo demasiado. Una parte de mí estaba segura de que nunca llegaríamos hasta aquí, pero ganamos y ahora estamos cada vez más cerca del campeonato.

—Vamos a disfrutar del resto de la boda. Será una buena manera de que te relajes y te deshagas de parte de tu estrés.

Heath se limitó a asentir. Nos sentamos en una mesa junto a sus padres a comer. La comida estaba bastante buena, pero el postre era aún mejor.

Todo el mundo se lo estaba pasando muy bien, disfrutando y riendo. Me alegré de haber superado mis miedos y haber venido. Esta podría ser una de las últimas veces que podría estar así con Heath.

Aparte de los partidos y algunas de las celebraciones que vendrían después, ya no tendríamos ninguna razón para continuar fingiendo ser pareja. Me preocupaba Heath y lo que pasaría cuando les dijera a sus padres que habíamos roto, pero decidí olvidarme de ello por el momento.

Cuando algunos invitados entraron en la pista de baile, miré a Heath. Levantó una ceja y se dio cuenta de que la gente estaba bailando.

—Oh, no —soltó—. No, no, no. Yo no bailo, Lane. Es algo que intento evitar a toda costa.

Fruncí el ceño.

—Yo tampoco soy la mejor bailando, a menos que sea sobre el hielo, pero eso no significa que no disfrute haciéndolo.

—Vamos, baila con ella —le animó Xander justo antes de que Abigail lo arrastrara a la pista de baile—. No es tan terrible una vez que te dejas llevar.

Me levanté y cogí la mano de Heath, lanzándole una mirada pícara.

—¿Qué? ¿Vas a dejarme aquí de pie como una tonta o me vas a sacar a bailar?

Heath gimió y me dejó que tirara de él para obligarle a que se pusiera en pie y me siguiera hacia donde todos se divertían bailando, solos o con sus parejas.

—Vale, pero si te piso, la culpa será sólo tuya —advirtió.

Sonreí.

—No te preocupes, sé cuidarme cuando se trata de ti. ¿Te lo he demostrado ya o necesitas que te lo recuerde?

Se sonrojó

—Nena, me vas a matar.

Aunque dijo que bailaba fatal, descubrí que no era tan malo. Había exagerado, porque en ningún momento me pisó. Aunque no quería admitirlo, al tercer baile Heath ya se había animado y tenía una sonrisa en la cara.

Como en la mayoría de las bodas, también hubo alguna canción lenta. Mientras las bailábamos, tuve que recordarme que aquello no era real. Nada de aquello era real. Era sólo un espectáculo, pero por mucho que intentara convencerme de ello, no pude evitar caer en la fantasía que yo misma había creado.

Mi ensoñación se desvaneció cuando llegó la hora de abandonar no sólo la pista de baile, sino también la boda. Los dos seguimos riendo y disfrutando de la compañía del otro hasta que llegamos a mi apartamento.

—Me lo he pasado muy bien esta noche —dije.

Sonrió.

—¿De verdad? Me preocupaba que mi familia fuera demasiado dominante, y me alegra saberlo.

—¿Sabes cuál ha sido mi parte favorita?

—Te juro, Lane, que si me dices que fue cuando hice el ridículo en la pista de baile, no te hablo en toda la semana.

Sonreí.

—Fue exactamente el momento en que te arrastré a la pista de baile. Niégalo todo lo que

quieras, Heath, pero te lo pasaste bien a pesar de que intentas hacer como que no.

—Está bien, disfruté bailando, pero sólo porque estaba contigo —murmuró—. Si hubiera sido con cualquier otra persona no habría sido tan especial.

Parpadeó y por un momento creí que iba a besarme, pero el momento pasó.

—Deberías irte. Se está haciendo tarde.

Parpadeé e intenté disimular mi pena.

—Sí, tienes razón. Gracias por una gran velada, Heath. Te veré mañana en el partido, ¿vale?

—Lo estoy deseando.

Me quedé allí sin querer entrar hasta que se alejó y ya no pude ver su coche.

CAPÍTULO 14



HEATH

La boda resultó mucho más memorable de lo que había imaginado y no fue por mi prima y su nueva pareja. Esto me hacía sentir un poco culpable, pero estar con Lane fue increíble. Estuve centrado en ella durante todo el evento, y todo culminó cuando estuvimos juntos en la pista de baile.

Lo que le dije a Lane iba en serio. Yo no era un gran bailarín, pero ella había querido bailar, así que decidí intentarlo, y valió la pena. Dejarla en casa era lo último que deseaba, pero no podía pedirle que pasara la noche en mi casa. No tenía derecho a hacerlo.

Joder, tenía que controlarme. No tendríamos que fingir mucho más tiempo. Si no ganábamos el partido mañana, todo acabaría ya.

Sí, el partido. Debía concentrarme en él. Habíamos estado entrenando como locos desde que nos clasificamos para los campeonatos. Frankie tampoco me estaba dando problemas, lo que era otra victoria, o al menos yo lo veía así.

Deseaba que Lane viniera a vernos jugar mañana. Esta vez mis padres estarían allí con ella. Quizá fue bueno que el día del último partido la besara. Ahora todos en el equipo sabían que estábamos saliendo y ya no había posibilidad de que mis padres se preguntaran por qué lo manteníamos en secreto.

Seguramente estaba dándole demasiadas vueltas a las cosas, como suelo hacer.

La mañana anterior al partido siempre era la más difícil para mí. Estaba ansioso por jugarlo, pero también quería saborear el momento justo antes de empezar, dejarme llevar por la esperanza y el ansia de ganar.

Estaba más nervioso que en el anterior. ¡Mierda, estábamos tan cerca! Nos jugábamos mucho. No es que la gente no fuera a felicitarnos si no ganábamos; seguirían apoyándonos y probablemente estarían entusiasmados porque hubiéramos llegado tan lejos.

Este partido se jugaba en casa pero, si ganábamos, el último sería fuera, en una pista a una hora de distancia. No estaba acostumbrados a jugar en pistas de otros equipos, porque nunca habíamos llegado tan lejos. Como mucho, habíamos jugados en la ciudad de al lado o algo así, sin alejarnos demasiado.

La actitud de mi equipo era parecida a la de la mañana del anterior partido: esperanzada y confiada, pero sin pasarse. Me sentía distinto antes de este partido. Joder, había tanto en juego.

—¿Estáis todos listos? —pregunté y sonreí satisfecho cuando mi equipo gritó que lo estaban—. Me alegro, porque esto va a ser duro. Los Raging Dragons son oponentes feroces. Recordad que han ganado los dos campeonatos en los últimos años.

Luis sonrió:

—Creo que podemos con ello.

—¿Crees? —pregunté enarcando una ceja.

—Quiero decir... lo sé —replicó, lo que me hizo sonreír—. Capitán, ¿en serio me estás tocando las narices ahora?

Me reí.

—Sólo un poco, Luis. Oye, tú eres el novato aquí, y es divertido tomarle el pelo al nuevo. Lo mismo pasó cuando yo me uní y cuando lo hicieron los demás.

—Al menos Luis sabe aceptar una broma y un consejo —murmuró Frankie, haciendo que el vestuario quedara en silencio.

Lo miré, pero no me enfadé. Tan sóloladeé la cabeza y lo observé con atención. El objetivo era hacerle sentirse incómodo y cuanto más lo miraba yo sin pestañear, más incómodo parecía sentirse él.

—Frankie, no es el momento ni el lugar —dije en voz baja—. Puedes guardarme rencor hasta el fin de los tiempos, pero no llevarlo a la pista.

Resopló.

—Nunca lo he hecho. ¿Cuándo he dejado de trabajar contigo como un equipo ahí fuera? Además, ¡no pretendía ser grosero! Sólo quería señalar que te cuesta aceptar consejos cuando vienen de otros. A veces eres muy testarudo, Heath.

Luis se aclaró la garganta.

—Vale, chicos no hay razón para enzarzarse en una pelea ahora mismo. Tenemos que calmarnos y enfocar el partido con la cabeza despejada.

—Esto no es la pista, sino territorio neutral si lo piensas bien —rezongó Frankie antes de volver a fulminarme con la mirada—. Sólo me gustaría que consideres el consejo que se te da. Si no quieres aceptarlo, ¡pues vale! No pasa nada. Pero no nos desprecies.

Suspiré.

—Mira, Frankie, no tengo tiempo para esto. Si sigues presionándome, voy a sentarte en el banquillo. Soy el capitán y puedo hacerlo.

Su mandíbula se tensó.

—No te atreverás.

—Ponme a prueba.

No quería amenazar a Frankie, pero no veía otra opción ahora mismo. Era el único modo de conseguir que me dejara en paz de una puta vez. Lane me dijo que había hablado con él, pero parecía que, a pesar de sus esfuerzos, no estaba funcionando.

Luis me dedicó una sonrisa comprensiva.

—Al final se le pasará. Dale tiempo.

Sonreí con tristeza.

—Luis, hace años que le caigo mal. Esta es sólo otra razón para que me odie, así que no creo que eso vaya a cambiar jamás.

—Bueno, nunca se sabe. Cosas más raras han pasado.

Dios, ojalá tuviera el optimismo de Luis.

Cuando todo se hubo calmado, salimos hacia la pista. Frankie no me miraba, lo que me ponía nervioso porque significaba que por fin había llevado nuestra enemistad al hielo. Hasta ahora, nunca temí que se extendiera al juego, pero en aquella ocasión, era un miedo muy real.

Si había alguna posibilidad de vencer a los Raging Dragons debíamos concentrarnos y trabajar juntos. Habíamos llegado hasta aquí y no quería que nos rindiéramos sin luchar.

El partido empezó con el otro equipo ganando el cara a cara. Tan sólo un pequeño contratiempo, fácil de superar. Durante el primer periodo quedó claro que todos en el equipo tendríamos que esforzarnos al máximo.

Nuestros rivales eran buenos, pero nosotros también. Se entregaron tanto como nosotros, pero durante el primer periodo acabamos marcando un gol. Miré hacia las gradas justo antes del primer intermedio. Mis padres estaban allí, sentados junto a Lane. Cuando me asomé, me saludaron y yo les devolví el saludo.

Lane también me saludó. Sonreí para mis adentros sin darme cuenta de que Frankie estaba patinando a mi lado. Debió de verme mirando a Lane y me golpeó en el hombro, haciendo que me deslizara con fuerza atrás. Por suerte, pude clavar los patines en el hielo y evitar ir demasiado lejos.

Mi mirada se posó al instante en Frankie

—¿En serio quieres que juguemos a esto en la pista?

Frankie parpadeó.

—No sé de qué me hablas.

—Frankie, sabías que Heath estaba ahí. ¿Cómo has podido no verlo? —preguntó Luis, e hizo una mueca cuando Frankie lo miró—. Vale, lo siento.

Me pellizqué el puente de la nariz.

—Se acabó. Estás fuera. Graham te sustituirá este periodo. Si cambia tu actitud, tal vez me plantee volver a sacarte.

Me estaba desafiando, y debía demostrarle que sus actos tenían consecuencias. Me preocupaba que Frankie se enfadara y tomara represalias, pero se había quedado helado. Cuando se dio cuenta de que iba en serio, se calló y se sentó en el banquillo.

Sabía que aquello no suponía ni mucho menos el final de nuestros problemas, que seguirían una vez termináramos el partido, pero por ahora estaba contenido.

Frankie me miró como si quisiera que yo cayera muerto en el sitio, y decidí que Graham sería el suplente de Frankie durante el tercer y último, al menos eso esperaba, período de este partido.

Graham estaba un poco nervioso por tener que sustituirle, pero lo hizo bastante bien. Aunque no marcamos ningún gol, el otro equipo tampoco.

—Sólo tenemos que mantenernos firmes en el último periodo y jugaremos por el título —animé al equipo durante el segundo intermedio.

Todos vitorearon menos Frankie.

Me volví hacia él y levanté la ceja.

—¿Estás listo para volver ahí fuera o quieres seguir haciendo el imbécil?

—Seré un imbécil fuera de la pista —respondió con los dientes apretados.

Sonreí.

—Bien, eso era exactamente lo que quería oír. Graham, puedes sentarte el próximo período y Frankie volverá a entrar.

—Entendido, capitán —dijo Graham e hizo amago de llevarse la mano a la frente.

Antes era militar, y supuse que eso tendría algo que ver.

—Recordad, sólo tenemos que defender durante un periodo más. Aunque no consigamos otro punto no importa.

Luis se aclaró la garganta.

—Aunque no nos vendrá mal sumar otro.

Resoplé.

—Tienes razón, Luis. No pasa nada si conseguimos otro punto.

El descanso se me hizo eterno. Estaba deseando que terminara y volver al hielo. Miré a Frankie, que parecía menos tenso. Como me gustaba decir, el hielo cura todas las dolencias, físicas y mentales.

Este periodo fue difícil desde el principio. Los Raging Dragons vinieron a por nosotros porque era su última oportunidad de marcar un gol. Supuse que les avergonzaba ser derrotados por un equipo más modesto.

Lane tenía razón. No había nada malo en que nos llamaran aspirantes. Yo lo llevaría como una medalla de honor, sobre todo si éramos capaces de evitar que ellos consiguieran un punto y forzaran el empate.

Cuando casi se había acabado el tiempo, lanzaron el disco hacia la portería. Todos nos centramos en Luis, que se lanzó a bloquearlo. ¿Y sabéis qué? Lo consiguió.

—Joder —murmuré, riéndome cuando Luis corrió hacia mí y me abrazó.

Casi me derriba, pero no me importó. Lo hizo en un momento de emoción, así que no se lo tuve en cuenta.

—¡Esto significa que vamos al campeonato! —gritó.

El público aplaudía y cuando me volví a mirar a mis padres, daban saltos de alegría. Lane parecía estar conteniendo la risa, pero me sonrió cuando se dio cuenta de que la estaba mirando.

Sí noté que los padres de Frankie no habían venido a los últimos partidos. Habían venido a otros anteriores, pero no últimamente. Al menos su novio sí estaba, sentado cerca de las gradas. Me pregunté si la ausencia de sus padres hacía que Frankie se sintiera mal pero, aunque así fuera, no tenía derecho a desquitarse conmigo.

La fiesta posterior al partido era una opción, pero yo estaba agotado. En realidad, todos lo estábamos. Por ello, no sería una gran fiesta como la de la otra noche, sino una reunión más pequeña e íntima.

Me reuní con mis padres en el aparcamiento y les dejé que me abrazaran con fuerza.

—¡Estamos tan orgullosos de ti, Heath! —dijo mamá—. Estoy segura de que quieres pasar mucho tiempo con Lane así que adelante, divértíos los dos.

Xander sonrió.

—Como ha dicho tu madre, estamos orgullosos de ti. Estamos deseando ver el partido por el campeonato.

Lane había ido a felicitar y hablar con su hermano. Al final se reunió conmigo en mi coche y me dio un fuerte abrazo antes de que pudiera decir nada.

—Lo estáis petando esta temporada —rio—. Pero tengo que preguntártelo. ¿Qué ha pasado en la pista?

Suspiré.

—¿Te refieres al incidente con Frankie?

—¿A qué si no? —replicó.

—¿Qué te dijo?

Tenía curiosidad por saber cómo Frankie se lo había contado. ¿Se hizo pasar por víctima o asumió alguna responsabilidad por lo ocurrido?

—Dijo que os peleasteis en el vestuario y le amenazaste con dejarlo en el banquillo. Por eso

te golpeó con el hombro. Creo que pensaba que no te atreverías, pero lo hiciste.

Suspiré.

—Para ser justos, no debí amenazarle con dejarle en el banquillo.

—Lo sé —repuso Lane, y extendió la mano para apretar la mía.

—¿Puedo preguntarte algo y cambiar de tema? —No quería seguir hablando de Frankie.

Sonrió.

—Por supuesto. ¿Qué es?

—¿Te apetece salir a comer? Nada elegante; más bien pensaba en un trozo de pizza para celebrarlo, o algo así. Sé que algunos de los del equipo han quedado, pero no me apetece ir tan lejos.

—Me parece una idea estupenda —respondió con una sonrisa—. Mándame un mensaje con el lugar y nos vemos allí.

Asentí.

—Nos vemos allí entonces.

Después de subir a nuestros respectivos coches, le envié un mensaje con la dirección de la pizzería que había pensado. Un sitio pequeño e íntimo.

Una parte de mí se preguntaba qué demonios hacía invitándola a algo que parecía una cita. Supongo que podría tratarse de dos amigos tomando algo, pero los dos seguíamos actuando como una pareja, incluso cuando no estaban mis padres ni nadie del equipo. ¿Me estaba enredando demasiado en esta falsa relación?

De nuevo opté por ignorar aquella vocecilla y fui hacia la pizzería. Llegó antes que yo y ya había conseguido una mesa.

—He pedido pizza margarita —dijo—. Espero que no te importe, pero he pensado que era la opción más segura.

Me eché a reír.

—Es perfecta, Lane. No soy quisquilloso cuando se trata de pizza.

Nos sentamos a esperar a que nos trajeran la pizza. Me di cuenta de que Lane parecía un poco incómoda y fruncí el ceño.

Sonrió con torpeza.

—Lo siento, sé que no parezco muy contenta, pero no tiene nada que ver contigo. Frankie me está poniendo de los nervios con esta mierda. No sé por qué sigue tan resentido. Es una locura.

—No comprendo qué motivos puede tener para seguirme guardando rencor durante tanto tiempo —murmuré—. A ver, soy un hombre lobo y sé que podemos sentir rencor, pero lo de tu hermano es otro nivel.

Levantó una ceja.

—¿Los hombres lobo sois rencorosos?

—Bueno, se trata más bien cuando alguien no se somete a alguna de tradiciones que las manadas han mantenido durante siglos. Por ejemplo, no permitir que lobos no apareados formen parte de la manada o si no se han apareado a cierta edad.

Arrugó la nariz.

—Me resulta extraño, pero después lo comparo con la gente que no acepta casarse con una persona determinada a cierta edad, y lo entiendo un poco más.

Suspiré.

—Es jodido lo mires por donde lo mires, pero nadie va a cambiar la manada. Yo no quiero ni tengo intención de hacerlo.

—Vale, hablemos de algo más alegre—sugirió Lane—. El partido del campeonato, ¿tendrás que salir de la ciudad para jugarlo?

Hice un gesto de resignación.

—Por desgracia, sí. Se juega en el campo del otro equipo. Si no puedes venir, lo entiendo.

—No, por supuesto que iré —aseguró con una sonrisa—. Es imposible que no vaya. ¿Podrán ir tus padres?

—Sí, no veo por qué no. A menos que ocurra un imprevisto, allí estarán. Será el primer partido por el campeonato al que asistan, así que no se lo perderán.

Lane sonrió.

—Entonces tendrás a tres personas apoyándote. Frankie tendrá a Zach y a nuestros padres, si pueden sacar algo de tiempo. Han estado muy ocupados con un caso y no han tenido tiempo ni de respirar y menos para asistir a uno de sus partidos de hockey.

Cuando acabamos con la pizza, la acompañé al coche. Me abrazó y cuando se separó me di cuenta de lo cerca que estaban nuestros labios.

Estuve a punto de besarla, pero se apartó de repente.

—Hablares más tarde. Conduce con cuidado y dime dónde se jugará el partido.

Me quedé allí de pie, pasmado, hasta que volví en mí.

¿En qué demonios estaba pensando para casi besarla?

Como he dicho, ¡me estaba enredando demasiado!

CAPÍTULO 15



LANE

Lo único en lo que podía pensar mientras conducía de vuelta a casa era en que parecía que Heath había estado a punto de besarme. ¿O iba yo a besarle a él? Sacudí la cabeza, deseando poder controlar todo esto.

Fue una noche increíble. El equipo ganó y fui testigo de cómo mandaban a mi hermano al banquillo tras comportarse como un imbécil. Cuando me asomé desde las gradas y vi aquello no supe muy bien qué pensar.

En cuanto terminó el partido, le pregunté a Frankie qué había pasado. Reconoció lo que había hecho mal, pero no quería disculparse ante Heath. Estuve a punto de enfadarme con él cuando hablábamos junto a su coche, pero Zach intervino y nos dijo que ya estaba bien. Había sido un día de locos, así que hablaríamos al día siguiente.

Escuché su versión de la historia sólo porque quería hablar con Heath y conocer la suya. Para mi sorpresa, me coincidió casi con lo que me contó Frankie, salvo algunos detalles.

Mañana cenaríamos con mis padres después del trabajo. No me apetecía mucho porque iba a ser una reunión bastante tensa.

No era normal que Frankie y yo nos enfadáramos así. Nos hemos peleado a lo largo de los años, pero lo normal entre hermanos. Ahora, por el contrario, era como si hubiera un muro entre los dos, a pesar de estar en la vida del otro y vernos todos los días.

¡Y todo por mi falso noviazgo con Heath! Esperaba que Frankie no se pasara cuando rompiéramos, pero conociendo a mi hermano, sabía que lo haría. Siempre lo hacía.

Heath me envió un mensaje en cuanto llegó a casa. Sonreí y le envié un emoticono de corazón seguido de un «buenas noches». Él respondió con un emoticono de guiño. Di lo que quisieras sobre los mensajes, pero su comodidad y rapidez son indiscutibles.

Mi corazón palpitaba de emoción cada vez que estábamos juntos. No podía negar que estaba enamorada de él. No podía controlarlo. Era un hombre increíble, y yo nunca lo habría descubierto si aquel día no hubiera estado a punto de morir.

Era improbable que hubiéramos pasado tanto tiempo juntos sin el plan de las citas falsas. Tal vez hubiera alguna posibilidad de que lo hubiéramos hecho, pero muy remota.

Decidida a disfrutar mientras pudiera, me fui a la cama y me negué a dejar que mis preocupaciones me hundieran y me impidieran dormir bien. Al día siguiente me levanté lista para ir a trabajar. Casi no quería que acabara el trabajo porque después tenía la cena familiar.

Me presenté y oí un alboroto procedente del interior. Al escuchar con más atención, supe que era Frankie contando el partido del otro día.

—¿Mencionaste que estuviste en el banquillo el segundo período? —intervine de repente.

Palideció.

—Vete a la mierda, Lane.

Nuestra madre frunció el ceño.

—Uno, cuida tu lenguaje, y dos, ¿a qué se refiere Lane, Frankie?

—Me peleé un poco con el capitán y me envió al banquillo un periodo —murmuró—. Vale, le di un golpe en el hombro cuando salíamos de la pista en el primer intermedio, pero pensé que se estaba tirando un farol en el vestuario.

Papá suspiró.

—Frankie, ese temperamento tuyo te va a traer problemas.

—Bueno, Heath es un imbécil...

—Con el que tu hermana está saliendo así que no vamos a decir nada de él aquí —advirtió papá—. Critica lo que quieras sobre él en privado, pero no aquí. No cuando no nos has dado una buena razón de por qué te cae mal.

A Frankie aquello no le hizo ninguna gracia. Nos miró con el ceño fruncido a los tres y sólo dejó de hacerlo por la mirada de advertencia que lanzó nuestra madre.

Nos sentamos y mi madre hizo una pregunta sorprendente.

—Entonces, ¿cuándo vamos a conocerle? Lo hemos visto en partidos anteriores, pero me gustaría someterle a un interrogatorio cara a cara.

Casi me atraganto con la comida.

—¿Y lo dices así, tal cual, mamá?

—Al menos somos honestos —señaló papá.

—Estamos aún al principio de la relación y nos lo estamos tomando con calma, así que pregúntame dentro de uno o dos meses —murmuré.

Aunque Heath y yo estuviéramos saliendo, diría que era demasiado pronto para presentar a alguien a tus padres. Creo que debería pasar un mínimo de cinco o seis meses antes de pensar en hacerlo.

El resto de la cena fue muy incómodo. Cuando llegué quería hablar con mi hermano, pero ahora empezaba a pensar que no era buena idea. Cuando terminamos de comer, Frankie dio las gracias a nuestros padres y subió a su habitación. Puse los ojos en blanco, harta de sus gilipolleces.

—Ya se le pasará —me aseguró mi madre mientras me guardaba las sobras.

Yo era más que capaz de cocinar, pero había algo estupendo en comer la comida casera de tus padres. Era una de las muchas cosas que echaba de menos de vivir con ellos. ¿Pero volvería a casa por eso? No.

—Yo no contaría con ello —dije a mamá, abrazándolos a ella y a papá—. No le gusta Heath, mamá. Francamente, estoy cansada de pensar en ello. Si quiere seguir odiándolo, que lo haga. A mí ya no me importa.

Mamá frunció el ceño, pero papá la instó a dejarlo estar con un gesto.

—Ve y envíanos un mensaje cuando llegues a casa para que sepamos que has llegado bien —dijo papá, despidiéndome con una sonrisa.

Acababa de llegar a casa cuando recibí un mensaje de Heath. Me preguntaba si quería ir a cenar con sus padres. Iban a celebrar que había ganado el partido y, como era su novia, quería que yo asistiera.

No tardé en aceptar cenar con él mañana por la noche. Tenía entrenamiento con Miyu, pero después me reuniría allí con ellos en el restaurante.

Cuanto más se acercaba la cena con los padres de Heath, más nerviosa me ponía, no sé por qué. No es que no los conociera. Durante el entrenamiento con Miyu, ella pareció darse cuenta de mi inquietud porque se detuvo y me miró.

—Entrenadora, ¿estás bien?

Parpadeé.

—¿Por qué no te centras en tus saltos en lugar de preocuparte por mí?

—Pareces nerviosa —señaló Miyu—. Y puedo hacer las dos cosas.

—Entrenamos para mejorar tus habilidades para la competición, no para que te preocupes por lo que me pasa.

Miyu sonrió.

—Apuesto a que se trata de tu nuevo novio, ¿verdad? Déjame decirte que está buenísimo. Qué no daría yo por un novio jugador de hockey buenorro.

—Miyu, ¿cómo sabes eso? —pregunté, pellizcándome el puente de la nariz—. ¿Lo han puesto en el tablón de anuncios o algo así?

Rio.

—En el mundo del patinaje estamos muy unidos. Pero no lo sé por eso. Os vi besaros en las redes sociales.

—¿Lo han subido a las redes? —pregunté, tajante—. Por el amor de Dios, odio esta era moderna. No puedes estornudar sin que alguien lo sepa.

—A mí me pareció muy dulce —dijo Miyu.

Le lancé una mirada de advertencia.

—¡A patinar! Quiero asegurarme de que hemos preparado bien tu rutina, así que ¡vamos!

Suspiró y dejó caer los hombros en señal de derrota.

—Sí, entrenadora, pero si alguna vez necesitas hablar, cuenta conmigo.

Si Miyu y yo teníamos alguna posibilidad de ser amigas, sería cuando yo ya no fuera su entrenadora. No quería tener ningún conflicto de intereses. Para mí era muy importante mantener ciertos límites profesionales. De ese modo, me aseguraba seguir teniendo alumnos a los que entrenar.

Cuando terminamos, Miyu parecía tener algo en mente y yo sabía exactamente lo que estaba pensando.

—Miyu, estoy bien. Sólo tengo una cena con Heath esta noche y estoy un poco nerviosa.

Se le iluminaron los ojos.

—Oh, suena importante. ¿Se va a declarar?

Me habría atragantado con mi bebida si hubiera tenido algo líquido en la boca.

—Miyu, ¡no llevamos juntos tanto tiempo! ¿Por qué iba a declararse?

Se encogió de hombros.

—Mis padres se casaron después de dos semanas de novios, aunque para ser justos habían sido amigos durante cinco años.

—Sí, es una situación completamente diferente. Conozco a Heath desde hace unos años, pero no nos llamaría amigos hasta hace poco.

—Bueno, buena suerte y diviértete —me dijo antes de salir de la pista.

Me puse la ropa que había traído y me reuní con él en el restaurante. Heath y sus padres ya estaban allí. Temí haber llegado muy tarde y haberlos hecho esperar, que era lo último que yo quería.

—¿Lleváis mucho esperando? —pregunté, sentándome junto a Heath.

Me sonrió.

—No, en absoluto. Acabamos de sentarnos hace unos siete minutos.

Suspiré aliviada.

—Bien. Mi entrenamiento con Miyu se ha alargado un poco más de lo previsto.

Xander parpadeó.

—Oh sí, eres patinadora sobre hielo, ¿verdad?

—Antes sí—respondí—. Dejé de hacerlo hace unos años, pero ahora enseño a otros a tiempo parcial. Es mi forma de devolver algo a la comunidad del patinaje artístico.

Por suerte no se dijo nada más al respecto, así que no tuve que preocuparme demasiado. Pedimos y todo iba bien hasta que a mitad de la comida Xander recibió una llamada. Salió y cuando volvió parecía estresado.

—Papá, ¿va todo bien?

Xander suspiró.

—Ha habido un problema con la casa. Algunas tuberías han reventado y se ha inundado. Tendremos que volver lo antes posible, esta noche, o mañana por la mañana, si podemos.

—Ha ocurrido en el peor momento —suspiró Abigail—. Heath, espero que no te enfades por esto.

Parpadeó.

—¡Claro que no! Si tenéis que volver para cuidar de la casa, entonces no hay de otra. Lo que importa es que pudisteis ver mi otro partido.

—Al menos te hemos visto ganar y hemos conocido a Lane.

Sonreí nerviosa a Xander, tratando de procesar lo que estaba pasando. Volvían a casa, lo que significaba que ya no serían un problema para Heath. Ya no había razón para que continuáramos con esto... fuera lo que fuera.

Era difícil para mí pensar en otra cosa. Creo que Heath notó mi inquietud, porque no dejaba de lanzarme miradas preocupadas.

Todo sucedió como en un sueño: el postre, pagar la comida, despedir a los padres de Heath.... Dijeron que cogerían el siguiente avión, sin importar el precio, porque tenían que volver a casa.

Heath me acompañó al coche y me miró con el ceño fruncido.

—Lane, ¿va todo bien? Es como si tu cabeza estuviera a un millón de kilómetros.

Parpadeé.

—Sí, estoy bien... en realidad, no, no lo estoy. No estoy bien.

—¿Qué te pasa? Sabes que puedes contarme cualquier cosa.

—Tus padres vuelven a casa. Podemos mantener la mentira hasta que termines la temporada, pero no hay razón para que sigamos actuando como una pareja —solté—. Al menos no delante del equipo.

Lo decía como si lo estuviera sugiriendo, pero no era así. Lo decía con pánico. Lo último que quería era que esta relación terminara, aunque no fuera real. Antes pensaba que Heath no estaba interesado pero últimamente me lo había estado cuestionando.

No había podido afrontarlo, así que no me lo había planteado hasta ese preciso momento.

Heath permaneció en silencio. Su rostro no traslucía ninguna emoción, lo que me puso nerviosa. Al menos me miró a los ojos.

—Yo... supongo que podemos empezar a correr la voz al equipo y a todos los que nos rodean —sugirió en voz baja—. Quiero decir, no hay razón para que piensen que seguimos saliendo.

Cuando acabe la temporada se lo diré a mi familia.

Tragué saliva.

—Entonces, ¿estamos rompiendo?

—¿Se puede romper si nunca hemos estado juntos?

—No tengo fuerzas ahora de responder a esa pregunta, Heath —respondí en el mismo tono—. Si el equipo pregunta, sacaremos el tema. Lo mismo con mi familia. No me voy a esforzar en decir nada, pero lo de actuar como una pareja se ha acabado. No hay razón para que sigamos haciéndolo.

Asintió despacio.

—No, ninguna.

—De todos modos iré al partido. Quiero animaros a ti, a Frankie y al resto del equipo.

—Lane, no tienes que...

Fruncí el ceño.

—Voy a ir, así que mándame un mensaje con los detalles cuando sepas dónde es. O siempre puedo preguntarle a mi hermano si decide volver a hablarme.

Los dos nos quedamos incómodos delante de mi coche, sin saber qué hacer, qué decir o si marcharnos. De repente, me dio un fuerte abrazo que le devolví vacilante.

—Gracias por hacer esto por mí. Me ha quitado un montón de estrés de encima y no recuerdo la última vez que mis padres han estado tanto tiempo conmigo sin sacar el tema de tener una compañera. Ha sido estupendo.

Sonreí con dulzura.

—Como te dije hace semanas, era lo menos que podía hacer después de que me salvaras y, para que lo sepas, tu secreto está a salvo conmigo. Nunca le diré a nadie que eres como Teen Wolf.

—Yo no soy como Teen Wolf —replicó—. Ese tío juega al baloncesto. Yo juego al hockey. Hay una gran diferencia.

—Pero los dos sois deportistas.

Frunce el ceño.

—¿Vas a empezar a llamarme Teen Wolf?

—Puede que sí, dependiendo de cuándo nos veamos en la pista.

Con el final de la temporada de hockey, vería aún menos a Heath. Odiaba pensarlo pero, ¿qué podía hacer? Estábamos rompiendo.

—Sabes que aún podemos estar juntos fuera de la pista, ¿verdad? —sugirió—. Somos amigos.

No sabía si podría salir con Heath como simples amigos, al menos no todavía.

—Sí, por supuesto —murmuré—. Bueno... debería volver a casa. Que pases buena noche y recuerda, mándame un mensaje cuando lo sepas.

—Lo haré.

Se despidió de mí con la mano y se dirigió a su coche.

Lo vi alejarse mientras yo me quedaba sentada en el coche con el corazón encogido durante unos minutos, tratando de recomponerme. Mierda, ¿por qué me dolía tanto? Vale, era una pregunta estúpida. Sabía por qué.

Mis sentimientos por Heath eran auténticos. Creo que siempre estuve enamorado de él, desde hacía tres años. Pero pasar tiempo con él había hecho que se intensificara. ¿Le quería? No lo sabía. Pero sí sabía que sentía algo muy fuerte por él. Si hubiéramos estado juntos unas semanas

más, se habría convertido en amor.

Volví a casa sintiendo que se me había roto el corazón. La última vez que me sentí así fue cuando rompí con uno de mis novios de la universidad, pero no fue tan duro ni me sentía tan mal como ahora. Era sólo el ejemplo más cercano que se me ocurría de la última vez que me sentí así.

Frankie estaría encantado de saber que habíamos roto. Esto me hizo refunfuñar y maldecir a mi hermano en voz baja. Era mejor no decirle nada hasta que terminara la temporada. Así no tendría que oír sus gilipolleces y no volvería a pelearse con Heath.

Y pensar que la otra noche estaba sentada en la pizzería disfrutando de una comida con Heath, mi novio de mentira. Esa era la palabra clave aquí. Era mi novio de mentira. Ahora era mi ex novio de mentira.

Como había dicho Heath, ¿se puede romper si nunca se ha estado juntos de verdad?

Cuando llegué a casa estaba hecha polvo. Me tiré en la cama sin quitarme la ropa y así dormí, tumbada encima de las sábanas sin molestarme siquiera en meterme debajo de ellas.

Aquí estaba yo, destrozada por una relación que nunca fue. Sería duro verlo en la pista. Pensé en ir a otra por el momento. Eso sería algo que me tendría que plantear.

O, si decidía quedarme en la pista, intentaría programar los entrenamientos cuando el equipo de hockey no entrenara. No tendría que ajustar mucho mi horario, ya que el último partido se jugaría en unos días.

Todavía tenía la intención de ir al verlo. Heath no tendría a su familia en las gradas para animarle. Necesitaba a alguien a su lado y si debía ser yo, que así fuera.

CAPÍTULO 16



HEATH

No fui directamente a casa. Estuve conduciendo sin rumbo durante un rato antes de darme cuenta de lo que hacía. Mi mente iba a mil por hora. ¿Qué demonios acababa de pasar? ¿Había roto con mi falsa novia? ¿Y por qué tenía el corazón tan roto?

Esto me confirmó que Lane nunca tuvo sentimientos románticos hacia mí. Era yo quien los tenía, lo cual no era culpa de ella. No fue culpa suya que me enamorara tan profunda y rápidamente de ella.

¿Dónde se había estropeado todo? Creo que aceptar su loco plan fue el principio, pero en aquel momento me pareció una buena idea. Me quitaba a mis padres de encima y me permitía centrarme en el hockey.

Y había salido bien. Los Blizzard Blitzes estábamos tan cerca de ganar el campeonato que todos los del equipo podíamos saborearlo. Además, creo que mis padres y yo nos habíamos acercado un poco más, ya sin el peso de la amenaza de que me echaran de la manada.

Al final fui a casa y me quité los zapatos. Fue lo único que conseguí hacer antes de meterme bajo las sábanas. Por la mañana recibí la información que había estado esperando. El partido se celebraría a una hora de distancia, en la ciudad del equipo, porque jugábamos en su campo.

¿Resultaba intimidante? Sí, claro. Además, odiaba los partidos fuera de casa, pero quizá me vendría bien salir de la ciudad. Una oportunidad para aclararme.

Hasta que recordé que Lane estaría allí animándome. Le pregunté si iba a ir, pero dejando claro que no la necesitaba allí. Era sólo un bonito detalle.

Cogí mi teléfono y busqué el número de Lane. Podría no enviarle la información; así ella no tendría que conducir hasta allí y yo evitaría cualquier encuentro incómodo con ella.

Al final se enteraría por su hermano. Además, frecuentábamos la misma pista de patinaje, así que los detalles del partido acabarían llegando a sus oídos.

Le envié un mensaje rápido con la información. No recibí respuesta, pero eso no significaba que no lo hubiera recibido. Dada la hora, Lane probablemente estaba trabajando. El siguiente mensaje que envié fue al chat de grupo del equipo. Se habrían enterado esta tarde en el entrenamiento, pero no estaba de más decírselo con antelación.

Me contestó hacia el mediodía diciéndome que ese día lo tenía libre, así que no tenía que cambiar mucho su agenda. No voy a mentir, me alegró saberlo.

El tiempo que permanecí en la cama aquella mañana fue un poco bochornoso. Ni siquiera me cambié la ropa de la otra noche hasta cerca de las dos.

Cuando llegué a la pista, casi todo el equipo estaba allí. Llegué un poco tarde, pero eso fue culpa mía. Actuar como un cachorro enamorado, sin querer hacer un juego de palabras, por una

mujer con la que ni siquiera estaba saliendo era contraproducente.

—¡Hola, Capi! —gritó Luis, corriendo hacia mí y rodeándome con el brazo—. Me preguntaba si ibas a aparecer. ¿Tienes noticias?

Logré esbozar una débil sonrisa

—Sí, nuestro último partido será fuera, así que preparaos para hacer las maletas. El entrenador ya está reservando el autobús y contratando al conductor. Haremos un poco de carretera, pero al menos es el último partido de la temporada.

—EL partido de la temporada —replicó Luis—. Pero, ¿sabes qué? Creo en nosotros. Lo vamos a hacer genial y les vamos a meter una paliza.

Reí entre dientes.

—Mantén esa actitud, Luis. Ayudará a levantar la moral del resto del equipo.

Él frunció el ceño y se acercó mucho a mí.

—Oye, Capi, ¿estás bien? Parece que le estás dando vueltas a algo.

—Luis, estamos a punto de jugar por campeonato. Por supuesto que le estoy dando vueltas.

Me miró.

—Heath, vamos. Sé cómo es cuando te preocupas por el equipo. Y no estás así.

—¿Y cómo estoy? —pregunté, curioso por lo que iba a decir.

—Pareces destrozado —respondió—. Como si te hubieran arrancado el corazón del pecho y lo hubieran pisado... Dios mío, lo siento mucho. Te han roto el corazón. ¿Creías que no lo vería? ¿Por qué crees que me mudé aquí? Mi novia rompió conmigo y quería poner la mayor distancia posible entre nosotros.

Me lo quedé mirando.

—Luis, respira. Estás empezando a ponerte un poco rojo por la falta de oxígeno. Necesito que respires hondo y luego puedes terminar lo que querías decir.

Luis hizo lo que le pedí y sonrió nervioso.

—Lo único que quería añadir es que siento haber sacado el tema, pero si quieres hablar de la ruptura, aquí me tienes.

—Yo... gracias, Luis.

Esto le confirmó a Luis que habíamos roto, por así decirlo. Me dio un abrazo que me hizo suspirar. Le devolví el abrazo y me alegré de que el resto del equipo estuviera en los vestuarios. Si lo veían, sabrían que algo iba mal y empezarían a hacer preguntas.

Luis pareció satisfecho de que aceptara su ayuda si era necesario y se dirigió a los vestuarios. A pesar de mis problemas, pude concentrarme bastante bien en el entrenamiento y repasar todas las jugadas que podríamos utilizar en nuestro partido final. Fue bueno ver que la mayoría de ellos no parecían nerviosos, sino entusiasmados.

Me gustó verlo, a pesar de todos los sentimientos que me recorrían en aquel momento. Suspiré para mí cuando terminó, casi aliviado de poder irme a casa y relajarme una noche más antes del último partido.

El momento se rompió cuando uno de los chicos habló.

—Hola Capi, siento lo de tu ruptura con Lane. Pero estas cosas pasan. Como dice mi padre, hay otros cangrejos en el mar.

—Josh, no seas estúpido. Se dice, hay otros «peces» en el mar —le corrigió otro.

Los ignoré por completo. En otras circunstancias me habría reído y lo habría encontrado divertido, pero ahora era demasiado consciente de que se había descubierto el pastel, por así decirlo. Para empeorar las cosas, ahora Frankie me estaba fulminando con la mirada.

Estupendo. Esto sólo aumentaría los problemas entre nosotros.

—Frankie, sólo di lo que tengas que decir. Estoy cansado y han sido unas horas duras, ¿de acuerdo? —murmuré—. Sí, tu hermana y yo hemos roto, pero somos adultos. Es asunto nuestro y lo que es más importante, estas cosas pasan. Si hablas con Lane entenderás que fue una ruptura de mutuo acuerdo.

No creo que Frankie esperara que sonara tan derrotado. Parpadeó y dio un paso atrás.

—Se lo preguntaré a ella. Como le hayas roto el corazón te las verás conmigo.

Por una vez alguien no estaba respondiendo a su ira, y creo que no sabía cómo lidiar con ello. Fuera cual fuera el motivo, retrocedió; parecía inquieto. Yo no dudaba de que él hablaría con Lane, pero sabía que ella le contaría la misma historia que yo. Rompimos de mutuo acuerdo, fin de la historia.

Luis me siguió desde los vestuarios hasta el aparcamiento.

—¡Maldita sea, Heath! Pensé que Frankie te lo iba a hacer pasar mal ahí dentro, pero no lo hizo! Quizá por fin se da cuenta de que lo que pase entre vosotros dos es cosa vuestra.

—Tal vez —murmuré.

Frunció el ceño.

—Oye, ¿quieres ir a comer algo? ¿O venir a mi casa y pasar el rato? Parece que no quieres estar solo.

Estuve a punto de aceptar. La oferta era tentadora, y no quería dejar fuera a Luis. Pero necesitaba despejar la mente. Conduciría hasta el parque y saldría a correr. Sería una buena manera de despejar la mente.

Y cuando digo correr, no me refiero a trotar para aumentar mi ritmo cardíaco. Cambiaría a mi forma de lobo e iría a dar un paseo. El parque tenía una gran zona boscosa donde podía correr sin que me vieran. Además, aún había mucha nieve, así que no habría nadie por allí.

Conduje hasta el parque con la cabeza a mil por hora. Joder, ¿por qué no podía quitarme a Lane de la cabeza? Cada vez que lo intentaba volvía a pensar en ella. ¿Qué habría pasado si hubiéramos salido? Lane sabía que yo era un hombre lobo, así que no tenía que preocuparme por eso.

El recuerdo de lo que ocurrió en el vestuario seguía rondando por mi mente. Pero no sólo eso. Repasaba cada momento que habíamos pasado juntos: cuando estábamos juntos, cuando íbamos en coche o teníamos citas. Sentí que era una relación de verdad, y ahí fue donde me equivoqué.

Nunca lo fue. Lane y yo estuvimos de acuerdo desde el principio. Gemí mientras salía del coche y cambiaba a mi forma de lobo. El sol ya se había puesto, lo que jugaba a mi favor.

Corrí hasta que me dolieron las piernas y mis músculos protestaron. Cuando sentí que me había despejado lo suficiente, volví a mi forma humana y regresé al coche. Aunque me sentía mejor, estaba cansado. No era un buen momento para estarlo cuando al día siguiente jugábamos fuera de casa.

En eso era en lo que tenía que hacer, centrarme en el partido. Si ganábamos, garantizaríamos la supervivencia de los Blizzard Blitzes. La gente no quería patrocinar a un equipo perdedor. Yo no había dicho nada al resto de los chicos, pero el entrenador me había contado que los patrocinadores estaban considerando retirar la financiación.

Lo entendía. Llevábamos años sin ganar, hasta este año. Había mucho en juego, pero no quería decírselo al equipo porque les causaría mucho estrés. Como capitán, yo tenía que protegerlos y asegurarme de que tuvieran la cabeza en el partido. Naturalmente, no la tendrían si se preocupaban por la disolución del equipo.

Para mí era diferente. Podía manejarlo porque era capitán y sabía lo que se esperaba de mí. Si por alguna razón no hubiera podido afrontarlo, hubiera dejado de serlo, porque afectaría negativamente a mi equipo. Lo más importante en mi vida ahora mismo era el hockey y mi equipo.

Lane... no. No, no quería pensar en ella ahora mismo y enredarme de nuevo en la espiral que me había llevado a salir a correr.

Aunque me costó un poco, pude dormirme. Por la mañana me levanté y cogí mis cosas. Habíamos quedado en la pista y desde allí subiríamos al autobús. Para mí no era el mejor medio de transporte; prefería el tren, aunque el autobús era mejor que el avión.

Para mi sorpresa, fui el primero en llegar, aparte del entrenador, claro. Me vio y sonrió.

—¡Buenos días, Heath! ¿Cómo te encuentras?

—Bastante nervioso, pero listo para terminar esta temporada. Hemos llegado más lejos de lo que nadie pensaba.

El entrenador sonrió.

—Claro que sí. Habéis estado muy bien este año. Aunque seré el primero en decir que siempre lo habéis dado todo. Los últimos años hemos tenido mala suerte y no nos la podíamos quitar de encima. No hasta que llegaste tú, Heath.

Resoplé:

—Entrenador, no desprecio lo mucho que has hecho por nosotros. Sin ti, este equipo no habría podido mantenerse unido en los últimos años.

Llevaba más de una década entrenando al equipo de hockey. Algunos entrenadores lo habrían dejado hacía tiempo, pero no el nuestro. Yo le admiraba por eso, porque amaba su trabajo. ¿Por qué si no iba a seguir tanto tiempo?

No pagaban bien, pero él trabajaba a tiempo completo en el instituto enseñando matemáticas. Era un empollón de las matemáticas al que se le daban muy bien los deportes. Una gran combinación, como le encantaba decir.

—Ojalá lleguen pronto —murmuré mientras le entregaba la maleta al conductor.

Unos veinte minutos después llegaron Frankie y Luis y luego poco a poco el resto del equipo. Pronto estuvimos todos listos para irnos.

—Recordad que lo único que importa es que juguemos este partido lo mejor que podamos. Eso es lo único importante ahora.

El equipo estaba entusiasmado. Me alegré de que no estuvieran nerviosos por el partido, o quizá lo disimularan bien.

Elegí un asiento enfrente del entrenador. Durante el trayecto, ambos repasamos las jugadas para ultimarlas todo. Cuando terminamos, me dijo que me fuera a dormir. Iba a decirle que no, pero por la mirada que me lanzó, decidí no hacerlo.

—Heath, eres el capitán. De todos, tú eres quien más necesitas dormir, así que descansa mientras puedas.

Fruncí el ceño.

—El partido no es hasta esta noche.

—Sí, ¿y qué? No tendrás tiempo de descansar después de registrarnos y deshacer las maletas, porque tendremos que salir hacia la pista.

—Vale, entrenador, intentaré dormir un poco.

Sonrió.

—Bien.

Conseguí dormir algo, aunque íbamos por carreteras llenas de baches. Cuando me desperté, estábamos llegando al aparcamiento del hotel.

El hotel que habían contratado los patrocinadores era bastante agradable. Tenía tres estrellas, lo que suponía una gran diferencia con respecto a otros en los que nos habíamos alojado durante nuestros partidos fuera de casa, la mayoría moteles baratos. Este era increíble. Sabía que sólo pasaríamos una noche allí, pero estaba deseando dormir en una de las camas.

—¡Venga chicos, hora de registrarnos e ir a nuestras habitaciones!

Algunos murmuraron entre dientes que no eran chicos, pero el entrenador tenía cincuenta y cinco años, lo bastante mayor como para ser nuestro padre, incluso nuestro abuelo en algún caso.

Me reí y les hice un gesto para que me siguieran. Nos registramos en las tres habitaciones que nos consiguieron los patrocinadores. Cuando entramos, no podía creer lo grande que era. Nunca había visto una habitación de hotel de ese tamaño. Pero claro, tenían que alojar a un grupo de jugadores de hockey, así que supongo que tenía sentido conseguir habitaciones en las que cupiéramos todos.

La noche llegó casi sin darme cuenta. Fuimos en coche a la pista y también me sorprendió lo grande que era. La de casa tenía un tamaño decente, porque estaba en una ciudad bastante pequeña, pero esta ciudad era más grande y se notaba que lo habían dado todo al hacer la pista.

Algunos miraban al hielo y otros a las gradas mientras yo buscaba los vestuarios para cambiarnos.

Una de las ventajas de jugar fuera de casa es que eres un invitado. Era una forma más agradable de decir que eras forastero, pero yo prefería invitado, porque técnicamente lo éramos.

Miré hacia las gradas. Ya había algunas personas sentadas, y una de ellas era Lane. Me quedé rígido y todos los sentimientos que había estado tratando de contener se despertaron dentro de mí.

Era estúpido sentirse así cuando fui yo quien la invitó. Ella habría estado aquí de todos modos para apoyar a Frankie. A su lado estaban sus padres y Zach. Era una mierda no tener a nadie de mi familia apoyándome, pero vivían lejos de la ciudad. No había nada que pudiera hacer al respecto.

Si mis padres no hubieran tenido aquella emergencia en casa, habrían estado aquí. Lo dejaron bastante claro la última vez que hablamos.

Mi mirada se detuvo en Lane más de lo que pretendía. Tuve que dejar de mirarla porque tenía que llegar a los vestuarios. Una vez allí, sacudí la cabeza con fuerza, como si eso fuera a sacar a Lane de mi cabeza.

—Oye, ¿qué te pasa? —oí decir a alguien que, para mi sorpresa, resultó ser Frankie.

No habíamos hablado mucho desde que lo mandé al banquillo en el último partido. Todavía me sentía mal por ello, porque nunca debí amenazarle con dejarle allí. Si no lo hubiera hecho, Frankie no me habría desafiado. Ambos estábamos equivocados, pero, como capitán, yo no debería haber abusado de mi posición.

—¿Qué? Nada. Estoy bien.

Frankie levantó una ceja.

—¿Estás seguro? Porque pareces distraído, Heath, y no es el mejor momento para eso.

—Estoy bien, Frankie. Cámbiate, ¿vale?

—Si tú lo dices...

CAPÍTULO 17



LANE

Estaba enamorada de Heath. No importaba cuántas veces me lo repitiera, parecía que no podía aceptarlo. Era evidente. No hacía falta ser adivino para darse cuenta de que siempre había sido mi crush y de que ese sentimiento se había convertido en algo que nunca imaginé.

La noche después de romper, si se puede llamar así, yo era un auténtico desastre. Apenas dormí y al día siguiente estaba zombi. Heath se puso en contacto conmigo para contarme lo del partido. Por un momento me emocioné, hasta que me di cuenta de por qué me había escrito.

Sólo quería decirme cuándo era el partido. Una parte de mí pensó que tenía que significar algo porque no había ninguna razón para que me lo dijera, cuando él ya sabía que yo iría a apoyar a Frankie. Incluso mis padres iban a ir, pero aun así me alegré de tener noticias suyas.

Quería verlo. Quería decirle que fui una idiota por haber sugerido el plan de las citas falsas, porque sólo había conseguido enamorarme aún más de él.

Cuando llegó la hora de ir al partido, mis padres se dieron cuenta de que pasaba algo, porque mi madre me llevó aparte para hablar conmigo.

—¿Va todo bien? Pareces distraída, Lane.

Hice una mueca. ¿Tan evidente era? Yo no era el tipo de persona que exhibe sus emociones, prefería parecer más equilibrada, mostrando algo de emoción, pero no tanto como para que me delatara.

—Sí, estoy bien —respondí.

Mamá frunció el ceño:

—Lane, ¿crees que me puedes engañar? Soy tu madre. Si alguien puede saber si algo te ocurre soy yo, cariño.

—Además, somos abogados —intervino mi padre—. Sabes mentir mucho mejor, así que debe ser algo grave, con lo que no puedes lidiar.

Fruncí el ceño.

—Gracias, papá.

Mis padres podían ser un poco raros. Cualquiera pensaría que ellos no criticarían lo mala que era mintiendo, pero mis padres sí lo hacían. Pensaban que, si yo iba a mentir, debía hacerlo bien y así evitar el castigo.

—Entonces, ¿qué es? —preguntó mamá de nuevo.

—Os lo contaré más tarde, ¿de acuerdo? No quiero hablar de eso ahora.

Papá sonrió y me dio un beso en la cabeza.

—Me parece bien. Cuéntanoslo cuando estés lista.

Me subí al coche de mis padres y de repente me arrepentí de haber aceptado ir con ellos. Lo

hice para ahorrar gasolina y pasar un rato agradable los tres juntos.

El trayecto no fue muy largo, pero estar tanto tiempo en el coche con mis padres me recordó a las vacaciones en familia. Normalmente mis padres iban en coche, si podían. Nos decían a Frankie y a mí que era una forma de estrechar lazos familiares, pero Frankie y yo comenzamos a temer aquellos viajes según nos hacíamos mayores.

Me sentí aliviada cuando llegamos. Miraba a mi alrededor, por si veía a Heath. A Frankie también, por supuesto, pero buscaba sobre todo a Heath. No es que tuviera nada en contra de mi hermano; simplemente lo veía a todas horas y, al fin y al cabo, era de Heath de quien estaba enamorada.

Aunque vi el autobús en el que viajaban, no los vi ni a él ni a mi hermano, por lo que mamá, papá y yo fuimos a las gradas y nos sentamos en las delanteras. Mientras estábamos allí, vi a Heath. Se dio cuenta de mi presencia porque su mirada se clavó en mí, y era incapaz de mirar hacia otro lado.

Deseaba mirarlo con todas mis fuerzas, pero decidí quedarme mirando la pista. Mis padres no se dieron cuenta. Hablaban entre ellos y no me prestaban atención ni a mí ni al equipo que entraba en los vestuarios.

Divisé a mi hermano cuando se volvió también hacia las gradas, pero miraba a Zach, que había llegado solo y se había sentado junto a mi padre.

Ojalá pudiera estar ahí para Heath como Zach estaba para Frankie. Todo lo que haría falta sería confesarle mis sentimientos, pero eso era una tontería. Él probablemente no sentía lo mismo por mí. O, si sentía algo, no era tan fuerte. Me lo repetía una y otra vez, pensando que así comprendería lo tonto que era seguir adorándolo.

Sin embargo, mi mente seguía centrada en Heath. La mente es muy complicada.

—¿Estás emocionada? — preguntó mamá, lo que me hizo dar un respingo.

No esperaba que me hablara, así que me sorprendió un poco.

—¿Qué?

Levantó una ceja.

—Te he preguntado si estabas emocionada. ¿Va todo bien?

—¿Quieres decir, además de lo que no quiero hablar todavía?

—Sí —reconoció.

Suspiré.

—Mamá, aparte de eso estoy bien. Sólo quiero lo mejor para el equipo. Han llegado muy lejos y me imagino que ahora mismo están muy nerviosos.

—Antes de que tu hermano se fuera hoy parecía bastante contento y listo para jugar hoy — repuso—. No creo que le gustara madrugar, pero al menos no llegó tarde.

Resoplé.

—No todo el mundo puede ser como yo, mamá.

—Todo el mundo podría ser más puntual.

A mamá le encantaba que fuera puntual. Siempre me elogiaba por ello. Puede parecer algo extraño elogiar a un hijo, pero ya he dicho que mis padres eran raros. Era algo que había descubierto desde muy pequeña.

Cuando por fin empezó el partido, se me revolvió el estómago. Estaba nerviosa por todo el equipo. Habían llegado demasiado lejos para fracasar ahora. Heath me había dicho en privado que los patrocinadores estaban pensando en echarse atrás.

El otro equipo parecía dispuesto a derrotar a los Blizzard Blitzese impedirles ganar su primer

trofeo de campeón en años. Creo que había pasado una década o así.

Pero Heath era un gran capitán y yo sabía que había puesto toda su energía en hacerlo lo mejor posible cada temporada. No debió de ser fácil con el estrés añadido de sus padres y Frankie.

Las cosas siempre estuvieron tensas entre ellos, sobre todo desde su último encontronazo en el hielo. No había hablado con Frankie de ello, aparte de cuando me contó su versión de lo que había pasado. Lo mismo ocurría con Heath. Ambos estaban equivocados.

Para mi consternación, el otro equipo acabó ganando el cara a cara. Fruncí el ceño y observé con atención. Noté que Heath no parecía estar en su mejor momento. Parecía distraído; lo percibía incluso desde donde yo estaba. Él ya se había enfrentado antes a algunas de las jugadas que estaba haciendo el otro equipo.

Recuerdo que no dejaba de pensar en formas de sortear aquellas jugadas en concreto. Pero, por alguna razón, Heath no parecía acordarse de ello. ¿Por qué estaba tan distraído?! No podía entenderlo.

Todos los que habíamos venido a animar a los Blizzard Blitzes estábamos desolados por lo que estábamos viendo ahora mismo. Deseé poder ir corriendo a hablar con él y averiguar qué le ocurría.

¿Era por mi culpa? ¿Se habrían enterado sus padres de que nuestra relación era falsa o ya sabían que habíamos roto? No sabía si era así, pero mi mente necesitaba encontrar una respuesta.

Cuando el otro equipo marcó un gol, gritaron de júbilo, pero los nuestros respondieron con gritos de rabia. No queríamos verlo. Yo sabía que el deporte era así, que por muy bueno que te consideraras, tu equipo podía perder. Sin embargo, ¡yo sabía que algo iba mal! Heath no estaba actuando como el increíble jugador de hockey que yo sabía que podía ser.

—No pasa nada —me susurró mamá, pillándome desprevenida—. Estoy segura de que podrán remontar.

Fruncí el ceño.

—Mamá, este período no ha terminado todavía. Todavía hay tiempo para que marquen un tanto.

—Lane, sólo digo que si no lo consiguen, no deben tomárselo tan a pecho. Todavía pueden ganar.

—Pero mamá, algo le pasa a Heath —admití por fin—. Puede que no tú no lo notes, pero yo los veo entrenar varias veces a la semana. Reconozco cuando tienen un mal día y también cuando tienen uno bueno.

Ella frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Está distraído por algo. No está jugando como de costumbre y, desde luego, no lo está dando todo. Sé que eso no ocurriría si no estuviera muy preocupado por algo.

—Bueno, como he dicho, sólo es el primer período, Lane. Veamos el partido.

Cuando terminó el primer periodo no me sentía mejor. Me mordí el labio inferior, triste por lo que estaba ocurriendo.

Cuando llegó el primer descanso, vi a Frankie acercarse a Heath. Le estaba gritando. El entrenador señaló en dirección a los vestuarios y parecía enfadado. Me invadió una oleada de pánico. Estaban solos en el vestuario y enfadados el uno con el otro.

Esto no acabaría bien. No hacía falta ser un genio para darse cuenta.

Antes de darme cuenta de lo que hacía, me levanté y envié un mensaje de texto al primer

miembro del equipo que encontré entre mis contactos, que resultó ser Luis.

«Luis, ¿puedes acompañarme a los vestuarios? Se van a pelear y quizá yo pueda calmarlos».

Luis me respondió con un pulgar hacia arriba. Suspiré aliviada y me dirigí hacia allí. El árbitro no parecía dispuesto a dejarme entrar, pero Luis pudo meterme sin apenas problemas.

—Yo me encargo. ¿Cuánto tiempo tengo?

Luis hizo un gesto de preocupación.

—Quince minutos y contando.

—No te preocupes. Yo me encargo. Se estarán abrazando cuando terminen los quince minutos.

Parpadeó.

—Lane, confío en ti, pero no deberías ponerte metas inalcanzables.

—Luis... no importa. Te veo en un rato.

Cuando llegué a la puerta de los vestuarios oí gritos. No lo dudé antes de entrar y correr hacia ellos.

—¡Dejadlo ya, joder! —grité, pillando a ambos por sorpresa—. Frankie, ¿qué significa esto? Se quedó boquiabierto.

—¿Me tomas el pelo? Este tío está distraído y no lo está dando todo durante el puto partido del campeonato, ¿y tú vas a por mí?

—Sí que estás distraído —respondí suavizando mi tono—. Heath, ¿qué te pasa? No es propio de ti distraerte así mientras juegas.

Me dio la impresión de que hubiera deseado estar en cualquier otro sitio menos aquí.

—¡Heath, vamos! —estalló Frankie.

—No puedo dejar de pensar en ti, Lane. No puedo hacerlo y me estoy volviendo loco. No dejo de pensar en lo estúpido que fue que rompiéramos, lo que me lleva a pensar que nuestro plan de la falsa relación tampoco fue una gran idea.

Frankie parpadeó.

—Espera, ¿qué?

—No estábamos saliendo de verdad, pero te lo explicaré más tarde. De todas formas, sigue, Heath.

Hizo una mueca.

—Fue una estupidez, pero sin ella nunca me habría dado cuenta de que estaba enamorado de ti. Pero tú no lo estás de mí...

Esta vez parpadeé.

—Heath, estoy totalmente enamorada de ti. Muchísimo.

—Oh

Frankie gimió.

—Dios mío, vosotros dos sois los idiotas más grandes que he conocido. Mira, Heath, no me importa una mierda si quieres seguir saliendo con mi hermana. No es asunto mío, excepto cuando te distraes en la pista.

—¿Algún consejo? —preguntó Heath, cogiendo a Frankie con la guardia baja.

—Habla con Lane, resuelve todo lo que puedas durante el resto del intermedio y métete en el partido —respondió—. ¡Estamos muy cerca de ganar, Heath! Sé que te odiarás a ti mismo si no das lo mejor de ti.

Heath sonrió, divertido.

—Gracias, Frankie. Dejemos toda esta mierda atrás. Sé que no podremos enterrar el hacha de

guerra con una sola conversación, pero es un comienzo.

—Sí, estoy de acuerdo.

Las cosas no se habían resuelto. Frankie se marchó, dejándonos a los dos en el vestuario. No nos quedaba mucho tiempo, pero quería hablar con Heath antes de que volviera a salir.

—Heath...

Se abalanzó sobre mí y me besó con fuerza. Jadeé y me arqueé contra él. El beso era muy apasionados y empezó a arrancarme sonidos que no debería hacer. Tardé un poco, pero al final lo aparté.

—Lo siento —murmuró en el tono más bajo que le había oído nunca—. Necesitaba hacerlo para asegurarme de que esto es real y está pasando.

Sonreí, le cogí la mano y la apreté.

—Confía en mí, es real. Te quiero. Aún tenemos mucho de qué hablar, pero lo haremos esta noche. Supongo que después saldréis a celebrarlo.

—Vamos a celebrarlo pase lo que pase porque nadie, ni yo mismo, pensaba que llegaríamos hasta aquí, joder.

Volví a apretarle la mano.

—Asegúrate de recordar lo que dijo Frankie y mantén la cabeza en el juego.

Sonrió con satisfacción.

—Lo haré. Sólo necesitaba a tu testarudo hermano para que me lo metiera en la cabeza.

—Creo que yo también ayudé un poco —murmuré.

Heath me besó con dulzura.

—Será mejor que vuelvas a tu asiento. Tengo que volver antes de que Frankie vuelva y empiece a gritar otra vez.

—Y ninguno queremos eso.

Volví a toda prisa a mi asiento, justo cuando se terminó el descanso. Mi madre me miró confusa y preocupada.

—¿Está todo bien? No se habrán peleado, ¿verdad?

Negué con la cabeza.

—No, lo han hablado. Tampoco creo que vaya a haber más peleas entre ellos desde ahora.

—¿De verdad? Me sorprende mucho oír eso. Si mal no recuerdo, nunca se han llevado bien.

—Luego te lo explico —repliqué, riendo.

Mientras me acomodaba en mi asiento, volví la mirada hacia el equipo. Por fin volvían al hielo y mis ojos se posaron al instante en Heath. Tenía mucho mejor aspecto ahora. Ya no parecía distraído ni con la mente en otra parte, sino dispuesto a conseguir la victoria.

El segundo periodo fue mucho mejor que el primero. Acabaron marcando su primer punto y fue increíble. Todos los que íbamos con nuestro equipo vitoreamos. Fue increíble. Me sentí muy orgullosa de que hubieran conseguido darle la vuelta.

A partir de ahora, si conseguían mantener el ritmo, tendrían muchas posibilidades de ganar. Ni siquiera necesitaban anotar otro punto en este periodo, tan sólo mantener el empate. Luego, en el último período, si anotaban un punto más, ganarían el campeonato.

Estaba contenta de que hubieran llegado tan lejos, pero mentiría si no admitiera que deseaba que ganaran. Al final del segundo periodo, seguían empatados con el otro equipo. Joder, las posibilidades de ganar se estaban volviendo reales. Demasiado.

Mamá me pasó un brazo por el hombro y me abrazó.

—Cálmate, Lane, piensa en positivo. Sólo queda un periodo y si consiguen un punto, lo

habrán conseguido.

Casi me arrepentí de no haber reservado un hotel aquí. Tras el partido conseguiría una habitación si podía. Así Heath y yo podríamos ir allí y pasar algún tiempo juntos después del partido. Ni siquiera era por sexo. Realmente quería estar con él.

Teníamos mucho de lo que hablar: nuestra relación, lo que ambos queríamos... Yo sabía lo que Heath buscaba. Una compañera y, siendo honesta, por mí estaba bien. Aún no estaba preparada para ser su compañera, pero sí estaría dispuesta a comprometerme con él algún día.

Sus padres nunca se darían cuenta de que algo iba mal porque no les dijimos que habíamos roto. Quizá algún día Heath y yo tendríamos que contarles toda la historia.

¿Cómo reaccionarían cuando descubrieran que Heath y yo no estábamos juntos cuando los conocí? Podrían enfadarse, pero, en mi opinión, eran gente estupenda. Con el tiempo lo entenderían.

La gente podría argumentar que era una tontería decírselo, pero a mí me gustaba ser sincera. Sabía que algún día se nos escaparía algo sin querer, así que era mejor decirles la verdad.

Me mordí el labio y me retorcí en el asiento mientras esperaba el comienzo del tercer y último periodo. Deseaba que no quedaran empatados y se fueran a la prórroga. Quedaban tres segundos cuando Frankie consiguió el disco y contuve la respiración. Era el que estaba más cerca de la portería y tenía una gran oportunidad ahora mismo.

Vi como Frankie lanzaba el disco como cámara lenta. Voló hacia la portería y por mucho que lo intentó el portero del otro equipo, no pudo detenerlo.

Todo el mundo se quedó en silencio hasta que nos dimos cuenta de que los Blizzard Blitzes habían ganado. Habían ganado el campeonato. Sus posibilidades de seguir ganando temporadas eran enormes.

Me levanté de un salto y vitoreé con todos los demás. Los chicos se abrazaban y disfrutaban de su victoria. Una parte de mí quería llorar, pero eran lágrimas de felicidad. Habían trabajado muy duro y se merecían celebrar su victoria.

Al final, todos salimos hacia el aparcamiento. Estaba abarrotado, pero yo quería que el equipo pudiera disfrutar de su momento juntos. No sé cuánto tiempo pasamos allí de pie hasta que, de repente, vi a Frankie correr hacia Zach y lanzarse sobre él.

—¿Habéis visto la paliza que les metimos en la pista? —gritó con una sonrisa.

Zach rio.

—¿Dónde está el trofeo?

—Lo tiene el entrenador. Creo que quiere tomarse un momento y llorar.

Heath se acercó por detrás de Frankie y resopló.

—Créeme, necesita un momento para llorar. Esta victoria ha tardado mucho en llegar, así que déjale que se tome su tiempo con el trofeo. Cuando lo llevemos a la pista, podremos verlo cada vez que entremos.

Luego centró su atención en mí, con una gran sonrisa.

—Has estado increíble —le dije mientras le rodeaba con mis brazos y dejaba que me abrazara.

Era consciente de que mis padres estaban allí y, técnicamente, era la primera vez que se reunían con Heath como mi novio.

Él pareció ser consciente de ello porque rompió nuestro abrazo y les sonrió, nervioso.

—Voy a buscar una habitación de hotel para pasar la noche. Vosotros volved a casa y os veré mañana. Quiero poder celebrarlo con el resto del equipo —dijo a mis padres.

Por suerte, Frankie lo entendió.

—Sí, vosotros dos deberíais ponerlos en marcha antes de que sea más tarde. Sabemos que tus viejos ojos no soportan conducir de noche —añadió.

Papá frunció el ceño.

—Frankie, si quieres que nos vayamos y te dejemos pasar tiempo con tu media naranja sólo tienes que decirlo.

—Eso es justo lo que quiero.

—Vamos, cariño. Sabemos cuándo estamos de más —bromeó mamá mientras tiraba de papá hacia el coche—. Estamos orgullosos de ti, Frankie, y de ti también, Heath. Disfrutad y tened cuidado.

Cuando perdí de vista el coche de mis padres, miré a Heath.

—No tengo coche.

Sonrió.

—No te preocupes, podemos pedir un Uber hasta el hotel.

—Vamos al bar de enfrente del hotel. Reuníos allí con nosotros allí si queréis venir a la fiesta postpartido —dijo Frankie.

—Creo que van a celebrar su propia fiesta privada —se burló Zach.

Frankie contuvo una arcada.

—Amor, no vuelvas a decir eso. Es mi hermana. No quiero ni pensarlo.

—Lo intentaremos, pero no prometemos nada —se burló Heath.

Me reí cuando Frankie se estremeció y se alejó con Zach hacia su coche. Luego me volví hacia Heath.

—¿A qué distancia está el hotel?

Parpadeó.

—A unos cinco minutos en coche. ¿Por qué?

—Estaba pensando que podríamos ir andando —sugerí—. Así tendremos la oportunidad de hablar por el camino.

Heath me tendió el brazo.

—Me gusta la idea. Vámonos.

Le cogí del brazo y empezamos a caminar. Aunque fui yo quien propuso andar porque quería hablar, no sabía por dónde empezar. Tal vez debería empezar por repetir lo obvio.

—Entonces, ¿has estado enamorado de mí todo este tiempo?

Hizo una mueca.

—Sí. Creo que siempre me gustaste, pero cuanto más tiempo pasaba contigo más me daba cuenta de que me estaba enamorando de ti.

—A mí me pasó lo mismo —admití, apoyando la cabeza en su hombro—. ¡No puedo creer que ambos estuviéramos convencidos de que nuestros sentimientos no eran correspondidos cuando todo el tiempo fue así!

—Al menos nos hemos dado cuenta.

Sonreí.

—Cierto.

—Ahora tengo una pregunta bastante importante. Sabes que mis padres esperan que te convierta en mi compañera. No tengo ni idea de si llegaremos a algo tan serio, pero...

—Quiero hacerlo —solté sin poder contenerme.

Se detuvo y me miró con fijeza.

—¿Qué?

—Lo digo en serio, Heath. Aún no estoy preparada, pero si las cosas funcionan entre nosotros me encantaría ser tu compañera. Sé que tengo mucho que aprender sobre los hombres lobo, pero estoy dispuesta a esforzarme.

Antes de reanudar la marcha, Heath tiró de mí para darme otro beso. Ninguno de los dos queríamos romperlo, pero teníamos que llegar al hotel.

—No creo que lleguemos a esa fiesta —dijo riendo.

Me encogí de hombros.

—Ah, bueno. Creo que entenderán que su capitán prefiera saltarse la fiesta e ir al hotel con su novia.

Decir aquello en voz alta fue increíble. Yo era la novia de Heath. Él era mi novio. Los dos estábamos saliendo oficialmente y ya no fingíamos. No podía estar más emocionada.

El camino hasta el hotel duró más de lo que me hubiera gustado, pero nos deteníamos cada poco tiempo para besarnos.

Al final llegamos. Conseguí una habitación en la quinta planta, con una cama de matrimonio que era más que suficiente para nosotros.

En cuanto entramos en el ascensor, Heath me empujó contra la pared. No perdí el tiempo y tiré de él hacia abajo para darle un beso. Cuando se detuvo en la planta de mi habitación, no quería separarme de él, pero quedarme atrapada en un ascensor no era algo que me apeteciera.

No era la primera vez que íbamos a estar juntos, pero el corazón me iba a mil por hora.

¿Por qué estaba tan nerviosa?

CAPÍTULO 18



HEATH

Una vez que entramos en la habitación del hotel, cogí en brazos a Lane y la llevé hacia la cama. Ella soltó un gritito de sorpresa y se aferró a mí

—No te atrevas a dejarme caer —advirtió, juguetona.

Me reí.

—Lane, nunca te dejaré caer, así que no te preocupes.

—Me preocupo cuando estoy en el aire. A nadie le gusta.

Esto me hizo reír aún más.

—Cuando acabe contigo, estarás tan sumida en el placer que no podrás discutir conmigo.

Antes de que pudiera decir nada más, la tumbé en la cama. Me quité la camisa, disfrutando de cómo me miró, el deseo pintado en su rostro.

—Lo has hecho a propósito —me acusó con los ojos aún fijos en mi torso desnudo.

Sonreí.

—Sí, lo hice. Pero ha funcionado y te he distraído, ¿no?

Lane frunció el ceño.

—Ven aquí, ya.

¿Quién era yo para negarme a esa petición? O, más bien, a esa orden. Me reí, me tumbé a su lado y la atraje para besarla. Respondió ansiosa, apretando su cuerpo aún vestido contra el mío. Aunque ella estaba completamente vestida y yo a medio vestir, sabía que podía sentir mi erección presionando su muslo.

Sus pupilas se dilataron de deseo. Me dio un suave empujón para que me pusiera boca arriba. De nuevo, obedecí y levanté las caderas para ayudarla a quitarme los pantalones.

—Sabes, no es justo que yo esté aquí tumbado completamente desnudo y tú sigas vestida.

Lane sonrió.

—Si me lo pides amablemente quizá te permita verme desnuda.

—O podría arrancarte la ropa — sugerí, mi tono convertido en un gruñido juguetón.

Lane se sonrojó como si estuviera imaginando lo que sentiría si yo lo hiciera. Tragó saliva y se quitó despacio el top y el sujetador de una vez.

—Tendremos que dejarlo para más adelante, aunque me encantaría probarlo algún día — replicó—. Sólo tengo esta ropa, Heath —explicó al notar mi decepción.

—Ah, sí, es verdad.

Lane estaba a horcajadas sobre mi cintura, lo que me permitía ver sus pechos. Sus pezones se habían endurecido por el aire fresco de la habitación del hotel y lo único que quería era llevarme uno a la boca y darle la atención que se merecía.

Mis manos se acercaron a sus pechos y mis pulgares recorrieron sus pezones. Ella se estremeció y comenzó a frotar su sexo vestido contra mi erección. Tomé ambos pechos entre el índice y el pulgar y les di un fuerte tirón. Lane gritó y apretó aún más sus senos contra mis manos.

Los sonidos que emitía me animaron a continuar. Le di un pellizco especialmente fuerte que la hizo chillar de dolor. Para calmarlo, tiré de ella hacia abajo y me llevé a la boca uno de sus pezones, que ahora estaban a la altura de mis ojos.

Lane se retorció en mi regazo y creaba una deliciosa fricción contra mi polla. Me volvía loco, porque me hacía darme cuenta de que lo único que deseaba era enterrar mi polla dentro de ella.

Chupé con fuerza y me preocupé de que el pezón quedara entre mis dientes. De vez en cuando los hundía un poco en la suave carne sólo para ver su reacción. Parecía disfrutar, porque sus gemidos aumentaron.

Por un segundo me pregunté si podría hacer que se corriera jugando con su pecho, pero decidí que hoy no era el día de probarlo. La solté y le quité las bragas.

—Esto sobra ya —gruñí.

Se sonrojó y se bajó de mi regazo para quitarse los pantalones y la ropa interior. Cuando estuvo completamente desnuda, la alcé de nuevo encima de mí. Ambos gemimos al sentir mi polla rozando su sexo húmedo. Me resultaría muy fácil penetrarla, pero había pasado mucho tiempo desde nuestra última vez y no quería hacerle daño.

—¿Por qué no te preparas para mí? —sugerí dándonos la vuelta para que quedara tumbada en la cama.

El rubor de sus mejillas aumentó.

—Podrías hacerlo tú.

—Sí, pero yo prefiero que lo hagas tú —repuse mientras besaba con suavidad su cuello—. Además, será muy excitante ver cómo te corres. Muy despacio.

Me eché hacia atrás y vi cómo Lane bajaba vacilante la mano entre sus piernas. Pasó suavemente los dedos por su sexo resbaladizo y gimió incluso con aquel suave contacto. Sus labios estaban hinchados, al igual que su clítoris.

Era obvio que quería hundir los dedos en su sexo y excitarse con rapidez, pero yo le había dicho que quería que lo hiciera despacio. Ver a Lane dividida entre querer satisfacerme y ceder a sus deseos me la estaba poniendo dura como una piedra.

Sinceramente, no sabía cuánto tiempo podría aguantar mirándola.

Se frotó suavemente el clítoris y los hinchados labios, y acabó introduciéndose dos dedos. Gracias a su excitación, entraron con facilidad y Lane no tardó en empezar a meterlos y sacarlos mientras intentaba alcanzar el orgasmo que tanto deseaba.

Mis ojos estaban fijos en la cara de Lane. Había echado la cabeza hacia atrás y su hermoso cuello estaba expuesto. Después miraba su sexo húmedo. No podía apartar la mirada mientras ella metía los dedos hasta más allá de los nudillos.

Bastó que Lane se frotara furiosamente el clítoris con la otra mano para que se corriera. Gritó mientras sus ojos se entreabrían y se cerraban.

Me reí entre dientes, complacido, mientras ella disfrutaba de ese delicioso orgasmo. Cuando por fin volvió en sí, le sonreí.

—¿Lista para más? —murmuré.

Lane gimoteó.

—Sí, pero estoy muy sensible.

—Te daré un minuto entonces.

La cabeza de mi polla goteaba. A estas alturas resultaba casi doloroso, pero quería que Lane se sintiera completamente cómoda.

Bajó la mirada hacia mi erección y luego volvió a mirarme.

—No necesito esperar ni un minuto —murmuró Lane—. Te necesito dentro de mí ahora mismo, Heath.

De nuevo, ¿quién era yo para ignorar una petición tan sincera?

Arrastré mi polla a lo largo de su raja, haciendo que Lane siseara cuando rozó su sensible clítoris. Para calmarla, la besé y me coloqué en su entrada antes de empujar dentro.

Ya estaba más que preparada, así que me enterré en ella hasta el fondo. Lane jadeó y rompió el beso para echar la cabeza hacia atrás contra la almohada. Chocó contra el cabecero, pero los dos estábamos demasiado excitados para notarlos.

Joder, me mataba cuando hacía eso porque dejaba al descubierto la delicada piel de su cuello. El lobo dentro de mí deseaba morder y marcar a Lane como mía. No sería una marca de apareamiento ni nada. Eso no podía hacerse a menos que estuviera en celo, y Lane tendría que morderme también.

Tendría que tener un poco de mi sangre de lobo en su organismo para que fuéramos compañeros de verdad. Para los humanos era diferente, pero los lobos nos habíamos adaptado al apareamiento con humanos durante siglos. Algunas manadas, por el contrario, decidieron no hacerlo.

En contra de mi buen juicio, me incliné y empecé a besarle el cuello de arriba abajo. Finalmente, decidí dar rienda suelta a mi deseo y la mordí lo bastante fuerte como para perforar su piel con mis colmillos.

Lane gritó sorprendida, pero enseguida gimió de placer. Empecé a moverme, hundiendo las caderas de vez en cuando para alcanzar su punto G. Ella se aferraba a mí, ofreciéndome aún más su cuello. No sé si lo hacía a propósito, pero cedí a la tentación y lo mordí de nuevo.

No lo hice tan fuerte como para hacerle sangre. Sabía que cuando nos levantáramos por la mañana y Lane viera lo que le había hecho se enfadaría, pero ahora no me importaba. Ya afrontaría las consecuencias por la mañana.

Cuanto más tiempo pasaba dentro de ella, más me acercaba al orgasmo. Lane ya se había corrido dos veces y la sensación de sus paredes internas apretándose a mi alrededor bastó para llevarme al límite. La penetré dos veces más antes de derramar mi semilla.

Dejó escapar algunos gemidos, pero seguía perdida en las ondas de placer de su orgasmo. Me salí y me tumbé a su lado, cubriéndola con las sábanas. Por fortuna, se durmió enseguida. Me acurruqué a su lado y me quedé dormido.

No es de extrañar que me durmiera tan rápido. Había jugado un partido difícil y luego Lane y yo habíamos tenido una experiencia más que placentera. Además, esta vez no teníamos prisa. Nos tomamos nuestro tiempo, disfrutando el uno del otro.

A la mañana siguiente fui el primero en levantarme. Lane seguía dormida. Estaba tumbada de lado, de espaldas a mí. Sonreí y empecé a besarle la cabeza antes de salir de debajo de las sábanas. Necesitaba una ducha.

Ahora me parecía una locura pensar que ayer estaba dispuesto a aceptar que Lane no sintiera lo mismo por mí. No quería hacerlo, pero no tenía más remedio. Entonces irrumpió en el vestuario y me contó la verdad.

Nunca me he alegrado tanto de verla como en aquel momento.

Cuando salí de la ducha, Lane estaba despierta y sentada en medio de la cama. Intenté no distraerme con su desnudez y en su lugar me centré en cómo me miraba.

—¿Por qué parece que quieres matarme?

Lane señaló su cuello, decorado con chupetones y, lo que era más importante, dos marcas de mordiscos. Me sentí orgulloso de haberla marcado, pero no creí que fuera el momento de mencionarlo. Parecía que quería saltar de la cama y estrangularme.

—¿Lo siento? —murmuré, nervioso, esquivando con facilidad la almohada que ella me lanzó—. ¿Quieres que pase por la tienda de regalos y te traiga una bufanda?

Frunció el ceño.

—Sí. Normalmente no uso bufandas a menos que haga mucho frío, ¡pero no puedo salir así! Parece como si me hubiera atacado algo.

—Técnicamente, fuiste mordida por un lobo.

Me lanzó otra almohada. Riéndome, dejé que me golpeara y me puse los zapatos.

—Tira para abajo ya, Heath.

La besé suavemente en los labios antes de bajar corriendo. La primera bufanda que vi era morada, un poco transparente, pero serviría para ocultar las marcas que le había hecho. Aunque lo único que quería era que todo el mundo las viera y se diera cuenta de que había sido yo quien se las había hecho.

Cuando volví a la habitación del hotel, estaba completamente vestida. Le entregué el pañuelo yladeé la cabeza.

—Te queda bien.

Volvió a fruncir el ceño.

—Mejor. No tengo muchas más opciones.

La abracé con fuerza al darme cuenta de lo molesta que estaba conmigo.

—Siento mucho haber hecho eso, Lane. Fue muy difícil controlarme anoche.

Lane suspiró y se fundió en mi abrazo.

—En realidad no estoy enfadada, Heath. Sólo desearía que lo hubieras hecho cuando hubiéramos vuelto a casa. Al menos allí podría encontrar algo que me cubriera el cuello.

—Me parece justo —dije, besando la parte superior de su cabeza—. ¿Lista para irnos?

Asintió.

—Sí. Sólo espero que a tus compañeros de equipo no les haya importado que te saltaras la fiesta de después para estar conmigo.

—Estoy seguro de que una buena parte de los chicos se la hubieran perdido si sus parejas hubieran venido a ver el partido —repuse, riendo entre dientes—. Y estoy feliz de que hayamos celebrado nuestra propia fiesta privada.

—Eres imposible —dijo Lane, riendo.

Sonreí satisfecho.

—Sí, pero tú me quieres.

—Sí, te quiero. Y supongo que el sentimiento es mutuo.

Levanté una ceja.

—¿No te lo dije ayer lo suficiente? Si quieres, puedo gritarlo a los cuatro vientos.

—Eres un idiota —rio—. Un auténtico idiota muy sexy.

—Lo acepto.

Bajamos de la mano al vestíbulo del hotel. Mientras Lane hacía el check-out, me reuní con los chicos que esperaban al entrenador para que lo hiciéramos nosotros. Eché en falta a alguien.

—¿Dónde está Frankie?

Luis resopló.

—Bebió un poco más de la cuenta con Zach en la fiesta, así que se quedarán aquí hasta el mediodía, que es la hora tope a la que pueden marcharse.

—Bueno, ¿quién puede culparle? Acabamos de ganar el puto trofeo del campeonato —exclamé. Fruncí el ceño cuando lo busqué a mi alrededor—. Hablando del trofeo, ¿dónde está?

Me sorprendió que el entrenador lo hubiera perdido de vista.

Luis señaló al exterior.

—Ya está en el autobús. El entrenador me pidió que lo llevara mientras esperamos a que él hiciera el check-out. Creo que se ha encariñado con él. Es raro, ¿verdad, Capi?

—Un poco —admití con una sonrisa—. Por cierto, Lane volverá con nosotros. Espero que no os importe.

Luis parpadeó.

—Capi, por supuesto que no. Es tu novia, ¡lo que significa que es parte del equipo! Y antes de que fuerais novios, era la hermana de Frankie y siempre estaba presente en los entrenamientos.

—Tienes razón.

Poco después Lane se unió a nosotros, seguida por el entrenador. El trayecto no se me hizo tan largo como cuando veníamos hacia aquí. Ayudó que yo estaba de mejor humor y que Lane estaba sentada a mi lado. Se quedó dormida, lo que me resultó gracioso, hasta que por fin llegamos a la pista, donde estaban nuestros coches.

—¿Necesitas que te lleve a casa? —pregunté a Lane.

Ella asintió.

—Sí, gracias. Mi coche sigue en casa de mis padres, porque insistieron mucho en que fuera con ellos. Dios, me recordó a todos esos viajes por carretera que hicimos cuando Frankie y yo éramos pequeños. No es una experiencia que quiera repetir.

Resoplé.

—Por lo poco que sé de tus padres, parecen buena gente. Un poco excéntricos, pero agradables.

—No te imaginas lo excéntricos que pueden llegar a ser —me advirtió—. Pero tú también vienes porque me han enviado un mensaje esta mañana. Quieren que nos acompañes a la cena de los domingos que tenemos todas las semanas. ¿Aceptas?

Asentí con rapidez.

—Por supuesto, me encantaría ir. Espero que a Frankie no le importe verme allí.

—Todo estará bien —aseguró—. Además, creía que ya erais amigos.

—Bueno, yo no diría amigos, pero sin duda estamos mucho mejor que hace una semana, eso seguro.

Nunca pensé que Frankie y yo nos llevaríamos bien fuera de la pista, pero parecía que sí. Por otra parte, ambos tendríamos dejar de lado nuestras viejas rencillas porque yo no me iba a ninguna parte. Lane y yo estábamos saliendo, así que pasaría mucho más tiempo con ella.

Eso no significaba que estaría en casa de sus padres todo el tiempo, sólo cuando Lane quisiera que la acompañara.

Cuando llegamos a casa de sus padres me sentí aliviado al ver que no estaban.

—Están trabajando —dijo Lane riendo.

Parpadeé.

—¿Qué?

—Te acabo de decir que mis padres están en el trabajo.

—Oh, no importa.

Levantó una ceja.

—¿En serio? Porque he notado tu gesto de alivio cuando has visto que no había otros coches en la entrada.

—Vale, vale, admito que me sentí un poco aliviado, pero quiero conocerles oficialmente como tu novio el domingo, cuando tenga más posibilidades de causar una buena impresión.

Ayer opté por ignorarlos cuando los vi porque eso no contaba.

Se rio.

—Tengo que llegar a casa y conectarme al ordenador del trabajo. Estoy segura de que haberme tomado la mañana libre me ha dejado mucho trabajo pendiente, así que te veré luego.

—¿Qué tal si salimos esta noche?

—Tengo entrenamiento con Miyu. ¿Y mañana?

Sonreí.

—Me parece bien. Nos vemos entonces.

Esta sería mi primera cita oficial con Lane. Sentía mariposas en el estómago ante la idea de verla mañana. No sé por qué estaba tan nervioso. Como dije, ¡no era la primera vez que tenía una cita con ella!

Tal vez era porque esta sería nuestra primera cita como una pareja de verdad.

Me subí al coche y me despedí de ella. Me moría de ganas de verla mañana y, de nuevo, cuanto más pensaba en ello, más mariposas revoloteaban en mi estómago.

—Joder —murmuré en voz baja—. Realmente necesito controlarme.

Entonces empecé a pensar en la cena del domingo y empecé a ponerme aún más nervioso.

Yo era un maldito desastre.

CAPÍTULO 19



LANE

Pasar de una relación falsa a una real no es tan fácil como se podría pensar. Pero creo que Heath y yo lo hicimos bastante bien y no tardamos mucho en acostumbrarnos. Creo que fingirla nos ayudó.

Durante todo el tiempo que duró la falsa, a veces estaba convencida de que era real. Era vergonzoso que me hubiera permitido meterme tanto en mi fantasía. Sin embargo, todo salió bien, así que supuse que no tenía mucho de qué avergonzarme.

La primera cena dominical a la que asistió Heath fue un poco angustiosa, pero quedó claro que mis padres estaban encantados con él. Les caía bien. Durante toda la cena se mostraron amables y con su habitual actitud extraña. Si no se sintieran a gusto con él, no lo habrían hecho.

Frankie también aceptaba poco a poco nuestra relación. Nos había dado su bendición aquel día en los vestuarios, pero yo sabía que aún le daba un poco de reparo. Pero por fin fue entrando en razón al ver que yo era feliz con Heath. Durante una de nuestras cenas familiares del domingo, incluso llegó a disculparse por su comportamiento en el pasado.

—Oye, ¿podemos hablar? —me preguntó Frankie, haciendo un gesto hacia el porche trasero.

Miré a nuestros padres y asentí con la cabeza. Si hablábamos aquí, ni siquiera iban a disimular que estaban escuchando.

—¿Qué pasa? —pregunté, un poco temerosa sobre lo que Frankie querría hablar conmigo. Tragó saliva.

—Quiero disculparme por cómo actué durante la última temporada de hockey. No estuvo bien por mi parte hacerlo y causarnos problemas constantemente a Heath y a ti.

—Te comportaste como un imbécil inmaduro —repliqué.

—Lo hice, pero te alegrará saber que ya no lo haré más —afirmó con rotundidad—De hecho, voy a dar un gran paso hacia la madurez y me mudo de casa de mamá y papá.

Parpadeé, sorprendida.

—¿Adónde vas?

—Al apartamento de Zach. Lleva tiempo queriendo que me vaya a vivir con él y creo que ahora es un buen momento para que demos el siguiente paso.

—Ya era hora, hermanito.

Se quedó boquiabierto.

—¿Qué quieres decir?

—Zach me contó en privado que hace meses que quiere que te mudes con él, pero no te dijo nada porque era evidente que te daba miedo dar el siguiente paso—dije—. Supongo que puedo decírtelo ahora que te ha pedido oficialmente que te mudes.

Frankie suspiró.

—Estaba asustado, ¿vale? Salir de casa de tus padres es un gran paso. Además, aquí no tenía que pagar alquiler.

—Eres un coñazo Frankie, pero me alegra oír que lo vas a hacer. Zach es un buen tipo, así que no metas la pata.

—Créeme, hermanita, lo sé.

Era agradable saber que Frankie estaba madurando y ganando más independencia. Yo aún seguía viviendo en casa de mis padres a mis veintipocos, así que no era para tanto. Aunque sabía que le hacía rabiar, solo le tomaba el pelo cuando se trataba de vivir con mamá y papá.

Era una buena forma de ahorrar dinero. El alquiler era jodidamente caro, sobre todo en la ciudad.

Cuando mi hermano y yo nos sentamos a cenar, recibí un mensaje de Heath. Saqué mi teléfono y le respondí con rapidez, lo que hizo que mis padres me miraran enojados.

—¿Qué? ¡Heath me ha enviado un mensaje!

Mamá suspiró.

—Lane, nada de teléfonos en la mesa. Y antes de que intentes decirme que eres adulta, que sepas que soy más que consciente de ello. Pero ésta es nuestra casa y nos gustaría que siguieras nuestras normas mientras estés bajo este techo.

Suspiré.

—Vale.

Lo único que hice fue enviarle un mensaje a Heath para avisarle de que estaba cenando con mis padres y no podía hablar en ese momento. Pillé a Frankie a punto de hacer lo mismo con Zach, pero se detuvo después de que papá le lanzara una mirada de advertencia.

Cuando terminó la cena, le envié otro mensaje a Heath diciéndole que estaba libre y que podía venir cuando quisiera.

Teníamos en mente intentar ver una película. No es que no quisiéramos verla, pero en cuanto la poníamos empezábamos a besarnos. Una cosa llevaba a otra y acabábamos entrando a trompicones en el dormitorio, si es que conseguíamos llegar.

Últimamente habíamos pasado mucho tiempo juntos. Heath había terminado la temporada, por lo que trabajaba en la pista y entrenaba al equipo de hockey de la escuela secundaria. Yo seguía trabajando y entrenando al mismo tiempo. Sin embargo, ahora tenía una alumna menos.

Miyu estaba ahora en el equipo olímpico oficial. Cuando supe que la habían elegido, las dos nos pasamos unos minutos llorando con fuerza. Estaba tan orgullosa de ella.... ¿Qué una parte de mí estaba un poco celosa? Sí, mentiría si no lo admitiera, pero me seguía emocionando que ella pudiera cumplir su sueño.

Me preguntó si quería ser su entrenadora oficial, pero tuve que rechazarlo. Me gustaba más seguir así, aquí, entrenando a otros futuros patinadores y ayudándoles a alcanzar sus metas. Miyu, aunque decepcionada, lo aceptó y prometió estar en contacto conmigo todo lo que pudiera, dependiendo de lo apretada que tuviera su agenda.

Era todo lo que podía pedir a la vida.

Un año después de que Heath y yo empezáramos a salir en serio, lo noté un poco raro. Estaba nervioso y parecía que algo le rondaba por la cabeza, pero cada vez que le preguntaba si algo iba mal, me respondía que no pasaba nada.

Sabía que algo iba mal. Él también lo sabía y yo sabía que estaba mintiendo. Pero seguía insistiendo en que no pasaba nada. Resultaba frustrante porque quería sacudirlo y exigirle que

me diera alguna explicación.

Por fin, durante una de nuestras citas, lo logré. Estábamos en su casa, disfrutando de la cena que él había preparado, y la tensión me estaba matando. Cuando llegué, le pregunté a Heath qué estaba ocurriendo. Tan solo me respondió que hoy me lo explicaría.

—Sé que he estado actuando un poco raro últimamente y quiero decirte por qué.

—¿Un poco raro últimamente? —me burlé—. Heath, has estado actuando como un loco. Te das cuenta de que no me engañabas negándolo, ¿verdad?

—Lo sé, pero no quería decir nada hasta que pudiera hacerlo en el momento adecuado.

—¿De qué estás hablando?

Heath cruzó la mesa para tomar mis manos entre las suyas. Me frotó los nudillos con pequeños y suaves movimientos circulares, con una sonrisa tensa en la cara. Notarlo me puso nerviosa. No tenía ni idea de lo que me esperaba.

Casi parecía que estaba a punto de proponerme algo importante, como irnos a vivir juntos, casarnos o algo que llevara nuestra relación al siguiente nivel.

—Quiero que te conviertas en mi compañera —me dijo Heath.

Parpadeé. Vale, no me lo esperaba, pero era una tontería por mi parte. Él era un hombre lobo y para los lobos, el apareamiento era básicamente su versión de casarse. Aunque era un vínculo más fuerte que el matrimonio, un vínculo físico.

—¿Qué opinas?

Caí en que no había respondido a su pregunta. Heath empezó a ponerse más nervioso y a dudar de si había sido buena idea pedírmelo. Eso era lo último que yo quería, porque deseaba con toda mi alma serlo.

—Sí —solté—. Aún no estoy muy segura de cómo funciona esto, pero estoy dispuesta a descubrirlo a tu lado.

Se rio y me apretó las manos.

—Estaré contigo en todo momento, no te preocupes, Lane. Aún falta un poco para que nos unamos oficialmente. Mientras tanto, ¿te gustaría que nos fuéramos a vivir juntos?

—De nuevo, sí —respondí sin dudarlo, pero al menos esta vez no lo solté como una tonta—. Pero, hay una cuestión que tenemos que abordar.

Heath frunció el ceño.

—¿Cuál?

—Vamos a aparearnos, lo que significa que habrá una ceremonia de apareamiento. Naturalmente, mi familia estará invitada, pero no podemos celebrarla si no les hablo antes de ti.

Hizo una mueca

—Es verdad, joder.

Siempre supe que algún día tendría que contarle a mi familia que Heath era un hombre lobo, pero me negaba a pensar en ello. No tenía por qué ocurrir ahora, así que ¿por qué iba a preocuparme?

Soy consciente de que era una forma cómoda de aplazarlo y no tener que afrontarlo. Pero ahora tendría que hacerlo aunque no quisiera.

—Tengo que encontrar el modo de decírselo—murmuré, dejando escapar un profundo suspiro—. ¿Cómo demonios voy a hacerlo?

—Si lo necesitas, estaré a tu lado —me aseguré.

Sonreí a medias.

—Gracias, Heath. Me ayudará que estés conmigo cuando se lo cuente. ¿Te parece bien?

—Por supuesto. Además, quizá tendrás que mostrarles pruebas que estaré encantado de proporcionarles.

Desde que descubrí que Heath era un hombre lobo, ya había visto su forma completa de lobo, y era un espectáculo increíble. Tenía un pelaje gris con manchas blancas y sus ojos eran de un gris azulado. La primera vez que lo vi en su forma de lobo me quedé asombrada de lo hermoso que era.

—Y no te preocupes, puedes confiar en ellos. No dirán nada.

Heath me apretó la mano.

—No hace falta que me lo digas, Lane. Confío en ti y asumo que guardarán mi secreto. Incluso Frankie.

Resoplé.

—Los dos sois prácticamente amigos ahora, así que puedes confiar en él.

—¿Amigos? —preguntó Heath frunciendo el ceño—. No sé si llamarlo así, pero desde luego ya no tengo ningún sentimiento negativo hacia él.

El resto de la velada transcurrió bien. Heath y yo nos retiramos a su dormitorio, donde continuamos nuestra celebración. Por la mañana me golpeó la realidad de que mis padres y Frankie tendrían que saber pronto la verdad. Sabía que no íbamos a celebrar una ceremonia de apareamiento en breve, pero era mejor decírselo cuanto antes.

Mi familia necesitaría tiempo para adaptarse al hecho de que los hombres lobo existían. Cuanto más tiempo tuvieran para aceptarlo, más cómodos se sentirían cuando celebráramos la ceremonia.

Casi un mes después de que Heath me pidiera que fuera su pareja y yo aceptara, decidí que era el mejor momento para contarles a Frankie y mis padres la verdad sobre Heath y su familia. Me acompañó a la cena semanal de los domingos.

Intenté no ponerme demasiado nerviosa, pero era difícil. Mis padres se dieron cuenta enseguida de que pasaba algo. Puede que Frankie también, pero si lo hizo, no dijo nada. Estaba más concentrado en lo deliciosa que estaba la comida.

—Vale, Heath y yo tenemos algo que deciros —dije mientras lanzaba una pequeña sonrisa a Heath.

Mamá suspiró.

—¿Estáis prometidos? Esperaba que lo anunciarais después de que nos dijerais que os ibais a vivir juntos, ¡pero no puedo creer que por fin esté ocurriendo!

Parpadeé.

—Quiero decir, sí. Pero es más que eso. Heath me pidió que fuera su compañera.

—¿Compañera? ¿Quieres decir como los perros toman un compañero?

Heath se enfadó por las palabras de Frankie.

—No se parece en nada a un perro. En todo caso, compáralo con cómo los lobos toman compañeros y forman un vínculo de por vida con ellos.

Le di unas palmaditas en la mano con la esperanza de calmarle.

—Lo dicho. Heath y yo vamos a tener una ceremonia de apareamiento, pero también vamos a solicitar una licencia de matrimonio.

—¿Por qué estás hablando así? —murmuró Frankie.

Heath y yo nos miramos.

—¿Quieres decírselo, Heath, o lo hago yo?

—Puede que suene mejor viniendo de ti.

Suspiré.

—Muy bien, ahí va. Heath... es un hombre lobo.

Se hizo un silencio muy largo y pesado. Me quedé mirando el reloj detrás de mis padres. Primero pasó un minuto, luego un otro, y otro más. Cuando pasaron cinco minutos desde que se lo había dicho, empecé a preocuparme.

Heath se aclaró la garganta.

—Puedo demostrároslo, si queréis. Ni Lane ni yo estamos locos. Mi familia y yo somos licántropos.

Frankie fue el primero en hablar.

—Demuéstramelo.

Tragando saliva, Heath se levantó y se alejó un paso de la mesa. Se aseguró de poner suficiente distancia entre nosotros y él por si mi familia se asustaba. Que lo harían.

Miré como Heath comenzaba a cambiar. Tenía el mismo aspecto que cuando me salvó del camión. Cuando se transformó por completo, miré a mis padres. Estaban sentados en sus asientos, con los ojos muy abiertos y las caras completamente pálidas.

Frankie, por su parte, se había levantado de un salto de la silla.

—¡Ja, ya sabía yo que te pasaba algo! —gritó triunfante—. ¡Esto explica muchas cosas! Cómo que tus sentidos siempre parecían agudizados y que estuvieras totalmente fuera de juego un par de veces al año.

Heath parpadeó.

—¿No tienes miedo?

—¿Miedo? No. Estoy feliz de tener razón. Sabía que no estaba loco —replicó con una sonrisa—. Pero, si me disculpas, voy a subir y tomarme unos minutos para ordenar mis ideas. Quizá que no esté asustado, pero necesito hacerlo. Quiero decir, los hombres lobo son reales. ¿Quién no se asustaría con eso?

Cuando Frankie salió de la habitación, me volví hacia mis padres.

—Heath, ¿por qué no esperas en la otra habitación? —le pedí.

Asintió con la cabeza y se marchó rápidamente para darnos intimidad a los tres.

—¿Mamá, papá? Habéis estado muy callados. ¿Tenéis... algo que decir?

Papá parpadeó.

—Los hombres lobo existen. Son reales... todo este tiempo hemos vivido entre ellos. ¿Significa esto que los vampiros también?

Me pellizqué el puente de la nariz.

—Papá, no tengo ni idea y Heath tampoco. Que yo sepa, sólo los hombres lobo.

Lo mejor era disipar la idea de que había otras criaturas sobrenaturales campando a sus anchas entre nosotros. Es decir, podría haberlas, pero no creo que mi padre o mi madre fueran capaces de soportarlo ahora mismo.

—Esto es... mucho que asimilar.

Miré a mi madre.

—Mamá, ¿tienes algo que decir? Has estado más callada que papá.

—Los hombres lobo existen. Yo... ¿Qué?

—Sí, mamá, existen y aunque comprendo que ahora mismo estés en shock, debes entender que no puedes contarle a nadie lo de Heath. Podría causarle muchos problemas —expliqué—. Y, por favor, no le tengas miedo. ¿Sabes cómo me enteré de que era un hombre lobo? Cuando me salvó de aquel camión que casi me atropella.

Mamá frunció el ceño.

—Te saltaste esa parte al contárnoslo.

—Bueno, pensé que no me creeríais o entenderíais si os dijera que se medio transformó y literalmente me llevó en volandas antes de aterrizar en la acera.

Papá suspiró.

—Sí, probablemente tienes razón. Dudo que te hubiéramos creído y en cuanto a lo que dijiste antes, Lane, no se lo vamos a contar a nadie. Te lo prometo. Nos llevará un tiempo adaptarnos, pero no diremos ni una palabra, ¿verdad, cariño?

—¡Claro que no! —exclamó mamá—. Ni se me ha pasado por la cabeza.

Al final, Heath volvió a la mesa y Frankie también. Debo decir que, tras saber la verdad, la cena fue algo incómoda, sobre todo cuando Frankie empezó a hacer preguntas realmente extrañas.

—Oye, Heath ¿puedo hacerte una pregunta seria?

Levantó una ceja.

—Claro, Frankie. ¿Qué quieres saber?

—¿Los licántropos también tenéis nudo?

Heath estaba bebiendo y se atragantó.

—¿Qué demonios te pasa Frankie? No se pregunta algo así en una cena.

—¡Mamá y papá están en la cocina preparando el postre! —replicó—. Además, ¡ni siquiera creo que sepan qué coño es un nudo!

—¿Y por qué lo sabes tú? —espeté.

Yo lo sabía porque Heath me había explicado lo que ocurría durante el celo. Cuando me lo contó por primera vez no me asusté en absoluto; muy al contrario, me llené de deseo. Pero este no era el momento para pensar en eso.

—Fanfictions del Omegaverso —respondió, como si aquello debiera tener algún sentido para mí—. Por la cara que pones, supongo que no tienes ni idea de lo que estoy hablando.

—Sé lo que es una fanfiction, pero no quiero que me expliques nada. Ya ha sido una cena bastante estresante.

Se encogió de hombros y se volvió hacia Heath.

—Entonces..., ¿es verdad?

Heath gimió.

—Por el amor de Dios, sí, es verdad. Pero no me lo vuelvas a preguntar, por favor.

No sabía por qué Frankie quería saber eso de Heath y ni querría saberlo jamás.

El resto de la cena transcurrió un poco más tranquila, pero nos seguíamos sintiendo un poco incómodos. Cuando Heath y yo por fin nos fuimos, me recosté en el asiento del copiloto y gemí.

—Ha sido la peor cena de mi vida.

Heath rio sin ganas.

—Creo que podría haber sido peor. Tus padres podrían haberse asustado y empezando a gritar que no querían a ese monstruo en su casa.

—Vale, esa parte estuvo bien, pero luego Frankie tuvo que preguntar sobre los nudos, ¡porque no tiene ni idea de lo que es apropiado preguntar!

Para mi sorpresa, Heath se echó a reír.

—Vale, fue inapropiado, pero al recordarlo ahora, me resulta graciosa la forma en que lo soltó, como si estuviera hablando del tiempo.

Me pellizqué el puente de la nariz.

—¿Qué demonios voy a hacer con vosotros?

—Bueno, él es tu hermano y yo voy a ser tu compañero pronto, así que nos tendrás que soportar a los dos —bromeó.

Mis padres tardaron un tiempo en ponerse en contacto conmigo después de aquella noche, dos semanas al menos. Cuando por fin lo hicieron, fui a su casa para hablar con ellos.

Mamá me dijo que sentía que ambos hubieran necesitado tanto tiempo para procesarlo. Papá dijo básicamente lo mismo. Les aseguré que no había nada por lo que disculparse. Yo en su lugar, también hubiera necesitado bastante tiempo para hacerlo.

Recordé mi primera reacción al enterarme de que Heath era un hombre lobo. Es el tipo de noticia que te cambia la vida porque destroza la realidad que has aceptado como verdadera.

Cuando salí de su casa me sentí mejor. Ahora mi familia sabía la verdad y la aceptaban. ¡Incluso Frankie! Creí que él se enfadaría al saber que Heath era un hombre lobo, pero no lo hizo.

Por supuesto, tanto mis padres como mi hermano aún tenían muchas preguntas tras enterarse. Respondí las que pude y, las que no, les dije que Heath lo haría. Al fin y al cabo, era él quien tenía todas las respuestas, así que tenía sentido que fuera él quien se lo explicara.

El siguiente paso fue conseguir mi familia y la de Heath se conocieran antes de las dos ceremonias. Como no se lo contaría al resto de mi familia y amigos lo de Heath, era lógico celebrar una boda humana.

Sólo de pensarlo sonreía y me reía como una colegiala.

Me moría de ganas de que fuéramos oficialmente marido y mujer, y compañeros de por vida.

EPÍLOGO



HEATH Y LANE

Heath

Pasaron seis meses desde que propuse a Lane que fuéramos compañeros haya que estuvimos listos para celebrar la ceremonia. A partir de entonces, tardamos unos dos meses en organizarlo todo. Planear una boda humana y una ceremonia de apareamiento al mismo tiempo resultaba estresante, pero sabía que Lane quería celebrar ambas, así que eso sería lo que haríamos.

La temporada de hockey ya había empezado, pero yo ayudaba entre los entrenamientos y los partidos. Como es normal, cuanto más se acercaba la fecha, más nervioso me ponía. No por la boda en sí, ya que la veía como una forma de legalizar nuestra relación a los ojos de los humanos y del estado. Algo práctico, si lo piensas.

¿Pero, y la ceremonia de apareamiento? Estaba aterrado al pensar que por fin tomaría a Lane como mi compañera.... Mis padres estaban encantados; ya no tendrían que preocuparse porque me echaran de la manada por no haberme apareado a tiempo.

Lane insistió en que les contáramos la verdad a mis padres. Yo no quería, pero al final me convenció de que lo hiciera. Mamá y papá al principio se sorprendieron, después se enfadaron y por último se sintieron culpables por haberme presionado tanto como para que yo acabara fingiendo un noviazgo.

Pero ahora todo iba bien. Nuestra relación era mejor que nunca y habían venido a la ciudad, junto con mis hermanos, para asistir a la boda que celebraríamos el viernes y a la ceremonia de apareamiento el domingo.

Estuve hecho un manojo de nervios toda la semana. El día de nuestra boda pensé que estaría más tranquilo, pero no fue así. A Lane le hizo gracia.

—Estoy igual de nerviosa que tú.

Resoplé.

—Pues no lo parece.

—Se me da bien ocultarlo —bromeó.

Aunque me había criado con las costumbres humanas y estaba familiarizado con ellas, vivirlas de primera mano era otra cosa. Celebraríamos una boda civil, ante un juez, porque ninguna de nuestras familias era religiosa.

Cuando llegó el momento de pronunciar nuestros votos, me trabé al empezar. Lane se rio por lo bajo y me dedicó una leve sonrisa para animarme a seguir. Lo hice y conseguí terminar sin avergonzarme mucho más.

Ella pronunció los suyos sin problema, lo que me dio un poco de envidia.

Aquella noche no la pasamos juntos porque mi celo se acercaba y, si me acostaba con Lane, podría adelantarse. En tal caso le haría un nudo a Lane, lo que significaría que estaríamos ocupados los próximos días.

Fue una tortura esperar hasta el domingo, cuando por fin nos convertimos en compañeros. De nuevo, todo pasó muy rápido. En un momento estábamos recitando nuestros votos y al siguiente yo la estaba mordiendo. Ella soltó un jadeo absolutamente delicioso y me costó mucho apartarme de ella. Después, ella me mordió a mí.

Cuando se apartó, tiré de ella y la besé con fuerza. Joder, me sentía en llamas. Mi celo estaba en camino.

—Creo que es mejor que os vayáis a la cabaña privada que os hemos reservado —susurró mamá una vez empezó la recepción—. Lane, explicaré a tus invitados lo que está pasando, pero vosotros dos deberíais iros antes de que Heath entre en celo.

Lane se sonrojó.

—Gracias.

Después de despedirnos de nuestros invitados, subimos al coche y condujimos una hora hasta las afueras de la ciudad, a una zona con varias cabañas de alquiler. Mis padres nos habían alquilado una para cinco días repleta de comida, agua y todo lo que pudiéramos necesitar.

—¿Cómo estás? —susurró Lane. Parecía un poco nerviosa.

Lo entendía. Ella nunca me había visto así, así que era normal que lo estuviera. Lo último que quería era asustarla, pero pronto no podría controlarme.

—Estoy bien, pero comenzará pronto —respondí con brusquedad—. Recuerda, puede que actúe de forma diferente pero todo es instinto. Nunca te haría daño de verdad.

Lane se acercó para apretar mi mano.

—Lo sé.

—Trata de recordarlo cuando sea todo garras, colmillos y responda con gruñidos —bromeé.

Se echó a reír.

—Heath, te prometo que me asustaré, al menos no como tú crees. Lo he hablado contigo, con tus padres y con tus hermanos y he leído todo lo que me has dado. Estoy preparada.

—Probablemente te afectarán un poco mis feromonas —le recordé—. Parte de mi sangre está ahora en ti y aún está fresca. No hará que entres en celo, pero quizá experimentes algunas cosas que nunca imaginaste sentir.

Lane se estremeció. Sabía que no era por miedo, sino por de anticipación. Gemí y eché la cabeza hacia atrás.

—¿Cuánto falta?

—Diez minutos —respondió con suavidad—. Trata de aguantar hasta entonces, ¿vale? Ya casi estamos.

El resto del trayecto fue muy doloroso para mí. Intentaba contener el celo con toda mi fuerza de voluntad, pero resultaba muy duro. Era una respuesta biológica y no se puede controlar a la biología.

Cuando llegamos a la cabaña, Lane me dijo que entrara mientras ella aparcaba el coche y recogía nuestro equipaje. En cuanto entré supe que mi celo había empezado.

Joder.

* * *

Lane

Supe que había algo diferente en cuanto entré en la cabaña. Después de cerrar la puerta, busqué a Heath. Lo encontré cerca de la cama. Estaba desnudo y se había arrancado la ropa, literalmente.

Cuando se volvió hacia mí, vi su polla hinchada. Parecía dura como una roca y goteaba grandes cantidades de semen. No tuve tiempo para pensar. El deseo se apoderó de mí.

Di un paso adelante hacia él y jadeé cuando me llegó un olor extraño, difícil de describir, como almizcle mezclado con un aroma a madera. Debían de ser las feromonas de las que Heath me había hablado antes. Era embriagador.

Después de que me llegara el aroma, sentí que me humedecía. Grité, sorprendida, cuando la humedad fue tanta que se deslizó por mis muslos. Nunca en mi vida había estado tan mojada. Era algo más, algo diferente.

Mi cerebro intentó recordar todo lo que Heath me había dicho sobre el celo. Creí recordar que lo llamaba lubricante. Lo tenían las hembras e incluso los machos omega cuando se excitaban durante el celo.

Heath gruñó y acortó la distancia entre nosotros. Me levantó y me arrojó sobre la cama. Antes de que yo supiera lo que estaba ocurriendo, ya me había arrancado la falda del vestido. La fina tela de mis bragas no era rival para aquellas garras.

Una vez expuesta, Heath me acarició el culo y se zambulló en mí, literalmente. Empezó a lamerme el flujo de los muslos, sin llegar a tocar el punto que yo quería. Al final, Heath me lamió la raja chorreante. Era como un hombre hambriento.

Sentí que me llegaba el orgasmo poco después de que Heath empezara con sus lametones. Mis gritos se hicieron cada vez más fuertes y se me escapó un alarido cuando el orgasmo por fin explotó. Pero Heath no dejó de lamerme. Acabó provocándome un segundo orgasmo antes de apartarse de mí.

Mi cuerpo temblaba entero. Heath se apartó a regañadientes y me acarició la pierna para calmarme.

—Ponte de rodillas. Será más fácil cuando te haga el nudo —murmuró.

Me puse de rodillas, sin poder creer lo rápido que obedecí. Heath no me penetró de inmediato, sino que introdujo dos dedos en mi interior, bombeándolos dentro y fuera con rapidez.

—Mierda —gemí, preguntándome si conseguiría que me corriera por tercera vez.

Nunca había tenido tantos orgasmos durante una experiencia sexual. Tenían que ser los efectos del celo de Heath y sus feromonas. Me afectaban de forma sorprendente.

Un momento antes de que empezara a rogarle a Heath que me follara, por fin me la metió. Normalmente me habría dado un minuto para adaptarme, pero esta vez no. Empezó a empujar dentro de mí, de vez en cuando sacándola casi por completo antes de meterla de nuevo de una vez.

Ahora me alegraba de haber tenido dos orgasmos y casi un tercero. Me permitió adaptarme a la sensación de su polla mientras me follaba de forma implacable. En algún momento, mis codos cedieron, me desplomé sobre las almohadas y me agarré a ellas como a un salvavidas.

Sentí que Heath estaba a punto cuando soltó un gruñido fuerte e inhumano. Me agarró de las

caderas y me penetró una, dos y una tercera vez. Entonces ocurrió algo realmente extraño. Heath empezó a hincharse dentro de mí. Sabía que era el nudo, pero saberlo era totalmente distinto a sentirlo.

El nudo me llenó por completo. Seguía creciendo, tanto que temía que me reventara, pero al final paró. No puedo decir que me doliera, pero me sentía extraña.

Entonces empezó a correrse. Pensé que no pararía nunca. Cuando Heath terminó, yo me eché a llorar, sin saber cómo procesar todas aquellas nuevas sensaciones.

Heath se movió y tiró de su nudo para asegurarse de que estaba dentro de mí. Me quejé porque, al hacerlo, me hizo un poco de daño.

—Lo siento. Sólo me estoy asegurando —se disculpó Heath con voz ronca—. Tengo que moverte, ¿vale? Será más fácil si nos tumbamos de lado —.

Gemí, incapaz de decir nada más.

Me hizo callar con un suave susurro.

—Lo sé, pero querrás estar acostada de lado. Esto puede llevar un rato.

Nos movimos despacio hasta que estuvimos tumbados de lado. Me aclaré la garganta.

—¿Cuánto tiempo?

Heath me besó el cuello.

—Puede tardar hasta una hora o dos.

—¿Una hora o dos?! —grité—. No me advertiste de que duraba tanto.

Resopló.

—Pensé que te lo había dicho.

—No, me acordaría, te lo aseguro.

—Vamos a descansar —replicó con una risita—. Mi celo va a volver en unas horas y créeme si te digo que te vendrá bien descansar un poco.

Suspiré.

—Vas a follarme hasta la muerte esta semana, ¿no?

Heath hizo una mueca.

—Si lo hago, lo siento. Que sepas que te quiero.

A pesar de mis reservas y de que el nudo de Heath seguía dentro de mí, conseguí dormirme. Cuando me desperté unas horas más tarde, Heath se había salido de mí y estaba acurrucado en un montón de mantas y almohadas. Creo que lo llamaban hacer un nido.

Me levanté de la cama para ir al baño y cuando volví Heath estaba de nuevo en celo. Duró un total de tres días. En los descansos iba al baño, comía y bebía lo que podía. Cuando me di cuenta de que había terminado, respiré aliviada.

No tenía nada en contra de él, ¡pero nunca había vivido nada parecido!

Heath se disculpó cuando volvió a la normalidad.

—Lo siento mucho —murmuró abrazándome. Sonaba muy arrepentido.

Fruncí el ceño.

—Heath, no tienes que disculparte por algo que está en tu naturaleza. Además, ha sido una experiencia interesante. Al menos la próxima vez estaré preparada.

—¿Sólo interesante? —preguntó, burlón.

—Vale, ha sido jodidamente increíble —susurré, notando cómo mis mejillas enrojecían—. No se parece a nada que haya experimentado antes. Ni siquiera sé cómo describirlo.

Rio entre dientes.

—Con eso me basta.

Fue una pena dejar la cabaña porque significaba que teníamos que volver a la vida normal, con nuestros trabajos y todo eso. Pero ahora estaba casada con Heath. No sólo casada, sino unida a él. No podía evitar soltar una risita cada vez que pensaba en ello.

Con la nueva temporada en pleno apogeo, Heath estaría muy ocupado con entrenamientos y partidos. Deseaba que ganaran otro trofeo este año, pero no lo necesitaban. Los patrocinadores se habían dado cuenta del potencial del equipo y ya no se marcharían. Estaban seguros de que llegarían de nuevo a los campeonatos.

Yo también estaba ocupada, ya que acepté a una nueva alumna llamada Meiling. Era una chica chino-americana que me recomendó nada menos que Miyu. Cualquier amiga de Miyu era amiga mía, así que me entusiasmó tenerla como alumna.

Puede que los dos estuviéramos muy ocupados con el trabajo, pero me alegraba de poder ver a Heath en la pista. Antes de estar juntos, eso nunca me importó demasiado. Ahora lo significaba todo.

Y pensar que todo empezó porque Heath me salvó aquel día de aquel camión. Quiero decir, de lo contrario, estaría muerta. Pero si el camión no hubiera aparecido, nunca habría sabido que Heath era un lobo ni sugerido aquel estúpido plan de citas falsas... que al final funcionó.

Ahora Heath era mi marido y compañero, y eso no cambiaría jamás.